KENNETH FEARING

El gran reloj

GRANDES CLÁSICOS DE LA NOVELA NEGRA

George Stroud es editor de una revista de un importante grupo editorial y un orgulloso padre de familia, aunque también es aficionado al alcohol y a las mujeres más allá de lo recomendable para la salud. A causa de sus vicios no tarda en descubrir que tener una pequeña aventura con la atractiva amante de su jefe puede, además de amenazar su hogar y su carrera profesional, poner en peligro su vida. Su futuro dependerá de cómo juegue las cartas que le ha repartido la fortuna en una extraña mano en la que al mismo tiempo será cazador y presa.

Los personajes de esta novela única, narrada en primera persona por diferentes voces, descubrirán que el mecanismo de ese gran reloj que marca sus destinos avanza inexorablemente y nadie puede hacer nada para detenerlo.

Considerada por diversos críticos una de las mejores novelas negras jamás escritas, El gran reloj sigue sorprendiendo en la actualidad por su estructura, por su atípico uso del lenguaje, por su crítica al capitalismo y, en definitiva, por su modernidad.

Kenneth Fearing

El gran reloj

ePub r1.0

Akhenaton 26.08.14

Título original: *The Big Clok*
Kenneth Fearing, 1946
Traducción: Fernando González Corugedo
Diseño de cubierta: Opalworks BCN

Editor digital: Akhenaton
ePub base r1.1

Para Nan

GEORGE STROUD, I

Conocí a Pauline Délos en una de esas aparatosas fiestas que a Earl Janoth le gustaba dar cada dos o tres meses y a las que asistían empleados, amigos personales, magnates particulares y don nadies públicos, todos mezclados por puro capricho. Fue en su casa de la calle sesenta y algo del lado Este. Aunque la fiesta no fuera exactamente pública, durante unas dos o tres horas entraron y salieron de allí más de cien personas.

Había ido con Georgette y enseguida nos presentaron a Edward Orlin, de *Futureways*, y a otras personas del grupo, todas ellas con la marca de la casa. De Pauline Délos yo sólo conocía el nombre. Pero, aunque en la organización era imposible que alguien no hubiera oído hablar con frecuencia de esa señora, eran pocos los que la habían visto en persona, y todavía menos los que la habían visto en alguna ocasión en la que también Janoth estuviera presente. Era alta, rubia platino y espléndida. Tus ojos sólo veían inocencia en ella, pero para tus instintos era sexo en estado puro, y tu cerebro te decía que ahí había un perfecto infierno.

—Earl preguntaba por ti hace un momento —me dijo Orlin—. Quería presentarte a alguien.

—Me retrasaron. La verdad es que acabo de tener una conversación de veinte minutos con el presidente McKinley.

La señorita Délos mostró cierto interés.

—¿Quién ha dicho? —me preguntó.

—William McKinley, nuestro presidente número veinticuatro.

—Lo conozco —dijo, y sonrió—. Debe de haber aguantado usted un

montón de quejas.

Un hombre al que reconocí como Emory Mafferson, un tipo bajito y moreno que frecuentaba alguno de los pisos de más abajo, y también la sede de *Futureways*, creo, abrió la boca:

—Hay un fulano en el departamento de contabilidad que tiene la misma cara de palo que McKinley. Si hablabas de ése, seguro que ha habido quejas.

—No. Yo me he retrasado porque estaba conversando, verdadera y literalmente, con el señor McKinley. En la barra del Silver Lining.

—Así es —dijo Georgette—. Yo también estaba.

—Sí. Y no hubo ni la más mínima queja. Todo lo contrario. Al parecer le va muy bien. —Me serví otro manhattan de una bandeja que pasaba por allí—. No está contratado, por supuesto. Pero trabaja allí regularmente. Además de ser McKinley, en otras ocasiones es el juez Oliver Wendell Holmes, Thomas Edison, Andrew Carnegie, Henry Ward Beecher o cualquier personalidad importante y solemne. Ha sido George Washington, Lincoln y Cristóbal Colón más veces de las que puedo recordar.

—Diría que es de esa clase de amigos que conviene tener —dijo Pauline —. ¿Quién es?

—Su alias en el mundo es Clyde Norbert Polhemus. Para cuestiones de negocios. Hace años que lo conozco, y me ha prometido que me dejará ser su suplente.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Orlin con reticencia—. Parece como si hubiera hecho materializarse un puñado de fantasmas y luego no pudiera volver a ponerlos en su sitio.

—Radio —dije yo—. Y puede poner en su sitio a quien sea.

Así fueron, más o menos, las cosas la primera vez que vi a Pauline Délos. El resto de la tarde y el principio de la noche transcurrieron igual que siempre en aquel pequeño palacio, rodeado de otros palacios grandes y pequeños de otros reinos mayores y menores que el grupo Empresas Janoth. Conversaciones viejas en caras nuevas. Georgette y yo conocimos a la sobrina del dueño de unos grandes almacenes y charlamos con ella. Naturalmente, la sobrina quería conquistar nuevos territorios. Aunque, de todas maneras, iba a heredar varias hectáreas de los antiguos. Conocí a un titán del mundo de las

matemáticas que había conectado un buen número de máquinas de calcular para que formasen una sola unidad, y esa supercalculadora era la más potente del mundo. Podía resolver ecuaciones desconocidas que superaban la capacidad de su inventor.

—Así que cuando tiene ese equipo a mano es usted mejor que Einstein —le dije.

Me miró con inquietud, y pensé que debía de estar un poco borracho.

—Me temo que no. Era un problema exclusivamente mecánico, y se desarrolló sólo con un objetivo concreto.

Le dije que tal vez no fuese el mejor matemático del mundo, pero seguro que era el más rápido, y después conocí a una de las piezas del engranaje de un motor político importante. También estaba allí el último descubrimiento de Janoth en el campo de los comentaristas de sociedad. Y unos cuantos más, todos ellos personas jodidamente importantes si se hubieran enterado. Algunos no se habían percatado de que eran caballeros y eruditos. Otros eran futuros fugitivos de la justicia. Un nutrido ramillete de orates, tan convincentes que nadie había sospechado ni sospecharía nunca nada de ellos. Protagonistas de bancarrotas memorables del futuro, de oscuros suicidios durante los siguientes diez o veinte años. Fabulosos asesinos en potencia. Padres y madres de personas verdaderamente grandes que yo jamás conocería.

En resumen: el gran reloj avanzaba como de costumbre, y era hora de irse a casa. Algunas veces las saetas del reloj se aceleraban de verdad; otras, apenas si se movían un poquito. Pero para el gran reloj eso no cambiaba nada. Aunque las agujas corrieran hacia atrás, la hora que marcaban seguiría siendo la hora correcta. Seguiría funcionando como siempre, porque todos los demás relojes tendrían que ponerse en hora con el grande, más poderoso incluso que el calendario, y a él tiene uno que ajustar su vida entera. Comparado con esa sincronía, el hombre de las máquinas de calcular todavía contaba con los dedos.

En cualquier caso, era hora de recoger a Georgette e irnos a casa. Yo siempre me voy a casa. Puede que a veces vaya dando un rodeo, pero siempre acabo por llegar. Según el horario de trenes, mi casa estaba a 60,18 kilómetros, pero aunque hubiera estado a 6018 yo seguiría llegando. Earl

Janoth surgió de alguna parte y nos despedimos.

Había una cosa que siempre veía, o creía ver, en el rostro de Janoth, una cara grande, colorada, alborozada, con una leve sonrisa fija, permanente, de la que hacía mucho que se había olvidado: una mirada inocente y directa que ya había dejado de ver a la persona que tuviera delante. No se sincronizaba con el gran reloj. Ni siquiera sabía que existiera un gran reloj. El músculo ancho, gris, retorcido que estaba detrás de aquella mirada de niño se ocupaba en digerir algo que el mundo vulgar y corriente desconocía. Aquel músculo de largos tendones se había cerrado sobre sí mismo ante una conclusión, una conclusión alarmantemente distinta de la expresión campechana que antaño ostentaba el rostro visible, y que ahora había quedado abandonada. Algún día alcanzaría esa conclusión, algún día el músculo se soltaría. Probablemente ya lo habría hecho antes. Y seguro que lo volvería a hacer.

Dijo que Georgette estaba preciosa, lo cual era verdad, y que siempre le recordaba las ferias, la noche de Halloween y el partido de béisbol más increíble de la historia. Como de costumbre, tenía un tono de voz extraordinariamente cálido y auténtico, como si allí ocultara una segunda personalidad, una tercera, incluso.

—Siento que el mayor Conklin, un viejo amigo mío, se marchara tan pronto —me dijo—. Le gusta mucho lo que hemos estado haciendo últimamente en *Crimeways*. Le dije qué tú eras el sabueso espiritista que nos guía hacia nuevas interpretaciones y se mostró interesado.

—Lamento habérmelo perdido.

—Bueno, Larry ha comprado recientemente una serie de revistas moribundas y quiere resucitarlas. Pero no creo que un hombre con tu experiencia práctica y tu mentalidad exacta pueda ser su consejero. Necesita un geomántico.

—Ha sido una fiesta muy agradable, Earl.

—¿Verdad que sí? Buenas noches.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Nos abrimos paso a través del largo salón, atravesamos una perturbación atmosférica fuertemente política, cruzamos directamente entre un grupo de

colonos y pioneros a los que Dios no ayudaría mañana por la mañana, rodeamos con precaución a una pareja repentinamente silenciosa pero que sonreía con rabia impotente.

—Y ahora, ¿adónde vamos? —preguntó Georgette.

—Un pequeño rodeo. Para cenar algo. Y después a casa, naturalmente.

Mientras recogíamos nuestras cosas y esperaba a Georgette, vi a Pauline Délos, con un grupo de cuatro personas más, desaparecer en la noche. Abandonaban el planeta. Con esa tranquilidad. Pero mis ondas mentales le comunicaron que volviese a aparecer. En cualquier momento.

Una vez en el taxi, Georgette me preguntó:

—George, ¿qué es un geomántico?

—No lo sé, George. Earl lo encontró en el diccionario más gordo jamás impreso, se lo apuntó en el puño de la camisa y ahora todos nosotros sabemos por qué es el jefe. Recuérdame que lo busque.

GEORGE STROUD, II

Unas cinco semanas más tarde me desperté una mañana de enero con una carta que me había escrito Bob Aspenwell desde Haití en la cabeza. No sé por qué me vino a la memoria aquella carta en el momento que empezaba a despertarme. La había recibido muchos días antes. Toda la carta hablaba del calor que disfrutaban allí, de la tranquilidad y, sobre todo, de la sencillez.

Decía que era una república negra, y yo me sonreí entre sueños, viéndonos a Bob y a mí urdir una revuelta de blancos decididos a evitar que nos vendieran como esclavos a *Crimeways*. Entonces me desperté del todo.

Lunes por la mañana. En Marble Road. Un lunes importante.

Roy Cordette y yo habíamos programado una reunión de la redacción al completo para preparar el número de abril, uno de esos paquetes sorpresa que son buenos para el ego y la imaginación de todo el mundo. El gran reloj andaba a paso descansado y yo iba bastante bien de su brazo.

Pero aquella mañana, delante del espejo del cuarto de baño, tuve la seguridad de que cierto mechón gris en la sien derecha había avanzado al menos otro pasito de medio centímetro. Aquello revivía una visión ya familiar, que empezaba con la certeza de la muerte en uno de los platillos de la balanza y terminaba con la impotencia senil en el otro.

¿Quién es ese viejo patético de pelo blanco que junta papeles en aquella mesa de allí? —preguntó una voz joven y vivaz. Pero la desconecté a toda prisa y escogí otra—: *¿Quién es ese caballero tan distinguido de cabellos blancos y aspecto de intelectual que entra en el despacho del director?*

¿No sabes quién es? Es George Stroud.

¿Y quién es?

Bueno, es una larga historia. Antes era director general de todo el ferrocarril. —¿Ferrocarril? ¿Y por qué no algo con un mayor futuro por delante?—. *De la compañía aérea. Dirigió esta aerolínea durante sus primeras etapas, las pioneras. Hoy podría ser uno de los hombres más importantes del mundo de la aviación, pero algo se torció. No sé exactamente qué, sólo sé que hubo un escándalo tremendo. Stroud tuvo que declarar ante un jurado, pero la cosa era tan gorda que tuvieron que taparla y se libró. Pero después de aquello, se acabó lo que se daba. Ahora le dejan colocar los papeles y los cigarros en la mesa de la sala del consejo cuando hay reunión. El resto del tiempo rellena los tinteros de las oficinas y vuelve a poner en orden las pilas de folletos de viaje*.

¿Y para qué se molestan en dejar que siga aquí?

Bueno, porque algunos consejeros son unos sentimentales y el hombre les da pena, y además tiene una mujer y una hija que mantener. —Para el carro, muchacho. Para eso aún faltan años y años—. *Tres hijos, no, creo que son cuatro. Jóvenes brillantes y encarnizados defensores de Stroud. No toleran que digan nada malo de él. Se creen que sigue siendo el que dirige todo este tinglado. ¿Y lo has visto con su mujer alguna vez? Son la pareja de viejos más pendientes el uno del otro que he visto en mi vida*.

Al secarme la cara me miré en el espejo. Hice que aquellas facciones sombrías, blandas, un tanto inquisitivas, se inmovilizaran de golpe, se pusieran en tensión.

—Mira, Roy, la verdad es que tenemos que hacer algo. —*¿Algo respecto a qué?*—. Respecto a sacar un poco más de dinero.

Vi el gesto vago de la mano de dedos largos y finos de Roy Cordette, y me di cuenta de que se refugiaba a toda prisa en el mundo de los elfos, los duendes y las palabras falsas.

Yo creía que ya habías discutido todo eso con Hagen hace tres meses, George. La cosa ya no admite dudas, tú y yo estamos llegando al límite. E incluso más.

—¿Y cuál es el límite, tú lo sabes?

Yo diría que es el nivel general de toda la organización, ¿no crees?

—Para mí no. Yo no estoy loco por este trabajo precisamente, ni por un contrato, ni por vivir en esta jaula de oro repleta de pájaros dorados. Creo que ya va siendo hora de que hagamos una demostración de verdad.

Pues adelante. Te tendré presente en mis oraciones.

—He dicho nosotros dos. De alguna manera, esto afecta a tu contrato tanto como al mío.

Ya lo sé. Tengo una idea, George. Mira ¿por qué no hablamos de esto entre los tres? Informalmente. Hagen, tú y yo.

—Buena idea —alargué la mano hacia el teléfono—. ¿A qué hora te vendría bien?

¿Quieres decir hoy?

—¿Por qué no?

Bueno, yo esta tarde voy a estar bastante ocupado. Pero está bien. Si Steve no está demasiado ocupado, sobre las cinco.

—A las seis menos cuarto en el Silver Lining. Después de la tercera ronda. ¿Sabes? Jennett-Donohue tiene planes para añadir cinco o seis revistas nuevas. Procuraremos tenerlo presente.

Eso he oído, pero me parece que son de un nivel bastante bajo. Aparte de que ya hace un año que circula ese rumor.

Una voz real echó abajo aquella escena imaginaria.

—¿Es que no vas a bajar nunca, George? George tiene que coger el autobús del colegio, ¿sabes?

Le grité a Georgette que ya iba y volví a la habitación. Y cuando nos reuniéramos con Steve Hagen, ¿qué? Empezó a latirme una vena en la frente. En cuestiones de negocios, Janoth y él actuaban como una sola persona, salvo que bajo la figura flaca y elegante de Hagen fluía sin descanso a través de sus venas una virulencia nueva, inesperada, fundida.

Me pasé el peine ante el tocador del dormitorio y la mancha gris recuperó sus proporciones normales. Al diablo con Hagen. ¿Por qué no acudir directamente a Janoth? Por supuesto.

Dejé el peine y el cepillo encima del tocador, me incliné hacia delante,

apoyado en un codo, y le solté al espejo:

—Cortas tú, Earl. La carta más baja se va de la ciudad en veinticuatro horas. La más alta se queda con todo.

Me puse la corbata y la chaqueta y bajé. Georgia alzó la vista pensativa desde el círculo de copos de cereales desperdigados que rodeaba habitualmente su lugar en la mesa. Desde abajo se elevaba el ruido suave, constante, zas, zas, zas, que marcaba rítmicamente con los pies sobre el travesaño de hierro de la mesa. Un rayo de sol se desparramó sobre la mesa, puesta cerca de la ventana, e iluminó el servicio de plata, la cafetera, las caras de Georgia y Georgette. Las bandejas reflejaban más luz desde el aparador adosado a la pared. Sobre el mueble, mi segundo cuadro favorito de Louise Patterson, enmarcado en tabla fina de nogal, parecía colgar de las nubes por encima del aparador, de la habitación y, de alguna manera, de la casa entera. Otra pintura de Patterson estaba colgada en la pared de enfrente, y había dos más en el piso de arriba.

Las facciones generosas, expresivas y naturales de Georgette se volvieron hacia mí, y sus ojos del color del mar me recorrieron con el interés de un cirujano amable. Les di los buenos días y un beso a cada una. Georgette llamó a Nellie y le dijo que ya podía traer los huevos y los gofres.

—Zumo de naranja —dije, bebiéndome el mío—. Las naranjas acaban de decirme que vienen de Florida.

Mi hija me lanzó una mirada de sorpresa.

—Yo no les he oído decir nada —dijo.

—¿No? Una ha dicho que han venido todas de un rancho grande, cerca de Jacksonville.

Georgia se pensó aquello y luego agitó la cuchara para descartar de plano la idea. Al cabo de unos buenos veinte segundos de silencio pareció recordar algo y preguntó:

—¿Con quién hablabas?

—¿Yo? ¿Con quién? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Hace un momento. Arriba. George dijo que estabas hablando con alguien. Los dos lo oímos.

—¡Ah!

La voz de Georgette sonó neutral, pero bajo la neutralidad latía el entusiasmo de un testigo inocente que está esperando ver la primera sangre en una discusión de barra de bar.

—Creo que será mejor que nos des tu propia explicación —dijo.

—Bueno, pues esa persona, George… Era yo, que estaba ensayando. Los músicos tienen que ensayar mucho antes de tocar. Los atletas tienen que entrenarse antes de correr y los actores ensayan antes de actuar. —Me apresuré a refugiarme tras la aprobación muda e inteligente de Georgette—. Y yo siempre repaso unas cuantas palabras por las mañanas antes de empezar a hablar. ¿Puedes pasarme las galletas, por favor?

Georgia sopesó la respuesta, decidió no tomarla en consideración y dijo:

—George me dijo que ibas a contarme un cuento, George.

—Muy bien, te contaré un cuento. Es sobre un copo de maíz solitario. —Ya había logrado captar toda su atención—. Parece ser que había una vez una niña pequeña.

—¿Cuántos años tenía?

—Unos cinco, creo. O puede que siete.

—No, seis.

—Tenía seis. Y había también un paquete de copos de maíz…

—¿Cómo se llamaba?

—Cynthia. Y los copos de maíz, cientos de copos de maíz, habían crecido juntos en el mismo paquete y habían jugado a muchos juegos y habían ido juntos al colegio, así que eran muy amigos. Y entonces, un día el paquete se abrió y lo vaciaron entero en el tazón de Cynthia. Y ella se puso leche y nata y azúcar, y luego se comió uno de los copos. Y al cabo de un rato aquel copo, que estaba allí abajo, en la barriga de Cynthia, empezó a preguntarse cuánto tardarían en llegar sus amigos. Pero no llegaban nunca. Y cuanto más esperaba, más solo se sentía. Verás, es que el resto de los copos de cereales no llegaron más que al mantel, un montón acabó en el suelo, unos cuantos aterrizaron en la frente de Cynthia y otros pocos detrás de sus orejas.

—¿Y después qué más?

—Bueno, pues nada más. Al cabo de un rato el copo de maíz se sintió tan solo que se quedó sentado y se echó a llorar.

—¿Y luego qué hizo?

—¿Qué podía hacer? Cynthia no sabía comer los cereales como es debido, o a lo mejor es que ni lo quería intentar, de modo que a la mañana siguiente le pasó lo mismo. Un copo de maíz volvía a encontrarse completamente solo en la barriga de Cynthia.

—¿Y entonces qué?

—Bueno, pues se echó a llorar, y aquello siguió pasando y pasando tantos días que a Cynthia le dolía la barriga todas las mañanas. Y no podía descubrir por qué, porque después de todo no había comido prácticamente nada.

—¿Y entonces qué pasó?

—Pues que no le gustó, eso es lo que pasó.

Georgia empezó a comer sus huevos pasados por agua, que prometían seguir el mismo camino que los cereales. Bajó la cucharilla hasta apoyar el mango en la mesa y dejó descansar la barbilla en la punta, removiendo los pies y dando pataditas en el travesaño. El café de mi taza se estremecía ligeramente con cada golpe.

—Siempre me cuentas ese cuento —me recordó—. Cuéntame otro.

—Hay uno de una niña pequeña… Cynthia, que tiene seis años…, la misma, ya ves tú…, que también tenía la costumbre de dar golpecitos con los pies en la mesa cuando comía. Día tras día, semana sí y semana también, año tras año, daba pataditas y más pataditas. Hasta que un buen día, la mesa dijo: «Ya estoy más que cansada de esta historia», y, sin más, echó una pata para atrás y, ¡zumba!, lanzó a Cynthia por la ventana de una patada. Menuda sorpresa.

Aquel cuento tuvo un éxito completo. Los pies de Georgia se pusieron a golpear a un ritmo redoblado e hizo caer la leche que le quedaba.

—Frena un poco, chico maravilla —dijo Georgette al pasar la bayeta. Se oyó una bocina delante de la casa y limpió la cara de Georgia con un experto movimiento del babero—. Ahí está el autobús, cariño. Coge tus cosas.

Durante aproximadamente un minuto, un pequeño meteorito subió, bajó, corrió por todos los cuartos de la planta baja y desapareció dando gritos. Georgette volvió al cabo de un rato para fumar su primer cigarrillo y tomar su segundo café. Entonces, mirándome a través de una fina cortina de humo, me

dijo:

—¿Te gustaría volver a trabajar en un periódico, George?

—Dios no lo quiera. No quiero volver a ver otro coche de bomberos en mi vida. A no ser que vaya montado en él, en la parte de atrás del camión bomba, donde está la escalera. El que va detrás de todo siempre gira al revés del que va en el asiento del conductor. Creo.

—A eso me refiero.

—¿A qué dices que te refieres?

—*Crimeways* no te gusta. La verdad es que Empresas Janoth no te gusta nada. Lo que te gustaría es precisamente ir en dirección contraria a todo eso.

—Te equivocas. Completamente. A mí me encanta todo ese carrusel.

Georgette vaciló, insegura. Pude sentir los trabajosos pasos que seguía su razonamiento para llegar a una conclusión provisional:

—No creo mucho en los gallos metidos en corral ajeno. El precio es demasiado alto, ¿no te parece, George? —Procuré aparentar desconcierto—. Quiero decir que, bueno, la verdad, a mí me parece algunas veces, cuando me pongo a pensar, que eras mucho más feliz, y yo también, cuando teníamos el albergue de carretera. ¿No es verdad? Y ya puestos, era todo mucho más divertido cuando trabajabas de detective en el hipódromo. Por Dios, ¡hasta aquel trabajo de noche en la radio! Era una locura, pero me gustaba.

Me terminé el gofre, mientras recorría el mismo circuito de recuerdos que sabía que ella también iba recorriendo. Controlador de una brigada de albañiles, empleado de un hipódromo, propietario de una taberna, reportero de prensa y después redactor, asesor de publicidad y al final… ¿qué? ¿Ahora qué?

De todas aquellas experiencias no sabía, al contemplarlas retrospectivamente, cuál me había dado más placer y cuál me había fastidiado más. Y sabía que plantearme aquella cuestión, incluso de pasada, era una pérdida de tiempo.

El tiempo.

Uno sube corriendo como un ratón por el viejo y lento péndulo del gran reloj. El tiempo se escurre alrededor y por encima de sus enormes agujas, y uno se pierde entre las intrincadas ruedas, resortes y muelles de sus

mecanismos internos, tratando de hallar —entre los enmarañados laberintos de la máquina, con todas sus escapatorias falsas, sus peligrosos callejones sin salida y sus rampas empinadas, trampas naturales y señuelos artificiales— una recompensa auténtica, el premio de verdad.

Pero entonces el reloj da la una y es hora de marcharse. Hay que bajar corriendo por el péndulo para convertirse de nuevo en un prisionero que ha de repetir una y otra vez la misma huida.

Porque, naturalmente, el reloj que mide las estaciones, las ganancias y las pérdidas, el aire que respira Georgia, la fuerza de Georgette, las cifras que tiemblan en los diales de mi propio tablero de instrumentos interno, ese reloj gigante que marca el orden y establece las pautas del propio caos, no ha cambiado nunca, no cambiará ni será cambiado jamás.

Me di cuenta de que estaba mirando a la nada y dije:

—No. Soy el gallo más de su corral que hayas visto en tu vida.

Georgette aplastó el cigarrillo y preguntó:

—¿Te llevas el coche?

Pensé en Roy, en Hagen y en el Silver Lining.

—No. Y puede que vuelva a casa tarde. Ya te llamaré.

—Muy bien. Te llevaré a la estación. Puede que también me acerque yo un rato después de comer.

Mientras me acababa el café eché un vistazo rápido a los titulares de las tres primeras páginas del periódico de la mañana y no encontré nada nuevo. Un robo de récord en un banco de St. Paul, pero no era para nosotros. Me puse la chaqueta y el sombrero mientras Georgette daba instrucciones a Nellie, saqué el coche del garaje y toqué el claxon. Cuando Georgette salió me cambié de asiento y se puso al volante.

Esa mañana en Marble Road era fresca pero no fría, y había mucha luz. Todavía quedaban parches de nieve de una tormenta reciente en los prados oscuros y en los montes lejanos que asomaban sobre el complicado encaje negro de las ramas de los árboles desnudos. Al salir de Marble Road, nuestra urbanización para ejecutivos en ascenso, promotores en descenso y vendedores inamovibles, cruzamos por delante de las venerables (aunque ligeramente baqueteadas por el tiempo) y enormes construcciones cuadradas

donde vivían sus más antiguos habitantes. En el límite de la población, ya detrás de Marble Road, aparecían las casas más grandes, dispersas por el monte. En ellas había montones de dinero, por cierto. Dentro de unos tres años, nosotros también podríamos adquirir unas cuantas hectáreas por allí.

—Confío en que esta tarde podré encontrar las cortinas que quiero —dijo Georgette sin darle importancia—. La semana pasada no tuve tiempo. Me pasé dos horas largas en la consulta del doctor Dolson.

—¿Si? —Entonces comprendí que quería decirme algo—. ¿Qué tal van las cosas con el doctor Dolson?

Contestó sin quitar los ojos de la calzada.

—Dice que cree que todo irá perfectamente.

—¿Que cree? ¿Qué quiere decir eso?

—Bueno, está seguro. Todo lo seguro que puede estar. La próxima vez estaré perfectamente.

—Fantástico. —Cubrí su mano con la mía—. ¿Por qué lo guardabas en secreto?

—Bueno. ¿Tú sigues pensando lo mismo?

—Oye, ¿por qué crees que he estado pagándole a Dolson? Pues sí, claro.

—Es que me lo preguntaba.

—Bueno, pues no lo hagas. ¿Ha dicho cuándo?

—En cualquier momento.

Estábamos ya en la estación y en ese momento entraba el tren de las 9.08. Le di un beso, le pasé un brazo por los hombros y tanteé en busca de la manilla de la puerta con el otro.

—En cualquier momento, pues. Ve con cuidado de no dar un resbalón, hay muchas aceras heladas.

—Llámame —me dijo antes de que cerrase la puerta.

Le dije que sí con la cabeza y eché a andar hacia la estación. En el kiosco de dentro cogí otro periódico y seguí mi camino. Tenía cantidad de tiempo. Vi a un atleta correr una manzana de casas más allá.

Para mí el viaje en el tren empezaba siempre por la sección de anuncios de «Negocios», mi preferida en cualquier periódico, continuaba con las noticias de las salas de subastas, una ojeada a las páginas de deportes, estadísticas de

seguros y después las de entretenimientos. Por último, cuando el tren se sumergía bajo tierra me preparaba para el día volviendo a repasar el índice y leyendo lo esencial de las noticias. Si hubiera pasado algo importante, yo ya lo habría asimilado cuando varios miles de viajeros avanzáramos decididos sobre el pavimento del gran hormiguero de la estación sabiendo cada uno de nosotros, a pesar de los intrincados senderos que trazábamos, dónde ir y qué hacer exactamente.

Y cinco minutos más tarde, a dos manzanas de allí, llegué al edificio Janoth, que se alzaba como una eterna deidad de piedra en medio del bosque de sus congéneres. Parecía preferir los sacrificios humanos, de carne y espíritu, a cualquier otra muestra de devoción. Y se los ofrecíamos libremente a diario.

Entré en el vestíbulo para ofrecer el mío entre sus ecos.

GEORGE STROUD, III

Empresas Janoth ocupaba los nueve últimos pisos del edificio Janoth, pero no era ni mucho menos el mayor conglomerado de su sector en Estados Unidos. Jennett-Donohue constituía un grupo de publicaciones más grande, lo mismo que Beacon Publications y Devers & Blair. Aun así, nuestra organización ocupaba un puesto especial y estaba lejos de ser la más pequeña entre las muchas empresas que editaban revistas de literatura e información sobre temas políticos, técnicos y de negocios.

La revista más importante y conocida del grupo era *Newsways*, un semanario de interés general con una tirada de cerca de dos millones de ejemplares. Estaba en el piso treinta y uno. Por encima de ella, en el último piso del edificio, estaban las oficinas comerciales, los departamentos de publicidad, contabilidad y distribución, junto con el cuartel general particular de Earl Janoth y Steve Hagen.

Commerce era una revista semanal de economía cuya tirada, en torno a un cuarto de millón de ejemplares, estaba muy por debajo de su verdadero número de lectores y de su influencia real. Como complemento, publicaba un boletín diario de cuatro páginas, *Trade*, y emitía cada hora un servicio de noticias por cable, *Commerce Index*. Ocupaban el piso treinta.

La planta veintinueve albergaba un amplio surtido de periódicos y revistas técnicas, la mayoría mensuales, que iban desde el deportivo *Sportland* a *The Frozen Age* (productos alimenticios congelados), *The Actuary* (estadísticas de vida y seguros), *Frequency* (radio y televisión). *y Plástic Tomorrow* (el futuro es de los plásticos). En ese piso estaban también diez o doce publicaciones de

esas que hablan sobre lo que nos deparará el futuro inmediato o sobre bricolaje, aunque ninguna de ellas tenía una gran tirada, y algunas no eran más que antiguas ocurrencias de Earl Janoth en un momento de inspiración y de las que probablemente ya se había olvidado.

Los dos pisos siguientes en orden descendente albergaban el depósito de cadáveres (es decir, los archivos), la biblioteca y las salas de consulta en general, los departamentos de ilustración y fotografía, una sala de primeros auxilios pequeña pero suficiente y de uso frecuente, unos lavabos, las centralitas de teléfonos y una sala de recepción para atender al público en general.

Sin embargo, los cerebros de la organización había que ir a buscarlos a la planta veintiséis. Albergaba *Crimeways*, con Roy Cordette de director adjunto (despacho 2618); yo, que soy el director ejecutivo (despacho 2619), Sydney Kislak y Henry Wyckoff, ayudantes de dirección (2617), y seis redactores que ocupaban dependencias anexas. En teoría éramos auténticos registros de los departamentos de policía del país, perros guardianes de sus bolsillos y de sus conciencias, y en ocasiones de su moral, sus modales en la mesa o cualquier otra cosa que se nos viniera a la cabeza. Nosotros diagnosticábamos los delitos: si el FBI tenía que salir en la prensa una vez al mes, sería cosa nuestra. Si un guardia de Twin Oaks, Nebraska, tenía que demostrar que era un crítico social penetrante, o si el Consejo Nacional de Obispos Protestantes Episcopalianos tenía que llevar a cabo cierta cantidad de trabajos de campo, también lo sacaríamos adelante nosotros. En resumen, éramos el termómetro de la salud del país, el registro de los delitos presentes y pasados, los profetas de los crímenes futuros. O eso habíamos dicho colectivamente en tal o cual ocasión.

Con nosotros también estaban en la planta veintiséis otras cuatro revistas con una estructura similar: *Homeways* (algo más que una simple revista para el hogar), *Personalities* (no solamente las historias de éxito más sobresalientes del mes), *Fashions* (moda humana, no vestidos), y *The Sexes* (asuntos amorosos, matrimonios, divorcios).

Por último, en los dos pisos de debajo de nosotros estaban los gabinetes para investigaciones de largo alcance, el departamento jurídico, los

encargados de relaciones públicas de la organización, material de oficina, el departamento de personal y un nuevo fenómeno bautizado como *Futureways*, dedicado a estudiar la evolución social planificada, un empeño del que podría surgir desde un solo volumen a una revista nueva, un discurso a los postres de una cena en cualquier sitio o, sencillamente, desaparecer de repente sin dejar ni el menor rastro. Edward Orlin y Emory Mafferson formaban parte de su plantilla.

Así era el cuartel general de Empresas Janoth. Delegaciones en veintiuna ciudades importantes del país y veinticinco en el extranjero nutrían diariamente, cada hora, ese centro nervioso. Y el alimento era servido por corresponsales, científicos, técnicos y profesores de primera fila desde cualquier rincón del mundo. Era un imperio de la inteligencia.

Si lo necesitaba, cualquier revista de la organización podía reclamar ayuda y asesoramiento a cualquier otro de sus elementos o a todos ellos. *Crimeways* lo hacía muy a menudo.

Habíamos seguido la pista de Paul Isleman, un financiero desaparecido, y lo habíamos encontrado. Ese tanto me lo podía apuntar yo. Y habíamos hecho trabajar al departamento jurídico, al de contabilidad y a una docena de reporteros de nuestra cabecera y de otras más para desenmarañar los fraudes ocultos de Isleman, al tiempo que Bert Finch, uno de nuestros mejores redactores, dedicaba un mes completo a explicar aquel complicado asunto con toda claridad al público.

Habíamos encontrado al hombre que mató a la esposa de Frank Sandler, y esa vez ganamos a la policía por tres décimas de segundo. Ésa también se la podía apuntar George Stroud. Yo había localizado a aquel individuo gracias a nuestros propios archivos… con ayuda de un equipo que formamos para ese trabajo.

Pasé por mi despacho y fui directamente al de Roy, sólo me detuve para dejar el sombrero y la chaqueta. Estaban todos en el 2618, con cara de cansancio pero tenaces y un tanto pensativos. Nat Sperling, que era un tipo enorme, muy moreno y torpón, hablaba con voz monótona guiándose con unas notas.

—… En una granja a unos cuarenta y siete kilómetros de Reading. El

individuo utilizó una escopeta, un revólver y un hacha.

La mirada distante e inquisitiva de Roy se posó en mí el tiempo de un destello y volvió a Sperling. Le preguntó, paciente:

—¿Y…?

—Y fue una de esas matanzas con una cantidad de sangre increíble, de esas que parece que suceden a menudo en lugares perdidos.

—Tenemos un hombre en Reading —meditó Roy en voz alta—. Pero ¿este asunto nos interesa?

—Por el resultado que logró el tipo —dijo Nat—. Cuatro personas, una familia entera. Eso es un homicidio a gran escala, da igual dónde haya ocurrido.

Roy suspiró y nos ofreció apenas un esbozo de comentario.

—Los números no significan nada. Todos los días mueren asesinadas varias docenas de personas.

—Pero no cuatro de una tacada y por el mismo individuo.

Sydney Kislak, sentado en el amplio antepecho de una de las ventanas de detrás de Elliot, lanzó un apunte certero:

—La elección de las armas. De tres clases diferentes.

—Bueno, ¿y de qué iba el asunto? —prosiguió Roy imperturbable.

—Celos. La mujer le había prometido al asesino fugarse con él, o por lo menos eso pensaba él, y cuando en vez de eso se lo quiso quitar de encima, el tipo le pegó un tiro, y otro al marido, y después agarró una pistola y un hacha para sus dos…

—En un caso así —murmuró Roy, abstraído—, lo más importante a considerar es el motivo. ¿Tiene relevancia para nuestra publicación? ¿Es delictivo? Y a mí lo que me parece es que, simplemente, este pájaro se enamoró. Es verdad que hubo algo que se torció, pero básicamente actuó empujado por el amor. Así que a menos que podáis demostrar que el instinto sexual lleva inherente algo delictivo o antisocial… —Roy abrió y cerró los dedos de la mano que reposaba en la mesa delante de él—. Pero creo que deberíamos pasarle esta historia a Wheeler para que la publique en *Sexes*. O quizás en *Personalities*.

—O en *Fashions* —murmuró Sydney.

Roy seguía mirando expectante a Nat, en cuyas ingenuas facciones pugnaba por aparecer, a su pesar, una expresión de admiración. Se concentró de nuevo en sus notas, decidió al parecer dejar de lado dos o tres de sus apuntes y continuó.

—Hay un robo fantástico de un banco en St. Paul. Más de medio millón de dólares, el botín más grande de la historia.

—El más grande sin la bendición de la ley —le corrigió Henry Wyckoff—. Eso fue anoche, ¿verdad?

—Ayer por la tarde. Tengo a la oficina de Minneapolis siguiendo el caso y ya sabemos que fue una banda de tres personas por lo menos, puede que más, que llevaban más de tres años preparando el golpe. Lo extraño del asunto es que los de la banda constituyeron una sociedad con todas las de la ley hace tres años, pagaban sus impuestos y se habían asignado a sí mismos unos sueldos que ascendían a 175 000 dólares mientras elaboraban sus planes y preparaban el atraco. Manejaban sus fondos a través del banco que tenían como objetivo y se cree que hicieron varios ensayos generales en el propio lugar de los hechos antes del golpe de ayer. Hasta habían entrenado a un par de guardias de seguridad para que hicieran de figurantes sin saberlo. A uno de ellos le pagaron con una bala en la pierna.

Nat se interrumpió y Roy parecía mirar a través de él, con un atisbo de ceño fruncido en delicado equilibrio con la curiosidad pintada en sus ojos azules y tolerantes.

—Más cifras —sentenció con delicadeza—. ¿Qué diferencia hay en que sea medio millón, medio millar o sólo medio dólar? ¿Tres años, tres meses o tres minutos? ¿Tres delincuentes o trescientos?

¿Qué lo hace tan significativo como para que tengamos que ocuparnos de ello?

—El punto de vista profesional, ¿no crees tú? —sugirió Wyckoff—. Mantenerse dentro de la ley mientras hacían los trabajos preparatorios. Los ensayos. Trabajar todo ese tiempo con el propio banco. Si te paras a pensarlo, Roy, vaya, es que no hay banco o empresa en el mundo que esté a salvo de una banda con paciencia, recursos e inteligencia suficientes. Aquí tenemos la última palabra en técnicas delictivas, equiparar unos métodos comerciales con

otros métodos comerciales. Demonios, dale a un número de personas suficiente el tiempo, el dinero y la inteligencia suficientes y acabarán desvalijando Fort Knox.

—Exactamente —dijo Roy—. ¿Y eso es nuevo? El ataque que llega a la altura de la defensa, la defensa que contrarresta el ataque, ésa es toda la historia del crimen. Ya hemos publicado muchas veces, demasiadas, las características esenciales de esta misma historia bajo muy diversos disfraces. Ahí no veo mucha cosa para nosotros. Le dedicaremos dos o tres párrafos en *Crime Wavelets*: «Unos bandidos austeros y laboriosos invierten 175 000 dólares y tres años de esfuerzo para llevar a cabo el robo de un banco. Logran un beneficio neto de 325 000 dólares». Con tres hombres trabajando durante tres años —calculó—, la cosa sube a algo más de treinta y seis mil por año. Sí. «Este modesto salario, sin proporción con el riesgo y la destreza puestas a prueba, demuestra una vez más que el criminal nunca gana… lo suficiente». Poco más o menos. A ver, ¿no podemos conseguir algo de un poco más de nivel? Seguimos necesitando tres artículos de portada.

Nat Sperling no tenía más sugerencias. Vi que eran ya las 10.45, y con poco o nada hecho, la idea de ir a comer pronto resultaba un sueño inútil. Además iba a tener que desechar cualquier esperanza de celebrar hoy una reunión con Roy y Hagen. Tony Watson tomó el relevo y empezó a hablar con ráfagas bruscas y nerviosas, interrumpidas por pausas ocasionales debido a una angustia demasiado fuerte. A mí me parecía que su neurastenia debería haber mejorado, o incluso haberse curado por completo, después de los cuatro o cinco mil dólares que llevaba gastados en psicoanálisis. De todas formas, considerando los riesgos de nuestra profesión, bien podría ser que sin esos tratamientos, ahora mismo Tony ya sería completamente mudo.

—La Comisión de Acción Social tiene un informe que piensan publicar el mes que viene —dijo después de que esperásemos durante un rato a que prosiguiera—. Pero podemos conseguir copias. Yo ya lo he leído. Es sobre el negocio de los abortos ilegales. De lo más completo. La comisión se ha pasado tres años investigando. Lo han cubierto todo, desde los que operan a pequeña escala a los sanatorios privados más grandes y caros. Quién los protege, por qué y cómo. Cifras totales estimadas de cada año, número de

muertes y de procesamientos. Efectos sobre la salud, pros y contras. Causas, resultados. Es un estudio exhaustivo que va directo al tema. El primero que se hace. Oficialmente, quiero decir.

Mucho antes de que Tony hubiese terminado, a Roy ya le caía la barbilla sobre el pecho mientras tomaba unas rápidas notas.

—¿Sacan alguna conclusión? ¿Recomiendan alguna medida? —preguntó.

—Bueno, el informe apunta causas complejas. La causa principal de interrupción del embarazo entre las mujeres casadas es la económica, y entre…

—Da lo mismo. Nosotros tendremos que sacar nuestras propias conclusiones. ¿Qué dicen sobre la asistencia a la tercera edad?

—¿Cómo? Bueno, nada que yo recuerde.

—Da lo mismo, creo que ahí sí que tenemos algo. Cogeremos el informe y explicaremos cuál es su auténtico significado. Empezaremos dando las cifras de los beneficios que obtienen los supervivientes gracias a la seguridad social. Especialmente las primas de funerales, y subrayaremos los contrastes más evidentes. Por una parte, aquí está lo que el Estado se gasta cada año en enterrar a los muertos, mientras que aquí, en el otro extremo de la escalera de la vida, está lo que se gasta en impedir nacimientos. Ponte en contacto con la Academia de Medicina y con el Colegio de Médicos y Cirujanos y que te den una breve historia de las prácticas abortivas, y llévate un fotógrafo. Quizá tengan una colección de instrumental primitivo y moderno. Unas cuantas fotos resultarán muy efectivas. Y puede que una breve explicación de los métodos antiguos resulte todavía más efectiva.

—Uno de ellos era la magia —le dijo Bert Finch a Tony.

—Estupendo —dijo Roy—. No dejéis de meter eso también. Y tú puedes ponerte en contacto con la Sociedad Americana de Servicios Funerarios para que te den datos adicionales de lo que nos gastamos en morirnos y contrastarlo con lo que se gasta en impedir vidas. Llama a media docena de grandes almacenes y pregúntales qué cantidad se gasta de media una futura madre en ropa y accesorios hasta dar a luz. Y no te olvides de meter una o dos buenas citas de Jonathan Swift sobre los niños irlandeses.

Miró a Tony, cuyo rostro pecoso y huesudo parecía cargado de reticencia.

—Eso no es exactamente lo que tenía en la cabeza, Roy. Pensaba que nos limitaríamos a echarle un poco de dramatismo a los resultados. Los resultados de la comisión.

Roy trazó una raya por debajo de las anotaciones de su libreta.

—Y eso es lo que vamos a hacer, una exposición del negocio de los abortos ilegales. Un panorama de toda la cuestión de la herencia y la ilegitimidad. Pero vamos a analizarlo desde una perspectiva más elevada, eso es todo. Así que, ahora, adelante con la historia, y cuando aparezca el informe oficial lo repasaremos de arriba abajo y llamaremos la atención sobre las implicaciones reales de una visión general al mismo tiempo que señalamos las omisiones que pueda tener. Pero sin esperar a que se publique el estudio. ¿No podrías tener listo un borrador antes de, digamos, dos o tres semanas?

El silencio asfixiante de Tony Watson nos indicó claramente que unos dos mil dólares del tratamiento se habían marchado por el desagüe. No obstante, en ese momento, logró articular:

—Lo intentaré.

La reunión continuó como todas las anteriores, y como, de no producirse un portentoso milagro, continuarían muchos cientos de reuniones futuras.

Al mes siguiente, la cuádruple matanza de Nat Sperling en una granja solitaria sería un tiroteo en un ático de Chicago, la inclinación de Tony por la investigación sociológica nos proporcionaría nuevos informes sobre libertad condicional, novedades en estadísticas de seguros, una decisión de largo alcance del Tribunal Supremo. No importaba gran cosa de qué asunto se tratase. Lo que importaba era nuestro virtuosismo particular y colectivo.

Al fondo del vestíbulo, en el despacho de Sydney, había una ventana desde la que, mucho tiempo antes, se había tirado un director adjunto ya casi olvidado. Yo me preguntaba de vez en cuando si lo habría hecho después de una reunión como aquélla. Recogió sus notas, recorrió el pasillo hasta su despacho, abrió la ventana y saltó al vacío. Así de sencillo.

Pero nosotros no estábamos locos.

No éramos críos de una guardería progresista que se contaban unos a otros sus fantasías grandilocuentes. Ni las cosas que hacíamos allí eran completamente inútiles.

Lo que decidíamos en aquella habitación sería leído tres meses después por más de un millón de nuestros conciudadanos, y lo que leyesen lo aceptarían como algo definitivo. Puede que no supieran que lo estaban haciendo, puede que por un momento incluso estuvieran en desacuerdo con nuestras decisiones, pero aun así seguirían los razonamientos que les presentásemos, recordarían las frases y el tono de autoridad, y al final, una vez sedimentadas, sus opiniones serían las nuestras.

Desde luego, un asunto distinto era de dónde procedían nuestros razonamientos lógicos. El movimiento impulsor llegaba sin más, y nosotros nos limitábamos a registrar sobre la esfera gigante que el gran reloj mostraba al público la hora correcta dentro del sistema horario.

Pero ser la medida con la que tantas vidas se conformaban y se guiaban nos hacía albergar a veces extrañas y vanas ilusiones.

A las doce menos cinco, hasta el sumario provisional que preparábamos para el número de abril resultaba demasiado endeble. León Temple y Roy se habían enfrascado en una discusión bastante inútil sobre un programa de radio que León interpretaba como un profundo asalto a la razón y, por consiguiente, como un delito gravísimo, mientras que Roy replicaba que el programa no era más que una pequeña molestia sin importancia.

—Tiene un nivel muy bajo, ¿por qué tenemos que darle publicidad gratuita? —preguntaba—. Es como los libros, las películas o el teatro sin calidad suficiente, simplemente no entran en nuestros planes.

—Como los timos y el dinero falsificado —se mofó León.

—Ya lo sé, León, pero después de todo…

—Después de todo —intervine yo—, ya son las doce y no hemos llegado a los elementos fundamentales, al punto clave.

Roy echó una mirada alrededor sonriendo.

—Bueno —dijo—, si tú tienes algo, suéltalo antes de que se pudra.

—Puede ser que lo tenga —le respondí—. Lina pequeña idea que puede irle bastante bien a todo el mundo, nosotros incluidos. Es sobre *Futureways*. Todos sabemos algo de lo que hacen por ahí abajo.

—Esos alquimistas… —ironizó Roy—. Pero ¿lo saben ellos?

—Tengo una fuerte sensación de que con eso de los Individuos

Financiados han perdido el rumbo —empecé—. Haríamos un doble servicio si sacásemos nosotros el tema, porque sería un globo sonda que les podría ser útil.

Expliqué más la cosa. En teoría, Individuos Financiados era un proyecto importante. El meollo del asunto consistía en capitalizar a gente joven dotada de mucho talento con cantidades suficientes para que pudieran educarse en buenas condiciones, controlando sus estudios, y después invertir el capital acumulado en alguna empresa rentable, con cuyos beneficios se devolvería la deuda originaria. Con el préstamo inicial, negociable como cualquier bono o acción, se pagarían también unas primas de seguro de vida que garantizasen el volumen total de la inversión y un dividendo anual razonable.

Por supuesto que no todas las personas capitalizadas —Individuos Financiados era la marca que habíamos registrado para el proyecto— iban a obtener los mismos resultados, por mucho talento que tuvieran inicialmente. Pero con los Individuos Financiados se operaba como conjunto, con una dirección única, y nuestras cuentas demostraban que el balance final de la empresa acabaría proporcionando unos beneficios tremendos.

Ni que decir tiene que el proyecto significaría muchísimo para las personas que resultaran seleccionadas. Se capitalizaría a cada uno con algo así como un millón de dólares a partir de los diecisiete años de edad.

Expliqué a los presentes que las implicaciones sociales de una aventura así, llevadas a sus últimas consecuencias, significaban no sólo el fin de la pobreza, la ignorancia, la enfermedad y la inadaptación, sino también, inevitablemente, de la delincuencia.

—Podemos iniciar un nuevo enfoque del problema de la delincuencia —concluí—. La delincuencia no es más inherente a la sociedad que la difteria, los coches de caballos o la magia negra. Estamos acostumbrados a pensar que los delitos sólo desaparecerán en alguna lejana utopía. Pero las condiciones para eliminarlos están ahí, al alcance de la mano. Ahora mismo.

Era una idea a la medida de *Crimeways*, y todo el personal lo sabía. Roy dijo, cauteloso:

—Bueno, eso nos muestra una perspectiva de disminución de la delincuencia. —En su rostro delgado asomaba una ristra de consideraciones

—. Veo claro en qué puede ser cosa nuestra. Pero ¿qué pasa con la gente de ahí abajo? ¿Y con los del piso treinta y dos? Es un tema suyo, y ellos tendrán sus propias ideas de cómo tratarlo, ¿no?

Dije que creía que no. Mafferson, Orlin y media docena más de los del piso de abajo que estaban en la oficina de investigación conocida como *Futureways* llevaban casi un año trabajando intermitentemente en Individuos Financiados, sin resultados visibles por el momento y con pocas probabilidades de llegar a tenerlos.

—La cuestión es que no saben si quieren deshacerse de Individuos Financiados ni qué hacer si no lo dejan. Me parece que Hagen agradecería que hubiera movimientos, de cualquier clase. Podemos hacer un esquema previo de la idea.

—«Un mañana sin delitos» —improvisó Roy—. «La investigación nos muestra por qué. Las finanzas, cómo». —Se quedó un momento pensativo—. Pero no veo con qué imágenes, George.

—Gráficos.

Lo dejamos ahí. Por la tarde me dieron luz verde para el artículo tras una llamada de tres minutos a Hagen. Luego hablé con Ed Orlin, que estuvo de acuerdo en que Emory Mafferson era el hombre adecuado para trabajar con nosotros, y al momento Emory hizo acto de presencia.

Lo conocía sólo superficialmente. No medía mucho más de metro cincuenta y daba la impresión de ser más alto sentado que de pie. Emanaba de él un aura de confusión, ligera pero constante.

Después de que concretáramos los detalles de su nuevo puesto, sacó a colación un asunto personal.

—Oye, George.

—Dime.

—¿Cómo ficháis al personal de *Crimeways*? ¿Después de organizar Individuos Financiados?

—¿Por qué? ¿Quieres unirte a nosotros?

—Bueno, creo que voy a tener que hacerlo. A Ed Orlin se le veía casi feliz cuando descubrió que venía a trabajar aquí arriba un tiempo.

—¿No te llevas bien con Ed?

—Nos llevamos bien. A veces. Pero empiezo a pensar que yo no doy el perfil de *Futureways*. Conozco los síntomas. Ya me ha pasado antes, ¿sabes?

—Tú escribes cuentos, ¿verdad?

Emory parecía andar buscando la verdad a tientas.

—Bueno…

—Comprendo. Si lo que quieres es trasladarte aquí, yo no tengo inconveniente, Emory. Pero, por cierto, ¿cómo demonios es el perfil de *Futureways*?

Los ojos castaños de Emory se agitaron detrás de sus gruesas gafas como dos peces de colores perdidos y aislados. Su concentración interna era fantástica.

—En primer lugar, tienes que creer que estás dando forma a algo. El destino, por ejemplo. Después, es mejor no hacer nada que pueda llamar la atención. Es fatal, por ejemplo, que aparezcas con una idea nueva, y es igual de fatal que no se te ocurra ninguna. ¿Entiendes lo que quiero decir? Y, sobre todo, es peligroso entregar un texto ya terminado. Todo tiene que ser muy serio, y todo tiene que estar pendiente. ¿Entiendes?

—No. Pero no intentes dar el perfil de *Crimeways*, es lo único que te pido.

Pusimos a Emory y a Bert Finch a trabajar en equipo en «Un mañana sin delitos», y a las cinco llamé por teléfono a Georgette para decirle que iría a cenar a casa, después de todo, pero Nellie me dijo que Georgette había ido a casa de su hermana Ann porque había surgido una emergencia con alguno de sus hijos. Que volvería tarde, y podría ser que ni volviese. Le dije a Nellie que me quedaría a cenar en la ciudad.

Eran las cinco y media cuando entré solo en el Silver Lining. Me tomé una copa y repasé lo que les hubiera dicho a Roy y Steve Hagen si estuvieran presentes para escucharme. No me sonó tan convincente como por la mañana. Sin embargo, tenía que haber alguna forma. Podía hacer algo, tenía que hacerlo, y lo haría.

La barra del Silver Lining no está a más de seis o siete metros de las mesas más próximas. Detrás de mí, en una de ellas, oí una voz de mujer que decía que tenía que irse, y a continuación otra voz que decía que tenían que volver a verse pronto. Me volví a medias y vi que la que había hablado

primero se marchaba, y luego vi quién era la otra mujer. Era Pauline Délos. Reconocí la cara, la voz y la figura de una tacada.

Nos miramos a través de la sala y antes de haberla situado del todo ya la había saludado con un gesto y una sonrisa. Ella hizo otro tanto, y casi de la misma manera.

Cogí la copa y me acerqué a su mesa. ¿Por qué no?

Le dije que por supuesto ella no se acordaría de mí y me respondió que por supuesto que sí.

Le dije que si podía invitarla a una copa. Podía.

Era rubia como el demonio y llevaba cantidad de pintura encima.

—Usted es el amigo del presidente McKinley —me dijo. Tuve que admitirlo—. Y este sitio es donde estuvo hablando con él. ¿Está aquí esta noche?

Paseé la vista por toda la sala.

Supongo que se refería a Clyde Polhemus, pero no estaba.

—Esta noche no —dije—. En vez de eso, ¿qué le parecería cenar conmigo esta noche?

—Me encantaría.

Creo que como primera medida nos tomamos un sidecar de brandy de manzana. No parecía que aquella fuese sólo la segunda vez que nos veíamos. Y en un instante, un montón de cosas empezaron a moverse y a mezclarse entre ellas como si hubieran estado allí desde siempre.

GEORGE STROUD, IV

Estuvimos cerca de una hora en el Silver Lining. Cenamos allí después de que Pauline reorganizase por teléfono unos planes anteriores.

Después fuimos al estudio desde el que emitían *Jinetes en el cielo*. Era uno de mis programas de radio favoritos, pero ése no era el atractivo principal de ir hasta allí. Podíamos oírlo en cualquier otra parte, en cualquier aparato. Aparte del encanto del programa, lo que me fascinaba sobre todo lo demás era el trabajo del nuevo encargado de efectos especiales, que, en mi opinión, estaba sentando las bases de una técnica radiofónica completamente nueva. Era un menda capaz de producir una serie de sonidos espectaculares durante cinco minutos por lo menos, y sin voces ni música. Además, manteniendo la emoción y dejando claro su sentido. Le expliqué a Pauline, que parecía sorprendida aunque interesada, que algún día aquel individuo haría un programa entero de quince o hasta treinta minutos a base de sonidos y nada más que sonidos, que no incluirían ni voz ni música, por supuesto, un drama sin palabras, y entonces la radio se habría hecho adulta.

Después Pauline hizo unas cuantas llamadas más de teléfono para cambiar otros planes, y yo me acordé de un bar de la Tercera Avenida, el Gil's. No era exactamente un bar, ni tampoco un club nocturno exactamente. Quizás habría que llamarlo Coney Island en miniatura, o simplemente un tugurio. O puede que el nombre y la definición correctos fueran los que le daba el propio Gil, que lo llamaba museo.

Hacía uno o dos años que no iba por allí, pero cuando iba Gil jugaba con sus clientes y amigos a un juego que a mí siempre me pareció que merecía la

pena.

Aunque en el Gil's casi todo era básicamente vulgar y más sobado que un sello de correos, se bailaba con cualquier música que sonase y se entretenía uno con cualquier actuación, tenía una cosa que lo hacía distinto de cualquier otro local. Había una barra de diez metros de largo y una estantería de mucho fondo en la pared que quedaba detrás. Gil había ido acumulando y exponiendo en ella una inagotable cantidad de trastos —no hay otra palabra más adecuada — a los que llamaba su «museo particular». Gil pretendía que allí, por algún rincón, guardaba una muestra de todo lo que había en el mundo, y que cada artículo, fuera lo que fuese, tenía una historia que lo relacionaba de cerca con su vida y hazañas. El juego consistía en pillarle en falta con una cosa u otra.

Yo nunca lo había logrado, aunque debo reconocer que me había pasado muchas horas de copas intentándolo, y me había gastado un montón de dinero. Al mismo tiempo, a veces la lógica de Gil resultaba de lo más retorcida, y sus historias no eran demasiado divertidas. Corría el rumor persistente de que cada vez que pillabas a Gil con algo que no tenía, se las ingeniaba para salir en busca de su equivalente más próximo, y conseguía seguir por delante incluso de los que estudiaban de cerca el juego. Y aún más, antes del mediodía y a primera hora de la tarde sus explicaciones no estaban a la altura de las que se le ocurrían más tarde, cuando ya estaba bebido.

—¿Cualquier cosa? —preguntó Pauline observando atentamente la colección.

—Lo que sea —le aseguré.

Estábamos sentados junto a la barra, bastante despejada, y Pauline miraba con un cierto asombro aquella engañosa selva de cachivaches que teníamos delante. Había incluso un espejo normal de barra de bar detrás de toda aquella montaña de artilugios, tal como sabía por experiencia personal. Cabezas reducidas, billetes de francos franceses y marcos alemanes, dinero confederado, bayonetas, banderas, un trozo de tótem indio, una hélice de avión, pájaros y mariposas clavadas en paneles y expositores de rocas y conchas, instrumental quirúrgico, sellos de correos, periódicos antiguos: miraras donde miraras veías cualquier cosa disparatada y de ella pasabas medio mareado ya a otras más.

Gil se nos acercó, radiante, y noté que estaba en forma. Sólo me conocía de vista. Me saludó con un movimiento de cabeza, y le dije:

—Gil, la señora quiere jugar a tu juego.

—Naturalmente —dijo. Gil era un hombre afable que andaría por los cincuenta, calculé yo, tal vez cincuenta y cinco—. ¿Qué desea usted que le enseñe, señora?

Le interrumpí:

—¿Puedes enseñarnos un par de tragos largos mientras se decide?

Tomó nota de la comanda y se fue a prepararla.

—¿Sea lo que sea? —me preguntó Pauline—. ¿Por absurdo que resulte?

—Son todos recuerdos personales de Gil. No irás a llamar absurda la vida de un hombre, ¿verdad?

—¿Qué tuvo que ver él con el asesinato de Abraham Lincoln?

Estaba mirando el titular de un periódico amarillento enmarcado que lo anunciaba. Por supuesto, también yo me había preguntado eso mismo alguna vez, y le dije que ese periódico era un legado familiar. El titular lo redactó el abuelo de Gil cuando trabajaba para Horace Greeley en el *Tribune*.

—Así de simple —le comenté—. Y no le pidas sombreros femeninos. Allí detrás tiene el turbante de Cleopatra y otra media docena de reliquias apolilladas que puede hacer pasar por lo que sea.

Gil colocó las bebidas en la barra delante de nosotros y dirigió a Pauline una sonrisa de lo más profesional.

—Quiero ver una apisonadora —dijo ella.

La sonrisa de Gil se hizo más amplia. Se dirigió hacia el fondo de la barra y volvió con un cilindro negro de metal abollado que en cierta ocasión, si recordaba con claridad aquella noche loca, había sido el telescopio de Cristóbal Colón, reliquia de cuya autenticidad habían dado fe a Gil en persona unos aborígenes caribeños.

—No puedo enseñarle la apisonadora entera, señora —dijo Gil a Pauline —. Comprenderá que aquí no tengo sitio. Algún día tendré un local más grande y entonces podré ampliar mi museo particular. Pero esto que le traigo es una válvula de seguridad sacada de una apisonadora, tal cual. Adelante. —Empujó el objeto hacia ella—. Es un artefacto muy ingenioso. Mírelo bien.

Pauline aceptó el artículo sin molestarse siquiera en mirarlo.

—¿Y esto forma parte de su museo particular?

—La última vez que asfaltaron la Tercera Avenida —le aseguró Gil—, la apisonadora esta explotó justo aquí delante. La válvula de seguridad que tiene usted justo ahí en la mano entró por la ventana, como una bala. Me rozó. De hecho, me ha quedado una cicatriz. Mire, se la voy a enseñar. —Yo ya conocía la cicatriz, pero él volvió a enseñárnosla; aquella cicatriz era el activo más importante de Gil—. La válvula de la apisonadora estaba defectuosa, se nota perfectamente si se mira bien. Pero, vaya, ya que había caído aquí dentro, me limité a dejarla ahí detrás de la barra, en el mismo sitio donde impactó. Fue una de las veces en que me salvé por los pelos.

—Igual que yo —dije—. Yo también estaba aquí cuando explotó. ¿Qué quieres tomar, Gil?

—Bueno, me da lo mismo.

Gil dio media vuelta y se sirvió una copa sin pérdida de tiempo, era la recompensa merecida por ganar el punto. Alzamos las copas y Gil meneó una única vez la cabeza, gris y robusta. Luego se acercó a otro punto de la barra para atender a otro cliente jugador que pedía a voces que le enseñara un elefante rosa.

Gil le mostró con paciencia su elefante rosa y le explicó con toda amabilidad el papel que había tenido en su vida.

—Me gusta el museo —dijo Pauline—. Pero a Gil debe de resultarle terrible algunas veces. Lo ha visto todo, lo ha hecho todo, ha ido a todas partes, conoce a todo el mundo. ¿Qué le queda?

Le comenté entre dientes que mañana la historia seguiría en marcha, igual que hoy, y nos tomamos otra copa a la salud de esa idea. Entonces volvió Gil y Pauline le propuso otro experimento con sus recuerdos, y los tres nos tomamos una ronda. Y después otra más.

A la una ya estábamos hartos de la vida de Gil y yo empecé a pensar en la mía.

Siempre podría crear unos pocos recuerdos más yo también. ¿Por qué no?

Había muchísimas razones por las que no debería hacerlo. Las sopesé todas de nuevo e intenté una vez más explicar de alguna manera por qué iba a

hacer lo que sabía que estaba a punto de hacer. Pero todas se me escurrieron entre las manos.

Invoqué toda suerte de explicaciones fantásticas, empezando por la más simple, pero ni las simples ni las fantásticas resultaban suficientes; yo no era muy quisquilloso a la hora de razonar por qué me comportaba como un tonto, o incluso como un temerario.

Quizás estuviese cansado de hacer siempre lo que debía, y más harto aún de no hacer las cosas que no se debían hacer.

Los atractivos de aquella mujer, de Pauline Délos, se multiplicaban por diez ellos solos, y en aquel momento ya se estaban multiplicando por cien. Nos miramos y ese instante fue como el chispazo de un interruptor reconectado cuando se forma un circuito nuevo y la corriente fluye invisible por el otro cable.

¿Por qué no? Conocía los riesgos y el precio. Y aun así, ¿por qué no? Tal vez los riesgos y el precio fueran también una parte de las razones, del porqué. El precio sería elevado, y exigiría unas cuantas mentiras y actuaciones de primera; sin embargo, si estaba dispuesto a pagarlo, ¿por qué no? Y los peligros serían todavía mayores. Respecto a éstos, no podía ni siquiera empezar a sospecharlos.

Pero tenía que ser una cosa muy estimulante pasar una noche con aquel misterio rubio que ciertamente debía ser resuelto. Y si no lo resolvía entonces, nunca lo resolvería. Ni lo resolvería nadie. Sería algo que se perdería para siempre.

—¿Qué? —me dijo.

Al ver que sonreía, me di cuenta de que me había entretenido en una discusión imaginaria con un doble de George Stroud que estaba justo detrás de la aureola ardiente en que se había convertido ella. Algo asombroso. Lo único que el otro George Stroud parecía decir era: «¿Por qué no?». No lograba imaginarme qué quería decir. ¿Por qué no qué?

Me acabé la copa que al parecer tenía en la mano y dije:

—Tengo que llamar por teléfono.

—Sí. Yo también.

Mi llamada era a un hotel residencia que estaba cerca de allí. El

encargado no me había fallado nunca —al fin y al cabo, mi dinero le ayudaba a llevar a sus hijos e hijas al colegio, ¿no?—, y esa vez tampoco me falló. Al volver de la cabina dije:

—¿Nos vamos?

—Venga. ¿Está lejos?

—No está lejos —dije yo—. Pero no es nada del otro mundo.

Desde luego que no tenía ni la menor idea de en qué parte de aquel hotel de apartamentos un tanto triste y relativamente respetable nos iban a colocar. Pauline parecía dar todo aquello por descontado. Eso me hizo pensar en algo más; pero ese algo más se esfumó tan pronto como se me ocurrió. Así que confié en que no dijera nada sobre nadie ni sobre nada que no fuéramos nosotros dos.

No tenía por qué preocuparme. No lo dijo.

Estos momentos, cuando pasan, pasan muy deprisa, y sin tonterías superfluas. Si no pasan deprisa, mueren.

Bert Sanders, el encargado del Lexington-Plaza, me pasó una nota al entregarme la llave de una habitación del quinto piso. La nota decía que tenía que dejar la habitación libre a las doce del día siguiente, porque la tenía reservada. La habitación en sí, donde encontré ya mi maletín de fin de semana, estaba bastante bien, era un espació familiar, en el que pensé que ya me había alojado una o dos veces con anterioridad.

Me quedé un poco sorprendido y desanimado al ver que ya eran las tres de la mañana cuando saqué la media botella de *whisky* escocés, el batín y un par de zapatillas, un número atrasado de *Crimeways* —¿cómo había llegado hasta allí?—, tres libros de cuentos y poesía, la pila de pañuelos, pijama y pastillas de aspirina que constituían la casi totalidad del contenido del maletín.

—¿Qué te parecería un poco de *whisky*? —pregunté.

Nos pareció bien a los dos. El servicio de habitaciones del Lexington-Plaza fenecía sobre las diez de la noche, de manera que nos tomamos las copas con agua del grifo. Estaban perfectas. Daba la impresión de que la vida que vivíamos en esos momentos se aceleraba de un modo perceptible.

Me acordé de decirle a Pauline, tumbada en el suelo con la cabeza sobre un almohadón y un aspecto más deslumbrante que nunca metida en mi pijama,

que aquel hogar nuestro dejaría de serlo a partir del mediodía. Me respondió como entre sueños que no hacía falta que me preocupase, que todo estaba bien y que por qué no le contaba cosas sobre Louise Patterson y las tendencias más importantes de la pintura moderna. Vi con no poca sorpresa que sobre mis rodillas tenía un libro abierto, aunque había estado hablando de algo totalmente distinto. Y ahora no me acordaba de qué. Solté el libro y me tumbé en el suelo al lado de ella.

—Nada de cuadros —le dije—. Vamos a resolver el misterio.

—¿Qué misterio?

—Tú.

—Yo soy una persona muy normal, George. Sin ningún enigma.

Creo que le dije:

—Eres el último enigma, el más hermoso, el definitivo. Quizá no se pueda resolver.

Y creo que lancé una mirada a nuestra grandiosa cama, grande y fastuosa, blanda, mullida y ancha. Pero me pareció a miles de kilómetros de distancia, y decidí que eso era demasiado lejos. Pero estaba bien así. Mejor que bien. Estaba perfecto. Pura y simplemente perfecto.

Descubrí otra vez para qué estamos en este mundo. Eso creo.

Y entonces me desperté y me vi solo en aquella cama ancha y grande, sobresaltado por los timbrazos y el ruido de puños que aporreaban la puerta. Como lo que tenía más cerca era el teléfono, lo descolgué y oí una voz que me decía:

—Lo siento mucho, señor, pero el señor Sanders me dice que no tiene usted la habitación reservada para hoy.

Miré el reloj: la una y media.

—Está bien.

Creo que solté un gemido y volví a tumbarme. Me tomé una aspirina que alguien sensato había dejado en la mesilla de noche y después, al cabo de un rato, me acerqué a la puerta a la que seguían llamando con puños y timbrazos. Era Bert Sanders.

—¿Se encuentra bien? —me preguntó con expresión de algo más que preocupación—. Recordará que le dije que esta suite la tenía reservada.

—¡Dios mío!

—Bueno, lamento muchísimo tener que despertarle, pero es que tenemos que…

—Muy bien.

—No sé exactamente cuándo…

—¡Dios mío!

—Si hubiera pensado que…

—Está bien. ¿Dónde está ella?

—¿Quién? Oh, bueno, esta mañana hacia las seis…

—Ah, vaya, no se preocupe.

—Pensé que querría usted dormir unas horas, pero…

—Está bien, está bien. —Encontré los pantalones y la cartera, y no sé cómo, pero conseguí pagarle a Bert—. Dentro de tres minutos le habré dejado el cuarto libre. A propósito, ¿ha pasado algo que…?

—Nada, nada, señor Stroud. Es sólo que esta habitación está…

—Por supuesto. Diga que se lleven el equipaje, ¿quiere?

Dijo que eso haría, y acto seguido me vestí a toda prisa y miré por toda la habitación a ver si encontraba alguna nota mientras buscaba una camisa limpia. Me lavé pero ni intenté afeitarme, y me serví un dedo de *whisky* que quedaba en una botella que había por allí.

¿Quién era la chica?

Pauline Délos. La novia de Janoth. ¡Oh, Dios mío! ¿Cuál sería la próxima?

¿Dónde pensaría Georgette que andaba yo? En la ciudad, con algún trabajo, y que después volvería a casa un poco tarde. Muy bien. ¿Y ahora qué?

¿Qué tenía previsto hacer hoy en la oficina?

No recordaba nada importante, así que por ahí las cosas no estaban tan mal.

¿Y qué pasaba con los problemas importantes? Bueno, de momento no podía hacer nada a ese respecto, puesto que la estupidez más importante ya la había cometido. Nada. Bueno, pues muy bien.

Me peiné, me lavé los dientes y me puse la corbata.

Podía contarle a Georgette, y a su hermana de Trenton, que había tenido que quedarme a trabajar hasta las tres de la mañana y no había querido

molestarlas con el teléfono. Hubiera despertado a toda la casa. Sencillamente. Hasta ahora siempre había funcionado. Así que funcionaría esta vez. Sin duda.

Cerré el maletín, se lo dejé a Bert en medio de la habitación y bajé a la barbería del vestíbulo principal. Pedí un afeitado rápido y a continuación me fui a tomar un desayuno todavía más rápido seguido de una copa ultrarrápida.

Cuando aparecí de nuevo por el despacho eran las tres de la tarde, y allí no había nadie más que Lucille, mi secretaria, que escribía a máquina sin el menor entusiasmo en la pequeña sala que comunicaba los dos despachos. No mostró curiosidad alguna, ni encontré ningún recado en mi mesa; sólo un montón de mensajes internos y una lista de nombres.

—¿Me ha llamado alguien por teléfono, Lucille? —le pregunté.

—Sólo los que están en el bloc.

—¿No han llamado de mi casa? ¿No hay nada de mi mujer?

—No.

Así que todo estaba perfectamente. Por el momento. Gracias a Dios.

Regresé a mi mesa, me senté y me tomé tres aspirinas más. Era una tarde como cualquier otra tarde, excepto por aquellos nervios. Pero tampoco tenía por qué pasar nada serio con ellos. Empecé a ocuparme de la lista de cuestiones de pura rutina que me había dejado Lucille. Todo era como siempre había sido. Todo estaba perfectamente. No había hecho nada. Ni yo ni nadie.

GEORGE STROUD, V

Y todo aquello pasó, así, sin más. Y pasaron dos meses enteros. Y durante esos dos meses, Mafferson y yo desarrollamos todos los datos y el trabajo de base para lo de Individuos Financiados, y elaboramos también un artículo sobre quiebras y bancarrotas para el número de mayo y un reportaje muy detallado sobre la compraventa de huérfanos para el de junio.

Hasta que una noche, a primeros de marzo, me entró una de esas murrias. Cogí el teléfono y averigüé el número que necesitaba por medio de nuestro servicio de información confidencial. Cuando me contestaron, dije:

—Hola, Pauline. Soy tu abogado.

—Ah, sí —dijo ella al cabo de unos segundos—. Ese abogado.

Hacía un día primaveral, le dije, porque así era: el primero. Nos citamos para tomar unos cócteles en el Van Barth.

Georgette y Georgia estaban en Florida, volverían dos días después. Earl Janoth estaba en Washington, al menos durante un par de horas y probablemente durante una semana. Era viernes.

Aquella noche, antes de marcharme, entré en el despacho de Roy y lo encontré reunido con Emory Mafferson y Bert Finch. Me imaginé que Emory estaría lleno de dudas con respecto a lo de «Un mañana sin delitos, la ciencia nos muestra el porqué, las finanzas el cómo».

Emory decía:

—Veo claro que Individuos Financiados funciona perfecto sobre el papel. Con las cotizaciones de los seguros y las estadísticas de negocio veo que funciona con unas cuantas personas, las que están financiadas, pero lo que no

consigo ver es lo que puede pasar si el mundo entero entra a formar parte del capital de la corporación. ¿Entiendes a qué me refiero?

Roy mostraba su mejor expresión de hombre confiado, paciente y comprensivo.

—Bueno, se supone que ahí es donde se tiene que llegar —dijo—. Y creo que es algo muy bonito, ¿no te parece?

—Déjame que te lo diga de otra manera, Roy. Si una persona que está capitalizada con un millón de dólares recupera en un momento dado su inversión inicial más un beneficio equis, se producirá una avalancha tremenda de peticiones de individuos que quieren ser financiados con un incremento del beneficio. Y en muy poco tiempo todo el mundo estará chupando del bote, salvo los accionistas. ¿Qué sacan ellos de ese planteamiento?

La paciencia de Roy aumentó a ojos vista de peso y de volumen.

—Dividendos —dijo.

—Claro, pero ¿qué pueden hacer con ellos? ¿Qué habrán obtenido? Nada más que una ganancia en efectivo. En cambio no podrán disfrutar de esas vidas organizadas a la perfección y con una gran suma remanente para invertir en cualquier empresa nueva y rentable. A mí me parece que los únicos que arriesgan el pescuezo en este invento son los que suscriben las acciones que hacen posible todo el asunto.

—Olvidas —dijo Roy— que cuando esto lleve funcionando unos pocos años, los propios individuos financiados serán los primeros en reinvertir su capital en el fondo original, así que ambos grupos serán partes permanentemente interesadas en el mismo proceso.

Decidí que se las apañaban muy bien sin que yo interviniese, así que me marché.

En la barra del Van Barth me encontré con mi bella desconocida, que vestía un conjunto gris y negro bastante austero, una especie de traje sastre sin serlo. No había tenido que esperarla más de diez minutos. En cuanto nos pusimos de acuerdo en qué iba a tomar ella, Pauline dijo, muy seria:

—No tendría que estar aquí, ¿sabes? Me da la impresión de que es un peligro conocerte.

—¿A mí? ¿Un peligro yo? Las gatitas de un mes ya se ponen en guardia

cuando ven que me acerco. Abren los ojos por primera vez, afilan las garras y maúllan, por si las moscas.

Sonrió sin muchas ganas y repitió sin énfasis:

—Eres una persona peligrosa, George.

Me pareció que no era el punto más adecuado sobre el que insistir, de modo que decidí tocar uno distinto y enseguida fue todo mucho mejor. Nos tomamos otra copa y luego, al cabo de un rato, nos fuimos a cenar a Lemoyne's.

Me había pasado prácticamente las últimas tres semanas viviendo solo, desde que Georgette y Georgia se habían marchado a Florida, y tenía ganas de hablar. Así que hablé. Le conté el chiste de la ballena y el submarino, le expliqué por qué las películas mudas eran la Edad de Oro del cine, por qué Lonny Trout era un boxeador para boxeadores, y después sugerí que fuéramos en coche hasta Albany.

Fue lo que acabamos haciendo. Volví a experimentar el placer de conducir subiendo por los altos que bordean el único río perfecto del mundo, el río que nunca se desborda, nunca se seca y sin embargo nunca parece ser el mismo dos veces. Llegamos a Albany por etapas, al cabo de unas tres horas.

A mí siempre me había gustado esa ciudad, que no es tan vulgar como podría parecerle a un viajero circunstancial, sobre todo durante el período de sesiones legislativas. Si hay algo que a Manhattan se le ha pasado por alto, aquí está.

Tras inscribirnos con un nombre que me inventé con no poco cuidado e imaginación (Sr. Andrew Phelps-Guyon y Sra.), salimos a la calle y dedicamos un par de horas a comer y beber, un poco de espectáculo y unos bailes en un night-club exageradamente caro que tenía una buena pista no demasiado concurrida. Pero fue una noche con un decidido toque de primavera, arrancada de los propios engranajes de los mecanismos internos, y valió su peso en oro.

Tomamos el desayuno sobre las nueve y un poco más tarde salimos de regreso a la ciudad, viajando despacio, por una carretera distinta. Otra vez seguíamos un río, por supuesto, pero un río diferente, por supuesto, y por supuesto que me enamoré de él completamente. Pauline también ayudó a ello,

por supuesto.

A última hora de la tarde del sábado llegamos a las proximidades de la calle 58 Este, al edificio del apartamento de Pauline. Era lo bastante temprano como para que tuviera que admitir que tenía tiempo, cantidad de tiempo. Así que fuimos al Gil's. Pauline jugó tres rondas del juego. Cuando le pidió a Gil que le sacase el cuervo de Poe pensé que ahí lo había pillado, pero se le presentó con un mirlo o algo así disecado, en un estado terminal muy avanzado de mohosidad. Le explicó que se trataba del auténtico pájaro que había inspirado a Poe y que éste se lo había regalado personalmente al abuelo de Gil, que era buen amigo suyo. Y entonces me acordé de que hacía mucho tiempo, tres meses, que no husmeaba por el barrio de los anticuarios.

Eso está en la Tercera Avenida, bajando desde la calle 60 hasta la 42 o por allí. Puede que haya tiendas mejores, más grandes, más caras y más auténticas dispersas por otras partes de la ciudad, pero de algún modo, les falta el espíritu de aventura y descubrimiento que tienen aquéllas. Una noche pregunté en un comercio de la Tercera Avenida si tenían la flauta del flautista de Hamelin. Resultó que sí que la tenían ellos. No me acuerdo de lo que hice con ella después de comprarla por cosa de diez dólares y llevármela primero a la oficina, donde al parecer perdió toda su potencia, y más tarde a casa, donde a alguien se le rompió y acabó desapareciendo. Pero la Tercera Avenida no tuvo la culpa de que yo no supiera cuidar de la flauta como es debido.

Esa tarde Pauline y yo anduvimos revolviendo unas cuantas cosas no demasiado interesantes: calentadores de cama primitivos de Nueva Inglaterra, ruecas de hilar convertidas en lámparas de pie y de mesa, los aguamaniles con patas de toda la vida transformados en tronas para niño, mesas de libros y carritos de té. Cosas todas muy prácticas y razonables que reflejaban con más acierto el ingenio del siglo XX que la imaginación de los artesanos que las hicieron. Algunas cosas tenían su interés, pero ninguna entusiasmaba.

Y entonces, hacia las siete y media, cuando algunas de las tiendas ya estaban cerrando, llegamos a un local de la calle 50, pequeño pero realmente atestado de trastos. Puede que ya hubiera estado allí antes, pero no lo recordaba, y al parecer el dueño tampoco se acordaba de mí.

Anduve un rato revolviendo por mi cuenta sin ver nada que se me hubiera

pasado por alto en otra ocasión, pero disfrutaba respondiendo a las preguntas que Pauline me iba haciendo. Luego, al cabo de varios minutos entró alguien y el diálogo que se estableció en la parte delantera de la tienda fue atrayendo más y más mi atención.

—Sí, tengo —oí decir al propietario con cierta sorpresa—. Pero no sé si serán exactamente del tipo que usted quiere. Aquí casi nadie pregunta por un cuadro, desde luego. Ese cuadro lo puse en el escaparate porque estaba enmarcado. ¿Es ése el que le interesa?

—No. Pero tiene usted más, ¿verdad? Un amigo mío que estuvo aquí hace un par de semanas me dijo que tenía más.

La clienta era una morena alta y monolítica, vestida con descuido y con una cara que parecía un ciclón contenido.

—Sí, tengo más. Aunque no están en perfectas condiciones.

—No me importa —dijo la clienta—. ¿Puedo verlos?

El comerciante localizó un rollo de lienzos que había en un estante de arriba y los bajó. Para entonces yo ya me había deslizado hacia la parte delantera de la tienda y asistía como partícipe silente de las negociaciones. El comerciante ofreció a la mujer el rollo entero y yo prácticamente apoyé la barbilla en su hombro izquierdo.

—Mírelos usted misma —le dijo a la mujer.

Luego volvió la cabeza, con el ceño fruncido, y durante una fracción de segundo uno de sus ojos se cernió gigantesco y se clavó en uno de los míos. Los míos sólo expresaban la curiosidad de una persona bien educada.

—¿De dónde sacó esto? —le preguntó la clienta.

Desenrolló el paquete de lienzos, que medían metro veinte por metro cincuenta aproximadamente, unos algo más y otros algo menos, y observó con detalle el primero de todos, que se veía al revés desde donde ella miraba. Era la imagen de un clíper de Gloucester a toda vela, y era igual que cualquier otro cuadro de grandes veleros, con la única diferencia de que un cerco de suciedad, como el que deja una taza de café pero más grande, orlaba el navío y varias millas de océano. Decir que no estaba en perfecto estado sería un auténtico perjurio. Yo diría que el cerco tenía un tamaño similar al de un tonel, y es probable que de ahí hubiese salido.

—Eran parte de un lote —le dijo precavidamente el de la tienda.

La mujer le cortó en seco con una risotada fuerte y entrecortada.

—¿Parte de un lote de qué? —le preguntó—. ¿De cosas para quemar? ¿O género viejo del que usan en las tiendas de baratillo para envolver la loza?

—No sé de dónde proceden. Ya le dije que no estaban en muy buen estado.

Echó para atrás el cuadro de arriba y dejó a la vista un gran jarro de margaritas. Esta vez nadie dijo nada. Yo me limité a cerrar los ojos un par de segundos y luego ya no lo vi.

El tercer lienzo era un ejemplo decente del estilo «vivienda protegida y patio con basura»; lo feché en unos quince años antes, más o menos; no reconocí la firma, pero podía ser obra de uno cualquiera de los quinientos o seiscientos pintores profesionales que habrían pintado esa misma escena un poco mejor o un poco peor.

—Francamente bueno —dijo el propietario de la tienda—. Buen colorido. Real.

La morena alta y cuadrada pasó al siguiente con toda intención. Era otro gran velero Gloucester, éste navegando en la otra dirección. Tenía el mismo magnífico cerco color café que todos los demás. Y el siguiente era una cesta de gatitos. Seguro que la viejecita encantadora que lo había pintado lo tituló *Mis gatitos*. En fin, por lo menos la exposición tenía variedad. Los pintores de barcos de vela se limitaban a los barcos de vela, los pintores de patios con basuras los pintaban por kilómetros, y sin duda la viejecita encantadora habría pintado cientos y cientos de gatos. Nuestra galería los tenía todos.

—Me temo que no va a tener usted nada que me interese —dijo la mujer.

El hombre lo admitió tácitamente y la mujer reanudó la exhibición. Otras dos pinturas pasaron sin comentario alguno y vi que sólo quedaban dos o tres más.

Entonces descubrió otra más, con parsimonia, y yo me quedé sin respiración. Era de Louise Patterson. No había error posible: el tema, el tratamiento, el efecto. Hermanos y hermanas de aquel cuadro colgaban de las paredes de mi casa en Marble Road. Tiempo atrás había pagado novecientos dólares por uno de ellos, y no mucho menos por los demás, todos ellos escogidos en las exposiciones normales de Patterson en la calle 57.

La clienta ya había deslizado un dedo por debajo del lienzo para separarlo del que venía a continuación y apartarlo cuando yo me aclaré la garganta y comenté sin darle importancia:

—Ése me gusta bastante.

Me miró de forma poco amistosa, levantó el lienzo y lo sostuvo delante de ella con los brazos estirados. Hacía frunces en las partes de los bordes que no estaban deshilachadas y mostraba unas cuantas manchas indefinidas que se añadían a la marca de fábrica, el enorme cerco de color café. Estaba en unas condiciones espantosas, ni más ni menos.

—A mí también —declaró sin ambages—. Pero está hecho una mierda. ¿Cuánto pide por él?

La pregunta iba dirigida al propietario. A mí me ignoró por completo.

—Bueno…

—Dios, qué desastre…

Con ese segundo disparo no hay duda de que rebajó a la mitad el precio que iba a decir el comerciante.

—No sabría decir muy bien en cuánto puedo valorarlo exactamente —admitió—. Pero ¿qué le parece si se lo doy por diez dólares?

Era literalmente cierto que yo no tenía idea del valor de un Patterson en el mercado en ese momento. Sí sabía que nada fabuloso; pero, por otra parte, aunque Patterson hacía años que no exponía y probablemente ya estaría muerta, no me parecía posible que su obra hubiera caído en un eclipse total. Las cosas suyas por las que yo había pagado unos cientos de dólares resultaron verdaderas gangas en el momento de comprarlas, y no mucho después los lienzos de la artista se cotizaron mucho más, aunque sólo por un tiempo.

Dirigí a la mujer una sonrisa deslumbrante.

—Yo hablé primero —le dije; y luego, al vendedor—: Le doy cincuenta dólares.

El hombre, que hubiera debido contentarse con vender muebles de terraza restaurados, se quedó claramente sorprendido y desconcertado. Me di perfecta cuenta del momento en que se encendió una bombilla gigante en su cabeza: aquí tengo algo, seguramente un Rembrandt.

—Bueno, no sé —dijo—. Es evidente que se trata de una pintura buena. Muy apreciable. Tenía pensado hacer que me tasaran este lote cuando tuviera tiempo. Ésta es la primera vez que he podido ver de verdad este lote. Creo que…

—No es un Rafael o un Rubens, ni un Corot —le aseguré.

Se inclinó hacia delante y observó el cuadro más de cerca. El lienzo representaba dos manos, una dando una moneda y la otra recibiéndola. Nada más. Transmitía todo el sentido, el significado, el drama del dinero. Pero el propietario intentaba ahora desdoblar la esquina derecha de debajo de la tela, donde esperaba encontrar una firma trazada de modo legible. Empecé a sudar.

—Pat algo —anunció mientras la escrutaba con atención; un instante después ya sonaba decepcionado—. Vaya. Patterson 32. Me suena ese nombre, pero no me acuerdo de qué.

Dejé que aquel cristalino perjurio se muriera de muerte natural. La morena grandota, con un cuerpo que parecía un armario de cocina antiguo, tampoco dijo nada. No hacía falta, era evidente que no tenía los cincuenta dólares. Y yo tenía que quedarme con aquel cuadro.

—Es una obra de gran calidad —empezó otra vez el comerciante—. En cuanto la hayan limpiado quedará magnífica.

—Me gusta —dije—. Por cincuenta pavos.

Me contestó con rodeos.

—Me imagino que la persona que lo pintó titularía el cuadro *Trabajo duro*. O algo así.

—Yo lo titularía *Judas* —intervino Pauline—. No, *La tentación de Judas*.

—Sólo hay una moneda —dijo el comerciante, muy serio—. Tendrían que ser treinta.

Todavía sin saber qué hacer, cogió los lienzos y se puso a mirar los que aún no habíamos visto. Un silo con una vaca delante. Una bonita escena de niños jugando en la calle. La playa de Coney Island. Decepcionado por no despertar mayor interés, declaró:

—Y esto es todo lo que tengo.

Me dirigí a la mujer morena:

—¿Por qué no se lleva usted *Niños en Grand Street* por unos cinco

dólares? —dije con una sonrisa cristalina—. Yo me quedaré el *Judas*.

Soltó una carcajada estentórea, descomunal, tanto que no sabría decir si era amistosa u hostil. Era, simplemente, atronadora.

—No, gracias. Ya tengo suficientes niños con los míos.

—Le regalo a usted un marco. Que se lo pongan aquí mismo, y así se lo podrá llevar a casa.

Mi frase produjo una nueva carcajada, seguida de un rugido.

—Guárdese el dinero para su obra maestra de cincuenta dólares.

Lo dijo en tono despectivo. Yo le pregunté, con ironía en la voz:

—¿Cree usted que no los vale?

—Una pintura que vale algo, seguro que vale mucho más que esa cantidad —bramó encendida—. ¿No le parece? O vale diez dólares, o un millón de veces más.

Mentalmente me sentí de acuerdo con aquella actitud tan razonable, pero al parecer el dueño de la tienda también lo estaba. Y yo tenía que conseguir el cuadro. No era culpa mía que sólo me quedasen unos sesenta dólares, en vez de diez millones, después de uno de los fines de semana más caros de la historia.

—Pero ¿qué sé yo de pintura? —continuó—. Nada. No permitan que interfiera en lo suyo. —Y soltó otra carcajada estremecedora—. Puede que algún día tenga en mi casa el papel pintado conveniente y el espacio adecuado para colocar ese *Niños en Grand Street* como se merece. Resérvemelo.

A continuación se marchó, y en medio de la paz que se instaló de nuevo en la tiendecita dejé bien claro que pagaría por la tela lo que había dicho y no más, y finalmente también nosotros nos marchamos, pero yo con mi premio.

Pauline todavía tenía un poco de tiempo, así que nos paramos en el salón de cócteles del Van Barth. Dejé el lienzo en el coche, pero en cuanto pedimos las bebidas Pauline me preguntó por qué diantres lo había comprado, y volví a describírselo a modo de explicación. Acabó por decir que le gustaba bastante, sí, pero no le parecía que tuviera una fuerza tan extraordinaria.

Estaba claro que era incapaz de «ver» la pintura. No por culpa suya: mucha gente nace con ese defecto, lo mismo que otros nacen daltónicos o sin oído. Pero intenté explicarle qué significaba la obra de Louise Patterson en

términos de simplificación de lo abstracto y nuevas intensificaciones cromáticas. Después argumenté que algún significado tenía que tener el arte para ella, porque sin duda había dado con el título perfecto para el cuadro.

—¿Y cómo sabes que es el adecuado? —me preguntó.

—Porque lo sé. Lo siento así. Porque es justamente lo que yo vi en el cuadro.

Con el impulso del momento decidí, y así se lo dije, que Judas debía de haber sido un conformista nato, el típico tipo mediocre que se elevó muy por encima de sí mismo cuando se vio metido en un grupo de gente que vivía casi al margen de la sociedad y, no digamos ya, de cualquier negocio de provecho.

—Cielos, hablas de él como si fuera un santo —dijo Pauline frunciendo el ceño y con una sonrisa.

Le dije que era muy probable que lo fuera.

—Un hombre como ése, con la naturaleza adecuada para no salirse de la fila pero que siempre anda perdiendo el paso, tiene que haber sufrido el doble que los demás. Hasta que, al final, la tentación fue excesiva. Al igual que muchos otros santos, cuando fue tentado, cayó. Pero sólo brevemente.

—¿Eso no es un poco retorcido?

—En cualquier caso, ése es el título de mi cuadro —dije—. Gracias por el servicio.

Brindamos por ello, pero a Pauline se le derramó el cóctel.

Acudí al rescate con mi pañuelo, y tras unos instantes de agitación la dejé que terminara ella el trabajo mientras yo llamaba al camarero para pedirle más bebidas y que limpiase la mesa mojada. Al cabo de un rato tomamos algo de comer, unas copas más y un montón de charla.

Cuando salimos del local era ya muy oscuro, y la acompañé en coche las pocas manzanas que había hasta la 58 Este. El apartamento de Pauline, donde yo no había entrado nunca, estaba en uno de esos *pueblos* austeros y permanentes de las calles sesenta. Me pidió que aparcara un poco alejado de la entrada y me explicó con calma:

—No creo que sea prudente por mi parte entrar con una bolsa de viaje ajena. Y acompañada.

El comentario no decía nada, pero en un momento me dio la medida exacta

e incómoda de los riesgos que corríamos, pequeños pero muy reales. Borré la idea de mi cabeza y no dije nada, pero pasé de largo por delante del edificio y aparqué a media manzana de la entrada y su toldo iluminados.

Allí me bajé para darle la maleta ligera que se había llevado a Albany y nos quedamos parados unos momentos.

—¿Puedo llamarte por teléfono? —le pregunté.

—Naturalmente. Llama, por favor. Pero tenemos que ser…, bueno…

—Por supuesto. Ha sido maravilloso, Pauline. Prácticamente todo perfecto.

Me sonrió y dio media vuelta.

Al mirar más allá de aquellos hombros que se alejaban, me pareció ver vagamente una limusina que se detenía junto a la acera del otro lado, frente a la entrada de los apartamentos. Algo me resultó familiar en la silueta y la forma de moverse del hombre que salió del coche. Metió otra vez la cabeza en el vehículo para dar instrucciones al chófer y luego se volvió un instante en mi dirección. Vi que era Earl Janoth.

Se dio cuenta de que Pauline se le acercaba y estoy convencido de que al mirar hacia ella me vio. Pero no creo que pudiera reconocerme: la farola más próxima estaba a mis espaldas.

Y si me reconocía, ¿qué? Aquella mujer no era de su propiedad.

Ni yo tampoco, por cierto.

Entré en el coche, arranqué el motor y los vi desaparecer juntos en el portal iluminado.

Mientras me alejaba no me sentía muy feliz tras aquella casualidad tan poco feliz, aunque, por otra parte, tampoco me parecía que se hubiera producido un daño irreparable.

Volví a pasar por el Gil's. Era la típica noche animada de los sábados. Bebí un montón de copas, sin hablar gran cosa con nadie, y después me llevé el coche al garaje y cogí el tren de la 1.45 a casa. Era temprano, pero quería estar despejado cuando Georgette y Georgia regresaran de Florida por la tarde. Volvería a coger el tren, iría a buscarlas en el coche y las llevaría a casa.

Me llevé la maleta a Marble Road y no me olvidé de *La tentación de san*

Judas, por supuesto. La extendí sobre la mesa del comedor, sin más ceremonias. Habría que limpiar la tela, repararla y enmarcarla.

Eché una ojeada a los pattersons de las estancias de la planta baja y al de arriba, el de mi estudio, antes de irme a la cama. *La tentación* era mejor que cualquiera de ellos.

Se me ocurrió que tal vez me estuviera convirtiendo en uno de los coleccionistas de pattersons más destacados de Estados Unidos. O de cualquier parte.

Pero antes de meterme en la cama vacié la bolsa de mano, volví a poner en su sitio las cosas que contenía y luego guardé también la bolsa…

EARL JANOTH, I

¡Por Dios, nunca había pasado antes una noche así! Presumo de no dejarme llevar nunca por mis impulsos y no me porto jamás como un maleducado, pero esa gente, que se supone que son amigos míos, rebasaban el límite, podría haberlos estrangulado a todos, uno por uno.

Ralph Beeman, que es mi abogado desde hace quince años, no mostró ni el más puñetero interés, ni una mínima simpatía cuando surgió, o alguien trajo a cuento, la cuestión de la renovación de las emisiones de *Commerce Index*. El grupo entero se puso a debatir abiertamente el tema, como si yo fuera una especie de espíritu inmaterial y no estuviese allí presente en absoluto, y como si fuera a perder la franquicia en este mismo momento. De hecho, los tíos se pusieron a sopesar diversas alternativas para cuando la perdiese.

—Ralph y yo tenemos algo que decir sobre eso —dije con vehemencia, pero el cobarde cabrón no movió ni un dedo. La más pura neutralidad.

—Oh, sin la menor duda. Renovaremos la licencia, pelearemos contra quien haya que pelear.

A mí me sonó como si pensase que la guerra ya estaba perdida. Le lancé una mirada cortante, pero no se dio por aludido. Hubiera sido mejor que Steve estuviera presente. Es muy espabilado a la hora de captar los vientos y corrientes subterráneas que yo noto a mi alrededor pero no puedo medir.

Éramos diez de los nuestros y cenábamos en casa de John Wayne, y puesto que se trata de un dirigente político zalamero pero capaz, lo normal hubiera sido que, puestos a discutir de algo, fuera de política. Pero, por Dios, desde que entré en su casa, una vieja pesadilla decadente que tiene cien años por lo

menos, no hablamos de nada más que de Empresas Janoth y de las dificultades que estábamos pasando. Pero yo no estoy pasando ninguna dificultad. Ni pienso pasar por ésta tampoco.

Entonces se produjo un momento muy incómodo, cuando Hamilton Carr me preguntó que qué tal me había ido por Washington. Acababa de volver de ahí y tuve la desagradable sensación de que sabía con toda exactitud a quién había visto y en qué asuntos andaba. Aunque en realidad no pasaba nada. Había pensado ampliar las bases societarias y legales de Empresas Janoth, y el viaje a Washington era simplemente para obtener información rápida y fiable sobre los procedimientos a seguir para lograr esos fines y cumplir toda la regulación de la Comisión del Mercado de Valores.

Como Ralph Beeman había ido conmigo, aunque no había dicho gran cosa mientras estuvimos allí, le envié otro mensaje de empatía mental. Pero no había manera. ¿O es que, en realidad, todos ellos andaban conspirando contra mí? Otros viajeros por los nuevos continentes de la razón han sido cogidos con la guardia baja antes de ahora.

Pero Hamilton Carr no era enemigo; por lo menos yo nunca lo había considerado así. Era, simplemente, mi asesor bancario. Y desde siempre conocía hasta el último céntimo de lo que valía cada papel emitido por Empresas Janoth y en manos de quién estaba. Esa noche me dijo:

—¿Sabes que Jennett-Donohue sigue queriendo comprar o fusionarse?

Solté una carcajada tremenda.

—Sí —le dije—. Yo también. ¿Por cuánto quieren vender?

Carr sonrió. Era un gélido signo de desacuerdo. Vete al infierno, pensé yo, ¿qué pasa ahora?

Estaba presente una puñetera tipa extranjera con un acento inglés tremebundo, que atendía por el nombre de Lady Pearsah, o algo igual de insignificante, que me explicó con todo detalle qué era lo malo que tenían mis revistas. En realidad, según ella, todo era malo en ellas. Pero ni se le pasaba por la cabeza que yo había hecho grandes esfuerzos y asumido dispendios enormes para contratar a los mejores escritores y redactores, para tener las cabezas mejor dotadas y las mentes más amplias que se puedan tener. Que había rastreado por periódicos y revistas, por las mejores universidades, que

pagaba los sueldos más elevados de la profesión para disponer del que, a mi juicio, era el mejor equipo de periodistas que se hubiera reunido nunca bajo el mismo techo. La buena señora gorgoteaba incansable, la nuez se le movía exactamente igual que el buche pelado de un pavo, pero oyéndola hablar parecía que yo hubiera sacado a mis redactores de diferentes hospitales, manicomios y penitenciarías.

Hubiera podido sonreír y asentir a todo lo que me decía, pero no estaba dispuesto a sonreír ante lo que me decían Carr, Beeman y, para acabar de rematarlo, un individuo que atendía por Samuel Lydon.

—¿Sabe usted? —me dijo—. Es posible que no haya siempre la misma demanda de productos con presentación de calidad que ha habido hasta ahora. He recibido informes de los distribuidores. —Como todo el mundo; son cosas de conocimiento público—. Supongo que preferirá que sea totalmente sincero con usted, señor Janoth.

—Naturalmente.

—Bueno, pues las devoluciones de varias de sus revistas clave muestran extrañas fluctuaciones. Me refiero a que no están en proporción con las de otras publicaciones. —En ese momento lo situé: era el vicepresidente ejecutivo de una organización local de distribuidores—. Me pregunto si se conoce la razón exacta.

Aquello tanto podía ser una ignorancia colosal como una impertinencia descarada. *Si sabía la razón exacta*. Lo miré fijamente, pero no me molesté en replicar.

—Tal vez sea cosa de esa revista de astrología suya —dijo Geofffey Balack, un inútil malicioso, grosero y falso de arriba abajo. Era una especie de columnista. Una vez lo tuve contratado, pero su trabajo no resultó demasiado satisfactorio y cuando nos dejó para aceptar otro trabajo pensé que en realidad era un cambio afortunado para todos. Ahora que lo veía, no recordaba muy bien si se había marchado él o lo había despedido Steve. O puede que yo. Y ahora se pasó la mano de delante atrás por aquella cabeza de pelo más bien ralo. Era ofensivo—. Es algo que nunca he podido entender. ¿Por qué?

Yo mantuve mi sonrisa, pero me costaba un buen esfuerzo hacerlo.

—Compré esa revistilla sólo por el título: *Stars*, estrellas. Pero hoy día ya no tiene nada que ver con la astrología. Es prácticamente la máxima autoridad en astrofísica.

—¿Popular?

Eso tampoco merecía respuesta. Y ése era alguien al que en algún momento habíamos considerado un periodista con visión crítica e integridad. Y los buenos redactores cuestan dinero, pero yo estoy contento de pagárselo. Pero resultaban cada vez más y más caros. Otras empresas editoriales, aun cuando no se moviesen en el mismo campo ni mucho menos, siempre se alegraban de arrebatarnos elementos del equipo, y sin embargo era raro que se metiesen entre ellos, unos con otros. Nos pasábamos la vida perdiendo personal, nuestros mejores hombres de verdad se iban a otras empresas (agencias de publicidad, productoras de cine, radio), que les ofrecían unos sueldos sencillamente increíbles. Un hombre al que habíamos descubierto nosotros, al que habíamos ido criando hasta que dábamos con la manera perfecta de sacar a la luz lo mejor y más profundo que llevaba dentro, de pronto y como el que no quiere la cosa nos abandonaba para irse a escribir porquerías en un programa de perfumes o los discursos de cualquier portavoz político. Con contrato o sin contrato, y por unas cifras que sólo pensar en igualarlas sería poco menos que la ruina para la organización.

Y si no era eso, querían escribir libros. O se volvían locos. Aunque en realidad, Dios sabe que la mayor parte lo eran de nacimiento y su permanencia con nosotros apenas servía para retrasar el problema y aplazar una temporada el inevitable proceso.

Bueno. Todavía teníamos los mejores redactores que se podía tener, y a la competencia le tocaba seguir manteniéndose alerta.

Cuando llegábamos al punto en que Jennett-Donohue o Devers & Blair le ofrecían veinticinco mil dólares a un redactor jefe de quince mil, le subíamos a treinta mil. Si la radio ofrecía cincuenta mil a alguien que nos era imprescindible de verdad, le dábamos sesenta mil. Y cuando Hollywood empezó a quitarnos a los redactores de base y los reporteros tentándoles con un millón…, bueno, pues ya está. No sirve de nada hacerse mala sangre. Aunque a veces es imposible evitarlo.

Ya eran las diez —la hora más temprana posible— cuando por fin conseguí marcharme. Tenía muchas cosas de las que ocuparme sin aguantar las tonterías extra de ese grupito concreto.

Todo es sólo cuestión de los nervios y las glándulas que has heredado. Por mucho que trates de racionalizarlo, o tienes una actitud negativa y amargada ante las personas y las cosas, como les pasa a todos éstos, o tienes una actitud positiva y constructiva; es una simple cuestión de cómo funcionan las glándulas. Así que no es algo de lo que pueda presumir demasiado. Pero tampoco pueden presumir ellos.

En el coche, le dije a Bill que me llevase a casa, pero a medio camino cambié de idea. Le dije que me llevase a casa de Pauline. Puede que incluso estuviera allí, demonios. Mi casa no era un sitio donde ir después de una velada desperdiciada entre cínicos de pacotilla, sentimentales sin ilusiones y conspiradores frustrados.

Sin decir palabra, Bill giró el volante y torció en la esquina siguiente. Eso me recordó su forma de cumplir mis órdenes desde hacía más de treinta años, ya fuera durante la época más caliente de una batalla por la distribución que libramos allá en el Oeste, o más adelante, cuando hubo la huelga de imprentas al norte del estado. Por eso estaba conmigo todavía. Si ni siquiera hablaba conmigo después de treinta años y pico, ya no hablaría nunca con nadie.

Cuando el coche llegó delante del edificio y me bajé, metí la cabeza por la ventanilla de su lado y le dije:

—Vete a tu casa, Bill. Ya cogeré un taxi. No creo que te necesite hasta mañana a última hora de la tarde.

Me miró, pero no dijo nada; separó el coche del bordillo y se alejó.

EARL JANOTH, II

Una vez en la acera giré hacia la entrada, pero al hacerlo descubrí a Pauline. Se despedía de alguien en la esquina siguiente. No le veía la cara, pero reconocí su silueta, la forma de mantener el cuerpo erguido y de moverse, y reconocí también el sombrero que ella misma ayudó a diseñar recientemente. Y el abrigo beige. Me quedé allí plantado y ella echó a andar hacia mí. Al hombre que estaba con ella no lo reconocí, aunque no dejé de mirarlo hasta que se dio la vuelta y se metió en un coche sin que su cara dejase de estar entre sombras.

Cuando Pauline llegó a mi lado venía serena y sonriente, una mezcla entre un poco afectuosa y un poco distante, tan controlada como siempre.

—Hola, querida —le dije—. Qué suerte encontrarte.

Se apartó con la mano un mechón de pelo inexistente y se detuvo junto a mí.

—Esperaba que volvieses ayer —dijo—. ¿Has tenido un buen viaje, Earl?

—Perfecto. ¿Has pasado un fin de semana agradable?

—Maravilloso. He ido a montar a caballo y a nadar, he leído un libro fantástico y he conocido a unas cuantas personas, unos jóvenes muy interesantes.

En ese momento estábamos ya dentro del edificio. Miré hacia abajo y vi que llevaba un maletín de fin de semana.

Oí, aunque no pude ver, que alguien se movía detrás del alto panel que separaba la centralita de los apartamentos y, como de costumbre, no había señales de nadie más. Quizás aquel aislamiento fuera una de las razones por

las que a Pauline le había gustado aquel sitio desde un principio.

El ascensor era automático, no tenía ascensorista, y estaba ya en la planta baja. Abrí la puerta, la dejé pasar, entré y apreté el botón del quinto piso. Señalé hacia la calle con la cabeza.

—¿Era uno de ellos? —pregunté.

—¿De quiénes? Ah, te refieres a esos amigos nuevos. Sí.

El ascensor se detuvo en el quinto. La puerta de dentro se deslizó para abrirse sin ruido y la propia Pauline empujó la del rellano. Anduve tras ella diez o doce pasos por el pasillo alfombrado hasta el 5 A. En el interior del pequeño apartamento de cuatro piezas había tanto silencio y tanto aire estancado que parecía imposible que alguien hubiera entrado allí desde hacía días.

—¿Qué anduviste haciendo?

—Bueno, primero fuimos a un sitio terrible de la Tercera Avenida que se llama Gil's. A ti te encantaría. Yo, personalmente, lo encontré un aburrimiento. Pero es una especie de combinación entre una taberna y una fundación arqueológica antigua. Una mezcla disparatada. Después de allí anduvimos arriba y abajo por la calle, comprando antigüedades.

—¿Qué clase de antigüedades?

—Cualquier cosa que nos pareciese interesante. Al final compramos un cuadro, bueno, es decir, lo compró él, en una tienda que está como a tres manzanas de aquí. Una pintura espantosa y toda vieja sacada directamente del cubo de la basura. O eso parecía, y prácticamente se la quitó de las manos a otra clienta que también pujaba por el cuadro. No había más que un par de manos pintadas, de un artista que se llama Patterson.

—¿Un par de qué?

—De manos, cariño. Simplemente unas manos. Era una pintura sobre Judas, o eso fue lo que entendí. Después de eso nos acercamos al Van Barth, tomamos unas cuantas copas y me trajo a casa. Y ahí es cuando apareciste tú. ¿Satisfecho?

La miré abrir la puerta del armario pequeño del recibidor y soltar la maleta dentro, y luego cerrar la puerta y volverse de nuevo hacia mí con sus cabellos deslumbrantes, sus ojos profundos y su rostro perfecto, renacentista.

—Suena como si hubiera sido una tarde interesante —dije—. ¿Y quién era esa nueva amistad?

—¡Oh! Sólo un hombre. No lo conozco. Se llama George Chester, trabaja en publicidad.

Seguro que sí. Y yo me llamo George Agropolus. Pero, claro, yo he vivido mucho más que ella en este mundo, y, ya puestos, más que su amiguito. Me quedé mirándola un momento, sin decir nada, y me devolvió la mirada, aunque un poco demasiado a propósito. Casi sentí lástima por aquel nuevo satélite que acababa de dejar, fuera quien fuese.

Sirvió brandy para los dos de un frasco que estaba junto al salón y, por encima del cristal de su copa, entornó los ojos con esa expresión de intimidad que se supone adecuada para adaptarse a la textura de cualquier situación. Di unos sorbos a la mía, convencido otra vez de que en este mundo sólo quedan cenizas. Frías, consumidas, que no merecen ningún esfuerzo. Era un estado de ánimo que Steve nunca compartía, un estado de ánimo exclusivamente mío. Me pregunté si sería posible que otras personas experimentasen también esa sensación, al menos de vez en cuando, pero era muy poco probable.

—Por lo menos esta vez es un hombre —dije.

Me respondió cortante:

—¿Qué quieres decir exactamente con eso?

—Lo sabes perfectamente.

—¿Ya estás otra vez con lo mismo? ¿Echándome en cara lo de Alice? —Su voz punzaba como una avispa. Con Pauline el fondo nunca estaba muy lejos de la superficie—. Nunca te olvidas de Alice, ¿verdad?

Me terminé el brandy, alargué la mano para buscar el frasco y me serví otra copa. Con tono cortés y una lentitud deliberada, dije:

—No. ¿Y tú?

—¿A qué demonios te refieres, eh? ¡Napoleón de pacotilla!

Me terminé el brandy de un solo y placentero trago.

—Y tú no te olvidas de Joanna, ¿verdad? —dije, en voz bastante baja—. Ni de aquella mujer de Berleth, ni de Jane, ni de aquella refugiada austriaca. Ni de Dios sabe quién más… No puedes olvidarte de ninguna, ¿verdad?, incluida la próxima.

Pareció que se ahogaba, hubo un instante de silencio y luego saltó como una fiera veloz. Algo que creo que era un cenicero pasó al lado de mi cabeza, se estrelló contra la pared y me regó con una polvareda de finos cristales.

—¡Hijo de puta! —explotó—. ¿Y tú hablas? ¿Precisamente tú? ¿Te atreves? ¡Es que no tienes perdón!

Con un gesto mecánico volví a coger el frasco y vertí más brandy en mi copa. Busqué a tientas el tapón y traté de volver a ponerlo. Pero al parecer no lograba encajarlo.

—¿Sí? —dije.

Estaba de pie al otro lado de la mesita baja con la cara hecha una maraña de rabia.

—¿Y qué me dices de Steve Hagen y tú?

Me olvidé del tapón. Sólo pude quedarme mirándola.

—¿Qué? ¿Qué te han dicho de mí? ¿Y de Steve?

—¿Crees que estoy ciega? ¿Es que os he visto alguna vez a los dos juntos sin que anduvieseis tonteando?

Me sentí atónito, mareado, y como si algo negro y enorme empezase a crecer dentro de mí. Repetí la palabra mecánicamente, como un eco.

—¿Tonteando? ¿Steve y yo?

—Como si no llevaras toda la vida casado con ese tipo. Y como si no lo supieras. ¡Venga, so hijoputa, finge que estás sorprendido!

Había dejado de ser yo. Había allí un gigante de treinta metros de altura que me hacía moverme, que manipulaba mis manos, mis brazos y hasta mi voz. Me estiró las piernas y descubrí que estaba de pie. Apenas si podía hablar. Mi voz se había convertido en un susurro entrecortado.

—¿Puedes decir eso de Steve? ¿Del hombre más cabal que he conocido jamás? ¿Y de mí?

—¡Pues claro! ¡Si no eres más que una pobre imitación de ese gorila rubito! ¿Tan memo eres que en todo este tiempo no te has dado ni cuenta? —Y entonces, de repente, gritó—: ¡No, Earl! ¡No!

Le pegué en la cabeza con el frasco de cristal y retrocedió dando tumbos por la habitación. Mi voz le dijo:

—¡No puedes decir eso! ¡No puedes decir eso de nosotros!

—¡No! ¡Oh, Dios mío, Earl! ¡No! ¡Earl! Earl, Earl.

Le di una patada a la mesita que se interponía entre ambos y fui tras ella. Volví a golpearla y ella seguía hablando con aquella terrible voz suya, así que le pegué otro par de golpes.

Y entonces se quedó tendida en el suelo, callada por fin y en una posición un poco torcida. Le dije:

—Todo tiene un límite. Hay cosas que un hombre no puede aguantar.

No me contestó. No se movió.

Estuve un rato largo, muy largo, plantado allí junto a ella. No se oía ni un solo ruido, excepto el rumor lejano y amortiguado del tráfico en la calle. El frasco seguía en mi mano. Lo levanté, miré el borde de abajo y vi que estaba ligeramente manchado y con unos cuantos pelos pegados.

—Pauline.

Estaba tumbada boca arriba, como si contemplara algo muy lejano que tampoco se moviera. Fingía que estaba inconsciente.

El miedo que me iba invadiendo empezó a ser cada vez más y más intenso, mientras mis ojos miraban cómo aquella cabeza hermosa y brillante sangraba lentamente. La expresión de su rostro no se parecía a nada de este mundo.

—¡Oh, Pauline, por Dios! ¡Levántate!

Solté el frasco de cristal y le puse la mano sobre el corazón, por debajo de la blusa. Nada. La cara ni se le movió. No había pulso, ni respiración, ni nada. Sólo el calor de su cuerpo y un leve perfume. Me incorporé lentamente. Estaba muerta.

De modo que toda mi vida había desembocado en este extraño sueño.

Sentí que me inundaban unas oleadas de náuseas y oscuridad que nunca hasta entonces había conocido. De repente aquello, aquel subproducto de la carroña, se había convertido en la suma total de todo. De todo lo que había habido entre nosotros. De todo lo que había hecho en mi vida. Aquel accidente.

Porque había sido un accidente. Dios es testigo. Un accidente absurdo.

Vi que tenía manchas en las manos y en la pechera de la camisa. Salpicaduras en los pantalones y en los zapatos. Y cuando paseé la mirada por la habitación vi que había gotas de sangre hasta en la parte de arriba de la

pared del salón junto a la que me había sentado primero.

Necesitaba algo. Muchísimo. Ayuda y consejo.

Fui al cuarto de baño, me lavé las manos y pasé una esponja por la camisa. Me di cuenta de que tenía que ir con mucho cuidado. Tenía que ir con mucho cuidado con todo. Cerré los grifos sujetándolos con el pañuelo. Si su amiguito hubiera estado allí, habría dejado sus huellas digitales. Y otros tal vez. Cualquier otra persona. Y habría habido muchos otros.

Volví al cuarto donde Pauline continuaba tendida en la alfombra, en la misma postura. Me acordé del frasco de cristal tallado y del tapón. Los limpié con mucho cuidado, y también el vaso. Luego iba a coger el teléfono, pero en ese mismo momento me acordé de la centralita de abajo y desistí.

Me deslicé fuera del apartamento empleando de nuevo el pañuelo a guisa de guante. Al entrar había abierto Pauline. Las últimas huellas de sus dedos se encontrarían en el pomo, la llave y el marco.

Estuve un buen rato escuchando ante la puerta del 5 A. No se oía ruido alguno por los pasillos, ni tampoco detrás de aquella puerta cerrada. Comprendí con un vértigo de temor y de pena renovado que dentro de aquel piso no volvería a haber vida. Al menos no para mí.

Sin embargo, había habido mucha vida en otros momentos. Todo se vino abajo para quebrarse en unos pocos y únicos instantes que ahora suponían una amenaza mortal e irreal.

Avancé sin hacer ruido por el pasillo alfombrado y bajé las escaleras. Desde la altura del rellano del primer piso apenas podía ver parte de la cabeza entre gris y calva del encargado de la centralita. No se había movido, y si se comportaba como siempre, no se movería.

Bajé sin hacer ruido el último tramo de escaleras y crucé sigilosamente sobre la alfombra del vestíbulo hasta la puerta. Allí, en la puerta, me volví a mirar mientras la abría. Nadie vigilaba ni tampoco había nadie a la vista.

Una vez en la calle anduve varias manzanas y luego, en una parada de una esquina, cogí un taxi. Di al taxista una dirección a dos manzanas del lugar al que supe automáticamente que quería ir. Estaba un kilómetro y medio más allá.

Cuando salí del coche y llegué al edificio al que había decidido ir, todo estaba tan en silencio como en el de Pauline.

Allí no había ascensor automático como en el de Pauline, y no quería que me viera nadie en aquellas condiciones. De modo que subí andando hasta el apartamento, en el cuarto piso. Llamé al timbre y de repente tuve la convicción de que nadie me abriría.

Pero sí.

La puerta se abrió y me encontré ante el rostro amable, inteligente, firme y un tanto curtido de Steve. Iba en bata y en zapatillas. Al verme abrió más la puerta y entré.

—Tienes un aspecto fatal —me dijo—. ¿Qué pasa?

Pasé por su lado, entré en la sala de estar y me senté en un gran butacón.

—No tengo derecho a venir aquí, pero no tenía otro sitio adonde ir.

Había entrado en la sala de estar detrás de mí y me preguntó, sin inmutarse:

—¿Qué ha pasado?

—¡Dios! No lo sé. Dame una copa.

Steve me dio una copa. Cuando me dijo que iba a llamar para que le subieran hielo, lo detuve.

—No metas a nadie más en esto —dije—. Acabo de matar a alguien.

—¿Sí? —Se quedó esperando—. ¿A quién?

—A Pauline.

Me miró con intensidad, se sirvió una copa y le dio un par de sorbitos pequeños sin dejar de mirarme.

—¿Estás seguro?

Aquello era demencial. Contuve una carcajada salvaje y, en vez de eso, le solté, seco:

—Estoy seguro.

—Muy bien —dijo despacio—. Se lo estaba ganando. Tendrías que haberla matado hace tres años.

Le dirigí la mirada más larga y con más intención que le había dirigido jamás. En el hermetismo de su rostro apuntaba un acerado filo de burla. Comprendí lo que le rondaba por la cabeza: «*Era una perdida, ¿por qué te molestas por ella?*», y sabía lo que me rondaba a mí por la cabeza: «*Tal vez yo sea la persona que está más sola en este mundo*».

—He venido aquí porque es probable que ésta sea mi última salida, Steve —le dije—. Me enfrento a…, bueno, a todo. Pero pensé que… ¡Demonios, no sé lo que pensé! Pero si crees que hay algo que deba hacer…, bueno, pensé que tal vez tú supieras qué es.

—Se lo merecía —repitió con calma Steve—. Era una vulgar payasa de segunda.

—No hables así de Pauline, Steve. Era una de las mujeres más buenas y generosas que han existido.

Se terminó su copa y la dejó como al desgaire.

—¿De veras? ¿Y por qué la mataste?

—No sé, simplemente no lo sé. De aquí iré a ver a Ralph Beeman; y después a los polis, y después supongo que a prisión o incluso a la silla. —Me terminé la copa—. Perdona que te haya molestado.

Steve hizo un gesto con la mano.

—No seas tonto —dijo—. Olvida esa historia de la cárcel. ¿Qué me dices de la organización? ¿No sabes lo que pasará en el mismo instante en que te veas metido en un problema grave?

Me miré las manos. Estaban limpias, pero habían podido más que yo. Y comprendí lo que iba a pasar en la organización al minuto de no estar yo allí o de que me viera envuelto en un problema de aquel tipo.

—Sí —le dije—. Sí lo sé. Pero ¿qué otra cosa puedo hacer?

—¿Quieres luchar o prefieres rendirte? No eres el primer tío de este mundo que se ha visto metido en un jaleo. ¿Qué quieres hacer? ¿Vas a presentar batalla o pretendes darte por vencido?

—Si existe alguna oportunidad, la aprovecharé.

—Si pensase que ibas a hacer otra cosa no te conocería.

—Y además, no es sólo la organización, por grande que sea. También está mi cuello, por supuesto. Y quiero salvarlo, naturalmente.

—Por supuesto —dijo Steve. Y yendo a lo práctico, añadió—: Bien, dime qué pasó.

—No podría detallártelo. Apenas si lo sé.

—Inténtalo.

—Esa zorra. ¡Oh, Dios santo! Pauline…

—¿Sí?

—Dijo que yo…, la verdad es que nos acusó a los dos, pero es algo absolutamente fantástico. Me había tomado unas copas y ella debía de llevar también unas cuantas. Dijo una cosa sobre nosotros. ¿Puedes creerlo?

Steve no se inmutó.

—Ya sé lo que diría. Es muy capaz. ¿Y después? —preguntó.

—Eso es todo. Le pegué en la cabeza con algo. Un frasco de coñac. Puede que dos veces. O tres. Puede que diez. Sí, un frasco de cristal tallado. Y borré las huellas que pude haber dejado. Debía de estar loca, ¿no crees tú?, para decir una cosa así… A veces se dedicaba a hacer de buscona de lujo por ahí, Steve, ¿te lo había dicho alguna vez?

—No hacía mucha falta.

—De modo que la maté. Antes de darme cuenta. Dios, no tenía ninguna intención de hacer una cosa así. Medio minuto antes, ni imaginarlo. No lo entiendo. Y ahora la organización va a tener problemas, problemas serios. ¿Ya te lo había dicho?

—Me lo habías dicho, sí.

—Bueno, esta noche, durante la cena, ya estaba seguro. Y ahora esto. ¡Oh, Dios mío!

—Si quieres que se salve todo el tinglado tienes que mantener la cabeza fría. Y los nervios. Sobre todo los nervios.

De improviso, y por primera vez en cincuenta años, se me llenaron los ojos de lágrimas. Qué vergüenza. Casi no podía verlo. Le dije:

—De mis nervios no te preocupes.

—Así se habla —dijo Steve sin alterarse—. Y ahora quiero que me cuentes los detalles. Quién te vio entrar allí, en el apartamento de Pauline. ¿Estaba el portero, o el de la centralita? ¿Quién te llevó allí? ¿Cómo te marchaste? Quiero saber hasta el más mínimo detalle de lo que pasó, lo que ella te dijo y lo que tú le dijiste a ella. Lo que hizo ella y lo que hiciste tú. Dónde estuviste esta noche antes de ir a su casa. Entretanto te prepararé ropa limpia. Tienes la camisa y los pantalones salpicados de sangre. Me desharé de ellos. Así que vamos allá.

—Muy bien —dije—. Estuve cenando en casa de los Wayne. Y parecía

que no existiera otro tema de conversación que el tremebundo follón en que se está metiendo Empresas Janoth. ¡Dios! ¡No sabes lo encantados que estaban con mis dificultades! No podían pensar ni hablar de otra cosa.

—Eso puedes ahorrártelo —dijo Steve—. Ve al grano.

Le conté que cuando me había marchado de casa de los Wayne, Bill me llevó en el coche hasta la de Pauline.

—De Bill no tenemos que preocuparnos —dijo Steve.

—¡Dios! —le interrumpí—. ¿De verdad crees que podré salir de ésta?

—Dijiste que habías limpiado las huellas del frasco, ¿verdad? ¿En qué más pensabas cuando lo hacías?

—Fue algo automático.

Hizo un gesto con la mano, como para desechar ese argumento.

—Cuenta.

Le conté todo el resto. Que había visto a aquel desconocido que acompañó a Pauline y que después habíamos tenido una pelea en su piso, que ella me había dicho esto y yo le había dicho aquello y lo que sucedió después. Se lo expliqué todo lo mejor que pude recordar.

Finalmente, Steve me dijo:

—Bueno, todo parece estar correcto salvo una cosa.

—¿Qué?

—El tipo que te vio entrar en el edificio con Pauline. No te vio nadie más, pero él sí. ¿Quién era?

—Te he dicho que no lo sé.

—¿Y él te reconoció?

—No lo sé.

—Sólo hay una persona en el mundo que te vio entrar en casa de Pauline, ¿y no sabes quién era? ¿Ni siquiera sabes si te conocía, o si te reconoció?

—No, no, no. ¿Por qué? ¿Tan importante es?

Steve me lanzó una mirada insondable. Buscó lentamente un cigarrillo, alargó lentamente el brazo para coger una cerilla y encendió el pitillo. Después de expulsar la segunda bocanada de humo con la misma lentitud y de apagar y tirar la cerilla con aire pensativo, exhaló a conciencia una tercera carga de los pulmones, se volvió y me dijo:

—Puedes jurar que lo es. Cuéntame todo lo que sepas o puedas saber de ese individuo. —Tiró la ceniza en el cenicero—. Absolutamente todo. Puede que tú no lo sepas, pero es la clave del montaje que hagamos. De hecho, Earl, él es quien marca la diferencia. Toda la diferencia, prácticamente.

STEVE HAGEN

Revisamos aquella velada de arriba abajo. Observamos hasta el último segundo con un potente microscopio. Cuando terminamos, yo sabía tan bien lo que había pasado como si hubiese estado allí presente, y eso era mucho más de lo que sabía Earl. Era un lío tan típico de él que, después del susto inicial, nada en todo el asunto me sorprendía de verdad.

También era típico que su mente simple no captase del todo lo mucho que estaba en juego y el grave peligro en que se había metido. Típico, también, que no tuviese ni idea de cómo controlar la situación. Ni de lo rápido que tendríamos que trabajar. Ni cómo.

La doncella de Pauline no volvería al apartamento hasta el día siguiente a última hora de la tarde. Había muchas probabilidades de que no se descubriese el cuerpo hasta entonces. Entonces, la primera persona a la que la policía iba a investigar en serio sería Earl, puesto que su relación con ella era de dominio público.

Yo tendría que declarar que Earl había estado conmigo durante todo el período peligroso, y eso tendría que sostenerse en firme. Contábamos con Billy para corroborarlo.

Al salir de casa de los Wayne, Earl había venido aquí directamente. Billy le trajo en el coche y a continuación se tomó el resto de la noche libre. Todo eso estaba claro, era perfectamente seguro.

Habría toda clase de pruebas de las visitas anteriores de Earl al apartamento de Pauline, pero ninguna que demostrase la última. Incluso yo había ido allí un par de veces. Tenía visitas continuas que entraban y salían,

tanto hombres como mujeres. Pero tras la aprensiva descripción de los hechos que me había hecho Earl, tenía claro que las heridas descartaban a una mujer.

La historia que yo tendría que mantener para cubrir a Earl la iban a escudriñar por delante y por detrás. Y a mí otro tanto. Eso no se podía evitar. El asunto era tan mío como de Earl, y puesto que no se podía confiar en que él protegiera bien nuestros intereses comunes, tendría que hacerlo yo.

Daba la impresión de que para él no significaba nada la perspectiva de volver a trabajar en revistas sólo aptas para el cubo de la basura, publicadas desde una oficina editorial con el alquiler atrasado, y cobrar a base de promesas, cheques sin fondos o por pura suerte. Es que ni siquiera pensaba en eso. Pero yo sí. El olfato que tenía Earl para captar los deseos del público lector era muchísimo más valioso que los caudales que atesoraban los bancos. Sin embargo, al lado de ese don de visionario, estaba cargado de antojos, escrúpulos, manías filosóficas y un sentido del humor extraño que a veces empleaba incluso conmigo. Todo eso tenía su utilidad en las discusiones de negocios o en las reuniones sociales, pero no ahora.

Si fuera necesario, si la situación se pusiera demasiado peliaguda, tendría que atraer parte de la atención sobre mí. Me lo podía permitir. Uno de nuestros hombres, Emory Mafferson, me había llamado por teléfono aquí más o menos a la misma hora en que a Earl le daba aquel berrinche que tan caro iba a costar. Y ésa era una coartada real.

El problema más apremiante, lo mirara por donde lo mirase, resultaba indefectiblemente el gran signo de interrogación del testigo desconocido. Ningún otro ser vivo había visto a Earl, sabiendo que era Earl, después de que se marchara de aquella cena. Se lo pregunté por décima vez:

—¿No encontraste nada que te resultase familiar en el individuo que viste?

—Nada. Estaba en la parte oscura de la calle. Y la luz le daba por la espalda.

—¿Y no tienes ni idea de si él te reconoció a ti?

—No. Pero yo estaba a plena luz del portal. Si me conocía, tuvo que reconocerme.

Volví a considerar el tema desde todos los ángulos.

—O podría reconocerte en algún momento —concluí—. Si ve tu cara en

los periódicos como una de las personas sospechosas. Tal vez. Y tal vez podamos ocuparnos de que las fotos no sean buenas. Pero ojalá tuviera algo en claro para actuar. Algo en lo que apoyarme en cuanto la historia se publique. Para poder ir siempre un par de pasos por delante de los demás, incluida la poli.

Todo lo que sabía era que Pauline dijo que aquel hombre se llamaba George Chester. Puede que ése fuera su nombre verdadero, pero conociendo a Pauline resultaba muy poco probable. El nombre no aparecía registrado en la guía de teléfonos de ninguno de los cinco distritos de Nueva York, ni en ninguna de las de los suburbios de las afueras. Dijo que se dedicaba a la publicidad. Eso podía significar cualquier cosa. Casi todo el mundo andaba metido en eso.

Habían ido a un local de la Tercera Avenida llamado Gil's que, por alguna razón, se parecía a una fundación arqueológica. Eso sonaba a auténtico. No sería difícil identificar el local.

Habían estado en una tienda de antigüedades de la Tercera Avenida, donde el hombre en cuestión compró un cuadro pujando en competencia con una mujer que al parecer había entrado en la tienda así sin más, igual que ellos. No sería complicado localizar la tienda y sacarle algo más al propietario. El cuadro representaba dos manos. El título, o el tema de la pintura, tenía que ver con Judas. El pintor se apellidaba Patterson. El lienzo tenía aspecto de haber salido de un cubo de basura. De allí habían ido al salón de cócteles del Van Barth. Allí no sería difícil encontrar alguna otra pista de nuestro personaje. Seguramente llevaba el cuadro consigo. Puede que incluso lo dejase en el guardarropa.

Pero la tienda de antigüedades me parecía el rastro más seguro. Habría que tener una de esas conversaciones inanes sobre el cuadro, pero aunque el propietario no conociera ni al comprador ni a la otra mujer, tenía que haber oído lo suficiente como para ofrecernos nuevas pistas del fantasma aquel que buscábamos. El simple hecho de que hubiera entrado en el local y luego sólo comprase aquel objeto, un objeto que parecía más digno de ir a parar a un incinerador, ya era un dato que confería un perfil individualizado a nuestro paseante. Así que dije:

—¿Qué clase de persona haría una cosa así, comprarse una porquería en un agujero cualquiera?

—No lo sé. Demonios, ¡yo mismo, si me entrasen ganas!

—Bueno, pues a mí no me entrarían. Pero tenemos otro hilo que seguir. Es más que probable que podamos llegar al pintor. Seguro que encontramos alguna referencia en nuestros propios archivos. Es posible que el hombre que buscamos sea un gran admirador de ese artista, sea quien sea. Localizaremos a ese Patterson y sabremos la historia de ese cuadro en particular. Dos manos. Pan comido. Puede que haya miles de telas como ésa por la ciudad, hasta millones, pero si sabemos lo que buscamos, encontraremos a alguien que sea capaz de reconocerla después de hacerle una buena descripción. Y después de eso ya podremos seguirle el rastro hasta el dueño actual.

Earl había salido por fin del *shock* inicial. Su aspecto, sus movimientos, su voz y sus ideas eran ya las propias de su manera de ser.

—¿Y cómo vamos a encontrar a ese tipo antes que la policía? —dijo.

—¿Para qué tenemos dos mil hombres si no?

—Sí, claro. Pero eso no significa…, después de todo…, ¿eso no equivale a levantar sospechas en muchísima más gente?

Yo ya había pensado en un modo de poner a toda la organización manos a la obra sin que eso pudiera relacionarse con la muerte de Pauline.

—No. Sé la manera de evitarlo.

Se quedó un momento pensándolo y después dijo:

—No tienes por qué hacer todo esto. ¿Por qué no te desentiendes del asunto? La cosa es seria.

Lo conocía tan bien que sabía que me lo iba a decir, casi palabra por palabra.

—Ya lo he hecho otras veces antes, ¿no? E incluso más.

—Sí, ya lo sé. Pero es que tengo una maldita forma de corresponder a tu amistad. Parece como si quisiera exprimirla más y más. Con más riesgos. Más sacrificios.

—Por mí no te preocupes. El único que corre peligro eres tú.

—Confiemos en que tú no. Pero me temo que lo correrás si tienes que proporcionarme una coartada y dirigir la búsqueda de ese individuo que no

conocemos.

—Yo no voy a dirigir la búsqueda. Será mejor que otra persona se encargue de eso. Yo me quedaré entre bastidores. —Sabía que el propio Earl acabaría siendo nuestro peor dolor de cabeza. Así que pensé que lo mejor sería superar el primer obstáculo desde el primer momento—. En primer lugar, quiero que te mantengas alejado del asunto todo lo que puedas. ¿No te parece que es lo mejor? —Asintió en silencio y yo añadí muy despacio, como si se me acabara de ocurrir—: Después, cuando tengamos localizado a nuestro personaje, nos interesa tener otro equipo de gente completamente distinta para tratar con él.

Earl levantó la mirada de los nudillos anchos y peludos de sus dedos, que parecía estar estudiando. En ningún momento, ni siquiera cuando más afectado se le veía, había perdido la expresión jovial de su rostro. Me pregunté si también habría parecido que sonreía cuando mató a aquella mujer. Pues claro que sí.

La pregunta que se había ido formando en aquella mente lenta e imposible que tenía acabó por saltar:

—Por cierto, ¿qué va a pasar cuando localicemos a esa persona?

—Eso depende. Cuando se descubra el asunto, puede que acuda inmediatamente a la policía. En ese caso nuestra coartada se sostiene, y nuestra línea argumental será: este hombre dice que te vio en el escenario del crimen, pero ¿qué estaba haciendo él allí? Eso lo hace tan sospechoso como a ti. Y nosotros lo haremos más sospechoso todavía. Porque ya sabemos, por ejemplo, que pasó buena parte de la noche con Pauline.

Los ojos grandes, redondos, de Earl se quedaron inmóviles un instante, como sin comprender, y después volvieron a la vida.

—Por Dios, Steve. Me pregunto si… no. Supongo que eso lo dirás para asustarlo y quitarlo del medio.

—Míralo de este modo —le dije—: si el caso llega a los tribunales y el tipo insiste en aparecer como testigo, seguiremos esa línea. Tus movimientos están certificados: yo estaba contigo. Pero él, ¿qué hacía allí? ¿Qué nos dice de esto y de lo otro, de todas las cosas que iremos descubriendo sobre él mucho antes del juicio? La acusación contra ti no se sostendrá.

Earl comprendió que le había omitido alguna cosa importante y vi que su mente se esforzaba por descubrir qué era. Esperé a que terminara de pensarlo, porque sabía que no tenía pérdida. Por fin dijo:

—Está bien. Pero ¿y si no acude a la policía en cuanto se conozca el caso? ¿Entonces qué?

No quería que se pusiera todavía más histérico, si es que eso era posible. Ni siquiera quería que se pusiera nervioso. Dije, sin inflexión alguna:

—Si nosotros lo encontramos primero, tenemos que jugar sobre seguro.

—Bien. ¿Y eso qué significa?

Se lo expliqué con detalle:

—Está claro que podemos hacer que lo vigilen. Pero nunca sabríamos de qué se había percatado y de qué no, ¿verdad? Y seguro que no podríamos saber qué haría a continuación.

—Bien. Eso lo entiendo.

—Bien. ¿Qué se puede hacer con un hombre así? Es una amenaza permanente para tu seguridad, para tu posición en la vida, para tu lugar en el mundo. Es un peligro constante para tu misma vida. ¿Podrás aguantar mucho una situación tan intolerable?

Earl me dirigió una mirada larga, ansiosa, casi atemorizada.

—Eso no me gusta —dijo con aspereza—. Ya hemos tenido un accidente. No quiero otro. No. No, si he entendido a qué te refieres.

—Lo has entendido.

—No. Sigo siendo un hombre.

—¿Sigues siéndolo? En este asunto hay millones de dólares en juego, y todo por culpa de tu mal genio incontrolado y de esa estupidez tuya, que tal vez Dios pueda perdonarte. Tuya, y no mía. Así que, además de idiota, ¿ahora eres un cobarde?

Se quedó sin saber qué decir y empezó a buscar un cigarrillo. Dio con uno y consiguió encenderlo con mi ayuda. Y, finalmente, soltó en tono áspero y ronco:

—No estoy dispuesto a aceptar el asesinato de un hombre a sangre fría.

Y como si me hubiera leído el pensamiento, añadió:

—Ni tampoco a tomar parte alguna en algo así.

Le respondí en tono sensato:

—No te comprendo. Tú sabes en qué mundo vivimos. Y siempre has formado parte de él. Sabes qué haría contigo cualquiera de los de Devers 8c Blair, Jennett-Donohue, Bacon, cualquiera que esté por encima de un director editorial en cualquiera de esas empresas si pudiera apretar un botón contra ti sabiéndose a salvo.

—No. Yo no lo haría. Y tampoco creo que lo hicieran ellos.

Se equivocaba, por supuesto, pero era inútil discutir con un niño prodigio de edad madura. Sabía que al día siguiente ya podría ver las cosas a la luz de los hechos.

—Bueno, no hará falta llegar a tanto. Sólo era una sugerencia. Pero ¿por qué estás tan preocupado? Tú y yo ya hemos visto pasar estas cosas otras veces, y hemos ayudado a hacer prácticamente de todo por muchísimo menos dinero. ¿Por qué tantos escrúpulos ahora?

Pareció que se atragantaba.

—¿Alguna vez habíamos llegado tan lejos?

—Nunca habías estado en una situación así, ¿verdad? —Ahora estaba pálido como la cera. No podía ni hablar. Por Dios santo, iba a tener que vigilarlo como un halcón y cuidar de él a cada minuto—. Déjame que te pregunte una cosa, Earl, ¿estás dispuesto a retirarte a una penitenciaría a escribir tus memorias en aras de la moralidad? ¿O prefieres comportarte como un adulto, ser un hombre en un mundo de hombres y asumir todas tus responsabilidades, y no sólo las ventajas? —Sentía más aprecio por Earl del que he sentido nunca por nadie en el mundo, excepto por mi madre. Lo apreciaba de veras, y tenía que conseguir a toda costa que los dos saliésemos con bien de aquello—. No, nunca habíamos llegado tan lejos. Ni volveremos a hacerlo nunca más si usamos la cabeza.

Con aire ausente, Earl dio una calada a su cigarrillo.

—Morir de pobreza, de hambre, de una plaga o por la guerra supongo que son hechos a una escala tan grande que la responsabilidad no se puede atribuir a nadie, aunque yo personalmente he luchado siempre contra esas cosas a través de unas cuantas revistas decididas a barrerlas todas y cada una de ellas, juntas o por separado. Pero una muerte en particular, la muerte de un individuo

concreto. Eso es algo completamente diferente.

Se había reducido voluntariamente al nivel intelectual de nuestros redactores, una actitud curiosa que yo ya había visto antes. Me arriesgué y dije:

—Tal vez podríamos jugar nuestras cartas de una manera más sencilla. Pero lo que está en juego es algo más que tu moralidad particular, tu filosofía personal o tu vida privada. Está en juego toda la puñetera organización. Si a ti te borran del mapa, a ella también. Si tú te hundes, se hundirá contigo todo el tinglado. Una riada de absurdidades industriales inundará el mercado.

Earl se puso en pie y empezó a recorrer lentamente la habitación. Pasó un buen rato antes de que me respondiese.

—A mí se me puede sustituir, Steve —dijo—. No soy más que una pieza del engranaje. Una de las buenas, pero sólo una pieza.

Eso estaba mejor. Eso estaba más en su línea. Como lo conocía, le dije:

—Sí, pero si tú te rompes, se romperá un montón de piezas más. Cada vez que una organización tan grande como ésta se hace pedazos (y eso es lo que podría pasar), hay una enorme cantidad de personas inocentes a quienes todo, sus planes, sus casas, sus sueños y aspiraciones, el futuro de sus hijos, todo, se puede hacer pedazos con ella. A mí, por ejemplo.

Me lanzó una rápida mirada. Yo habría apostado a que él sería el primo que se sacrificaría por el bien de la mayoría. Y cuando habló al cabo de un rato muy, muy largo, supe que en el fondo había recuperado la sensatez.

—Bueno, muy bien —dijo—. Lo comprendo, Steve. Supongo que lo que tiene que ser, tiene que ser.

GEORGE STROUD, VI

La abominación del lunes por la mañana es el mayor denominador común de todo el mundo. Es lo mismo para el millonario que para el paria, porque no puede haber nada peor. Pero yo sólo iba con un cuarto de hora de retraso respecto del gran reloj cuando me senté a desayunar, comentando que las ciruelas de esta mañana habían crecido muy deprisa desde las pasitas del bizcocho de anoche. La mesa temblaba y vibraba rítmicamente con el tamborileo constante de los pies de Georgia. Volvió a venirme el pensamiento de que un niño bebiendo leche tiene la misma expresión vacía y satisfecha que la vaca bien alimentada que la produjo. Hay ahí un auténtico parentesco espiritual.

Era una bella mañana soleada, de auténtica primavera, una primavera para siempre. Empezaba mi segunda taza de café y hacía planes para arreglar el jardín cuando Georgette me dijo:

—George, ¿has visto el periódico? Hay una noticia terrible de una mujer que me parece que conocimos. En casa de Janoth.

Esperó mientras yo cogía el periódico. No tuve que buscar mucho. Habían encontrado a Pauline Délos asesinada. Era la noticia principal de la primera página.

Como no entendía nada ni me lo creía, leí los titulares dos veces. Pero la foto era de Pauline.

La noticia decía que habían encontrado el cuerpo sobre el mediodía del domingo, y que la muerte se había fijado alrededor de las diez de la noche anterior. Sábado. Yo la había dejado sobre esa hora.

—¿No es la misma persona? —preguntó Georgette.

—Sí —respondí—. Sí.

La habían golpeado y matado con un pesado frasco de cristal tallado. No habían detenido a nadie. Estaban interrogando a sus amigos más próximos; uno de ellos, decía la historia, era Earl Janoth, pero el editor no la había visto desde hacía varios días. Había pasado la velada cenando con unos conocidos y después de cenar había pasado varias horas discutiendo asuntos de negocios con un socio suyo.

—Una historia horrorosa, ¿verdad? —dijo Georgette.

—Sí.

—¿No vas a terminarte el café? ¡George!

—¿Sí?

—Termínate el café de una vez y te llevaré a la estación.

—Sí. Está bien.

—¿Pasa algo?

—No, desde luego que no.

—Bueno, cielos. No pongas esa cara tan seria.

Sonreí.

—Por cierto —siguió ella—. No te he dicho que me ha gustado el cuadro nuevo que trajiste. Ese de las dos manos. Pero está en muy mal estado, ¿no?

—Sí, así es.

—Es otro Patterson, ¿verdad?

En mi cerebro cien timbres de alarma sonaban sin cesar.

—Bueno, quizá.

—Por todos los santos, George, no tienes por qué limitarte a los monosílabos. ¿No puedes decir algo más que «sí», «no», «quizá»? ¿Es que pasa algo?

—No. No pasa nada.

—¿De dónde has sacado el cuadro nuevo?

—Pues…, lo cogí por ahí.

Sabía perfectamente bien que había visto a Earl entrar en aquel edificio a las diez en punto del sábado por la noche. Cuando entraron en el portal estaba bien viva. Y ahora él declaraba que hacía varios días que no la veía. ¿Por

qué? No podía haber más que una respuesta.

¿Pero me habría reconocido él?

Lo hubiera hecho o no, ¿cuál era mi situación? Verme involucrado me pondría inmediatamente bajo los focos. Y eso significaba, para empezar, hundir a Georgette, a Georgia, mi hogar, mi vida.

También me situaría en la escena del crimen. Y eso no me gustaba nada. Nada podría encubrir mejor a Janoth.

Sin embargo sabría, casi con toda certeza, que alguien lo había visto allí. ¿O acaso imaginaría que no?

—¡George!

—¿Sí?

—Te he preguntado si conocías mucho a esa Pauline Délos.

—Muy poco.

—Dios santo. La verdad es que esta mañana no estás demasiado charlatán.

Volví a sonreír, me bebí el resto del café y dije:

—Es un asunto espantoso, ¿verdad?

De algún modo u otro, Georgia marchó camino de la escuela y yo llegué a la estación. En el tren que me llevaba a la ciudad leí todos los periódicos y memoricé virtualmente todo lo que se sabía de aquella muerte, pero no obtuve ninguna información adicional relevante.

Al llegar a la oficina, me fui directo a mi despacho y, en cuanto llegué, mi secretaria me dijo que Steve Hagen me había llamado y había dicho que fuera a verlo en cuanto llegase.

Subí de inmediato a la planta treinta y dos.

Hagen era un hombre bajito, moreno, duro, cuya alma había sido alcanzada por un rayo, cosa que le había gustado. Su madre era una cámara acorazada de banco y su padre una calculadora IBM. Sabía que era casi tan leal a Janoth como a sí mismo.

Después de saludarnos y hacer un par de comentarios irrelevantes, dijo que quería encargarme una misión especial.

—Cualquier cosa que estés cocinando allá abajo déjala por el momento —dijo—. Esto es más importante. ¿Trabajas en algo especial en este momento?

—Nada. —Luego, ya que no podía evitarse hablar de ello, dije—: Por

cierto, acabo de leer el asunto de Pauline Délos. Es un asunto espantoso. ¿Tienes alguna idea…?

La confirmación de Steve fue breve y fría:

—Sí, mal asunto. No tengo ni idea de nada.

—Imagino que Earl estará…, bueno…

—Lo está. Pero la verdad es que no sé más de lo que sabes tú.

Miró por encima de su mesa y localizó unas notas. Juntó los papeles, los repasó y se volvió de nuevo hacia mí. Hizo una pausa de una manera que indicaba claramente que ahora nos meteríamos en harina.

—Tenemos un trabajo entre manos, no difícil pero sí delicado, y al parecer tú eres el mejor entre todo nuestro personal para dirigirlo. —Lo miré, esperando, y continuó—: En esencia, el trabajo es éste: queremos localizar a una persona que no sabemos quién es. La verdad es que se trata de encontrar a alguien que ha desaparecido. —Esperó otra vez y, al ver que yo no decía nada, me preguntó—: ¿Te parece bien llevarlo tú?

—Por supuesto. ¿De quién se trata?

—No lo sabemos.

—¿Entonces?

Rebuscó entre sus notas.

—La persona que buscamos fue el pasado sábado por la tarde a un bar de la Tercera Avenida que se llama Gil's. Iba acompañado por una rubia bastante despampanante, también sin identificar. Más tarde fueron los dos a una tienda de antigüedades de la Tercera Avenida. En realidad, fueron a varias. Pero en una compraron un cuadro que se titula *Judas* o algo por el estilo. El hombre le compró el cuadro al tendero pujando más que otro cliente, una mujer que también quería comprarlo. Era una pintura de una artista que se llama Patterson. Según nuestros archivos —Steve Hagen empujó hacia mí un sobre delgado de papel grueso traído del archivo—, esta Louise Patterson fue muy conocida hace diez o doce años. Puedes leerlo todo para ponerte al día. Pero el cuadro que compró el hombre que buscamos representa dos manos, según creo, y estaba en bastante mal estado. No sé cuánto pagó por él. Después de allí, él y la mujer que lo acompañaba fueron al salón de cócteles del Van Barth a tomar unas copas. Es posible que dejase el cuadro en el guardarropa, o

también puede que lo siguiera llevando consigo.

No, no era así. Lo había dejado en el coche. Steve se detuvo y me miró. Yo tenía la lengua como papel de lija. Y le pregunté:

—¿Por qué queréis encontrar a ese hombre?

Steve cruzó las manos por detrás del cuello y dejó vagar la mirada por el espacio, a través de los amplios ventanales diáfanos de la planta treinta y dos. Desde donde estábamos sentados veíamos cientos de kilómetros de Nueva York y los campos de Nueva Jersey. Cuando se volvió de nuevo hacia mí era un perfecto autorretrato de la inocencia. Hasta su voz se había convertido en una buena reproducción fonográfica de un amigo ligeramente confidencial.

—Francamente, ni siquiera nosotros lo sabemos.

Esto fue para mí como una racha de viento helado.

—Pero debéis de tener alguna idea. Porque si no, ¿por qué molestarse?

—Sí, tenemos una idea. Pero no es nada definido. Pensamos que nuestro personaje es una figura importante, de vital importancia en realidad, en una trama política y de negocios que ya ha alcanzado unas proporciones considerables. Nuestro individuo no es necesariamente una persona importante por sí mismo, pero tenemos razones para creer que es el engranaje entre un cártel industrial y una maquinaria política, el hombre que conoce de verdad toda la trama. Creemos que cuando lo encontremos podremos reventar toda esa situación.

Así que Earl había ido directamente a ver a Hagen. Y Hagen sería por tanto el socio que le proporcionaría la coartada. Pero ¿para qué querían a George Stroud?

Era evidente que Earl sabía que le habían visto, y tenía miedo de haber sido reconocido. Podía imaginarme cómo se sentiría.

—Es bastante vago todo, Steve —dije—. ¿No puedes contarme algo más?

—No. Tienes razón, es vago. Nuestra información se basa por completo en rumores y chivatazos, y en algunas, bueno, coincidencias sorprendentes. Cuando localicemos a nuestro hombre tendremos algo definitivo por primera vez.

—¿Y para qué es? ¿Una historia para *Crimeways*?

Hagen dedicó un buen rato a pensar en esa pregunta. Finalmente, con

evidente reticencia, dijo:

—Creo que no. En este momento no sé qué enfoque le daremos cuando tengamos los datos. Al final, puede que le dediquemos mucho espacio en alguna de nuestras publicaciones. O podemos decidir que es mejor usarlo de un modo totalmente diferente. Todo está en el aire.

Empecé a hacerme una idea un tanto borrosa de una teoría. Lo puse a prueba.

—¿Quién más anda metido en esto? ¿Tendremos que cooperar con alguien? ¿Con la poli, por ejemplo?

Con precaución y de mala gana, Steve me contestó:

—Absolutamente no. Esta historia es exclusivamente nuestra. Y así debe seguir siendo. Tendrás que acudir a otras instancias en busca de información, naturalmente. Pero sólo a pedir, nunca a dar. ¿Está perfectamente claro?

Estaba empezando a estarlo.

—Muy claro.

—Bien; ahora, ¿crees que después de formar tu propio equipo, tan grande como quieras, podrás localizar a esa persona? La única información adicional que tengo es que podría llamarse George Chester, y que se trata de un individuo de altura y complexión normales y peso entre setenta y ochenta kilos. Y es posible que trabaje en publicidad. Pero la pista mejor es ese sitio que se llama Gil's, la tienda donde compró el cuadro y el bar del Van Barth. Y el cuadro, quizá la pintora. Tengo la impresión de que el cuadro es lo que puede darnos la pista.

—No sería imposible —dije.

—Queremos a ese tipo rápidamente. ¿Podrás hacerlo?

Si yo no lo hacía, lo haría otro. Así que tendría que ser yo.

—Ya lo he hecho antes.

—Sí. Por eso te hemos escogido.

—¿Y qué tengo que hacer cuando encuentre a esa persona?

—Nada. —La voz de Steve era agradable, pero enérgica—. Simplemente hazme saber cómo se llama y dónde se le puede encontrar. Eso es todo.

Era como asomarse por encima del alféizar de una de esas ventanas del piso treinta y dos y mirar a la calle. Yo siempre tenía que mirar más de una

vez.

—¿Y qué pasa cuando lo hayamos localizado? ¿Cuál es el paso siguiente?

—Eso déjamelo a mí, nada más.

Hagen me miró con frialdad y yo le devolví la mirada. Vi que en aquellos ojos no había lugar para la menor duda. Janoth conocía el peligro en que se hallaba y Hagen también, y para Hagen no había literalmente límite alguno. Ni el más mínimo. Por añadidura, aquel pequeño cartucho de dinamita era inteligente y tenía sus propios medios, sus métodos particulares.

—Bien, este encargo tiene prioridad sobre cualquier otra cosa, George. Puedes entrar a saco en cualquiera de las revistas, emplear la oficina que sea y a cualquier redactor o corresponsal. Todos los recursos de que disponemos. Y tú estás al mando.

Me puse de pie y recogí las notas que había tomado. Estaba en un aprieto tan palpable como si me ajustaran en un torno. Si acudía corriendo a la poli, mi vida personal quedaría destrozada. Y si Hagen y sus amigos especiales me pillaban en algo, me matarían.

—Muy bien, Steve —dije—. Doy por hecho que tengo carta blanca.

—La tienes. Gastos, personal, todo. —Hizo un gesto con la mano hacia las ventanas que dominaban diez millones de personas—. Nuestro hombre está ahí fuera, en algún lugar. Es un trabajo sencillo. Encuéntralo.

Yo también miré por las ventanas. Allá fuera había cantidad de territorio. Una nación dentro de una nación. Si escogía el personal adecuado, desviaba la investigación por donde me fuera posible, la estancaba cuando pudiera hacerlo y la aceleraba cuando no hubiera peligro, podía pasar mucho mucho mucho tiempo hasta que diesen con George Stroud.

GEORGE STROUD, VII

No soportaba tener que interrumpir el trabajo de los próximos números de mi propia publicación, así que decidí recurrir a todas las demás cuando las necesitase y equilibrar la situación tanto como fuera posible.

Pero decidí poner a Roy a trabajar conmigo. Bert Finch, Tony, Nat, Sydney y el resto no nos echarían en falta a ninguno de los dos. Y aunque personalmente me gustaba Roy, también sabía que podía contar con él para meter el palo más grueso entre las ruedas del mecanismo más ligero. También León Temple me pareció bastante seguro. Y Edward Orlin, de *Futureways*, un esteta concienzudo y bastante acartonado, nada adecuado para este trabajo. Así que, en realidad, iba a trabajar para George Stroud, en el sentido más literal.

Le expliqué a Roy el nuevo encargo, le comenté lo urgente que era y lo dejé en sus manos. Porque, sencillamente, necesitaba tener a alguien del despacho que se ocupase del asunto de modo permanente. Aquel trabajo podría llegar a ser, y muy probablemente lo sería, una tarea de veinticuatro horas. Eso significaba que tendría que haber otra persona con la que compartir la responsabilidad.

Roy se mostró vagamente interesado, incluso impresionado.

—¿Esto tiene preferencia sobre todo lo demás?

Asentí.

—Muy bien. Pues me pongo en ello. ¿Por dónde empezamos?

—Déjame primero reunir a la tropa. Después ya veremos.

Quince minutos después tenía al núcleo del equipo reunido en mi

despacho. Además de Roy y de León, había siete hombres y dos mujeres que había sacado de otras publicaciones y departamentos. Edward Orlin, un hombre enorme, muy moreno y grueso; Philip Best, de *Newsways*, pequeño y ácido, una enciclopedia con el pelo a cepillo. Las dos mujeres eran Louella Metcalf y Janet Clark, y las incluimos por si necesitábamos una reserva femenina. Louella, que venía de *The Sexes*, era una criatura muy menuda, seria, atractiva, la mentirosa más constante y transparente que he conocido en mi vida. Janet era una morena de huesos anchos, simple y entusiasta, cuya última tarea había sido en *Homeways*; hacía cada trabajo como cuatro veces, de arriba abajo, y acababa haciéndolo muy bien. También fichamos a Don Klausmeyer, de *Personalities*, y Mike Felch, de *Fashions*, y a un hombre de *Commerce*, otro de *Sportland* y otro del departamento de contabilidad. Servirían para empezar de un modo convincente.

A partir de ahora, todo tendría que parecer que iba bien. Más que bien. Perfecto. Les di una explicación breve y muy profesional.

—Lo que se os pide es que trabajéis en un asunto exclusivo y bastante raro —les dije—. Hay que hacerlo deprisa y lo más discretamente posible. Sé que podéis hacerlo.

»Nos han dado un cheque en blanco —continué— en lo concerniente a los recursos de la organización. Si necesitáis apoyo en cada una de vuestras tareas particulares, cualquier clase de apoyo, lo podréis tener. Si es cosa de rutina, bastará con que acudáis al departamento que os lo pueda dar. Y si es algo especial, acudid a mí, o a Roy, que estará a cargo de todo cuando por algún motivo yo tenga que estar en otro sitio.

»Buscamos a alguien. No sabemos demasiado sobre esa persona, ni quién es ni dónde vive. Ni siquiera sabemos su nombre. Puede que se llame George Chester, pero no es seguro. Es posible que trabaje en publicidad, y ésa será tu labor, Harry —le dije a Harry Slater, que venía de *Commerce*—. Tendrás que peinar las agencias de publicidad, los clubs, y si es necesario, los departamentos de publicidad de los periódicos y revistas más importantes del área metropolitana, y si no, después, los de más lejos. Si tienes que ir tan lejos, necesitarás una docena de hombres para ayudarte, o más. Estás totalmente al mando de esta línea de investigación.

Las investigaciones de Harry serían seguras, y podrían incluso impresionar. Añadí:

—Coge tanta gente como necesites. Comprueba los datos con nosotros regularmente, para que te demos la información adicional que nos vaya llegando sobre nuestro hombre a través de las demás líneas que estemos explorando al mismo tiempo. Y esto se aplica a todos vosotros.

»No sólo no sabemos el nombre de esa persona; tampoco sabemos dónde vive…, así que ése será tu trabajo, Alvin. —Eso iba para Alvin Dealey, del departamento de contabilidad—. Comprueba todos los registros de la propiedad de la zona, los archivos de impuestos, las empresas de servicios públicos y las guías telefónicas de las ciudades en un radio de, digamos, quinientos o seiscientos kilómetros, a ver si hay algún George Chester o cualquier otro nombre que te podamos dar. Y coge tantos ayudantes como necesites.

»Así que, como os iba diciendo, no sólo no sabemos cómo se llama ese hombre ni dónde vive, sino que ni siquiera tenemos una descripción física. Solamente que es de estatura mediana, digamos de uno setenta a uno ochenta, y de complexión normal. Probablemente pese entre setenta y ochenta kilos.

»Pero tenemos unos cuantos datos que hay que investigar. Es cliente habitual de un local de la Tercera Avenida que se llama Gil's. Aquí tenéis una descripción de ese local. —Lo describí, pero ateniéndome estrictamente a la nota que me había dado Steve Hagen—. Nuestro hombre estuvo en ese lugar, sea lo que sea, el sábado pasado por la tarde. A esa hora estuvo allí con una mujer de la que sabemos que es una rubia muy guapa. Es probable que vaya habitualmente. Ése será tu trabajo, Ed. Descubre ese restaurante, sala de fiestas, taberna o lo que sea, y cuando lo tengas te quedas allí hasta que nuestro hombre aparezca por el local.

En la cara gruesa y bastante fofa de Orlin asomaron, aunque sólo un instante, extrañeza y un incipiente disgusto.

—Esa misma tarde —continué—, nuestro personaje entró en una tienda de antigüedades, también en la Tercera Avenida. Estuvo en varias, pero la que nos interesa es una en particular, que no puede ser difícil de encontrar. La buscarás tú, Phil, porque el tipo al que buscamos compró un cuadro, sin

enmarcar, en esa tienda, y lo compró después de ofrecer más dinero que otro cliente, una mujer. —No amplié ni un milímetro la nota manuscrita de Steve—. Era una pintura de una artista que se llama Louise Patterson, representaba dos manos, estaba en mal estado y el título, o el tema de la pintura, tenía algo que ver con Judas. Seguro que el comerciante recuerda el incidente. Él te podrá dar una descripción precisa de nuestro hombre. Quizás hasta lo conozca y pueda darnos su identidad real.

»Aquí tenemos nuestra carpeta sobre la tal Louise Patterson, Don. Existe la posibilidad de que podamos seguir la pista del cuadro desde la artista al vendedor y de éste a nuestro desconocido. Vea ver a esa Patterson o, si se ha muerto, a sus amigos. Habrá alguien que recuerde ese lienzo, lo que pasó con él, e incluso puede que sepa quién lo tiene ahora. Averígualo. —De pronto comprendí con horror y náusea que iba a tener que destruir esa pintura—. Quizás el hombre que andamos buscando sea coleccionista de arte, incluso puede que sea un entusiasta de Patterson.

»Leon —proseguí—, Janet y tú iréis al bar del Van Barth, porque esa misma rubia fue allí con esa misma persona aquella misma noche. En aquel momento él ya tenía el cuadro, y quizá lo guardase allí. Averiguadlo. Preguntad a los de la barra, a las encargadas del guardarropa, a ver qué os pueden contar sobre ese hombre, y luego, supongo que lo mejor será que os quedéis allí y esperéis, por si acaso aparece, puesto que probablemente sea un cliente habitual, igual que en Gil's. Igual tenéis que ir por allí varios días, y si es así, haréis turnos con Louella y Dick Englund.

A León y Janet no pareció importarles mucho lo de tener relevos, mientras que Louella y Dick se alegraron a ojos vista. Resultaba casi un placer dispensar tanta generosidad. Les deseé muchas horas agradables mientras esperaban a que yo llegase.

—De momento, esto es todo cuanto puedo deciros —concluí—. ¿Habéis entendido todos cuál es vuestra tarea inmediata? —Parecía que todos los oficiales a cargo de la caza de George Stroud lo habían entendido, porque ninguno dijo nada—. Bien, ¿alguna pregunta?

Edward Orlin tenía una.

—¿Por qué buscamos a esa persona?

—Todo lo que sé —le contesté— es que se trata de un intermediario de uno de los latrocinios político-industriales más grandes de la historia. O sea, se trata del enlace que los conecta y lo necesitamos para certificar la realidad de esa conspiración. Nuestro hombre es el factor decisivo.

Ed Orlin escuchó aquella información y pareció retirarse detrás de un muro para pensarla, tragarla y digerirla. Alvin Dealey preguntó muy interesado:

—¿Hasta dónde podemos llegar a la hora de pedir información a la policía?

—Podéis sacarles lo que sea, pero no tenéis que decirles nada de nada —dije sin más—. En primer lugar, esta historia es nuestra, y pretendemos que siga siéndolo. En segundo lugar, he de deciros que hay un vínculo político. Si acudimos a la maquinaria policial puede ir todo bien para una de las partes, la nuestra, pero no sabemos ni podemos controlar lo que pasa al otro lado de la maquinaria. ¿Está claro?

Alvin asintió en silencio. Y entonces me interrumpió la voz un tanto feminoide del sagaz Philip Best:

—Todas las circunstancias que nos has explicado se refieren al sábado pasado —dijo—. Ésa fue la noche que mataron a Pauline Délos. Todo el mundo sabe lo que eso significa. ¿Hay alguna conexión?

—No que yo sepa, Phil —dije—. Se trata de un escándalo financiero a gran escala que el propio Hagen y unos pocos están investigando desde hace tiempo. Y ahora está a punto de estallar. —Hice una pausa durante un momento para que ese razonamiento tan poco consistente se asentase, si podía ser—. Según lo entiendo yo, Earl pretende sacar adelante esta historia al margen del terrible asunto de la noche del sábado pasado.

Los ojos grises y pequeños de Phil miraron penetrantes desde detrás de sus gafas sin montura.

—Había pensado que es una gran coincidencia —dijo, y yo dejé pasar el comentario como si no lo hubiera oído—. ¿Tengo que investigar también sobre la mujer que estaba con nuestro hombre? —añadió.

—Por supuesto que tienes que hacerlo. —No tenía la menor duda de lo que iban a descubrir. Sin embargo, cualquier retraso jugaba a mi favor, por lo que

les recordé con fuerza—: Pero no estáis buscando a la mujer, ni a ninguna otra persona más. Al que queremos es al hombre, y sólo al hombre.

Pasé la vista lentamente por todos ellos calculando sus reacciones. Por lo que podía ver, habían aceptado la historia. Más importante aún, parecía que daban crédito a mi falsa seguridad y mi ficticia determinación.

—Muy bien —dije—. Si no hay más preguntas, ya podéis mover el culo y poneros a trabajar, mangantes intelectuales. —Mientras se levantaban, revisaban las notas que habían ido tomando y las guardaban en los bolsillos, añadí—: Y no os olvidéis de ir informando, en persona o por teléfono. Pronto y a menudo. A Roy o a mí.

Una vez hubieron desaparecido todos, excepto Roy, éste se levantó de su silla, que estaba junto a mí ante la mesa. Rodeó la mesa y caminó hasta la pared de enfrente con las manos metidas en los bolsillos. Se apoyó contra la pared mirando la alfombra. Y entonces dijo:

—Es un asunto disparatado. No puedo evitar la sensación de que Phil ha dado en el clavo. Estoy seguro de que hay alguna curiosa conexión en que todo esto haya sucedido el sábado pasado.

Esperé componiendo una expresión absolutamente vacía.

—No quiero decir que haya conexiones con ese terrible asunto de Pauline Délos —siguió pensativo—. Naturalmente que no la hay. Eso sería demasiado obvio. Pero no puedo evitar pensar que algo, aunque no sé qué, algo sucedió el viernes o el sábado de la semana pasada, quizá mientras Janoth estaba en Washington, o seguramente unos pocos días antes, o incluso la noche pasada, la del domingo. Algo que explicaría por qué tenemos que buscar en este momento preciso a ese coleccionista de arte misterioso y desconocido, y con tantas prisas, ¿no te parece?

—Suena lógico —dije.

—¡Vaya si es lógico! Me parece que haríamos bien en cribar todas las noticias destacadas de las últimas dos semanas, y especialmente los últimos cinco o seis días, para ver si encontramos algo que pueda concernir a Janoth. La propuesta de Jennett-Donohue, por ejemplo. Quizás estén planeando en serio añadir a su catálogo esas nuevas publicaciones de nuestro campo. Eso molestaría mucho a Earl, ¿no crees?

Roy tenía toda la razón. Hacía todo lo posible para que avanzásemos.

—Puede que estés en lo cierto. Pero también puede que sea algo completamente distinto, más profundo, no tan aparente. ¿Qué te parece si tú sigues ese hilo general? Pero al mismo tiempo, yo no puedo hacer nada más que trabajar a partir de los datos que me suministran.

En realidad, lo que estaba urdiendo era un plan todavía difuso que supondría una segunda línea de defensa, por si había que llegar a eso. Equivalía a un contraataque. El problema, si la situación se ponía verdaderamente mal, era el siguiente: cómo situar a Janoth en la escena del asesinato mediante un tercer testigo independiente, o mediante alguna evidencia no relacionada conmigo. En algún punto de aquel recorrido fatal, alguien habría reparado en su coche o le habría visto e identificado. Si yo tenía que combatir el fuego con el fuego, tendría que implicarlo a él de alguna manera.

Pero nunca llegaríamos a tanto. Una vez engranadas las marchas, las ruedas que empezaban a moverse en esta caza de mí mismo eran grandes, ágiles y de infinita potencia, pero eran también ciegas. Ciegas, torpes e irracionales.

—No, claro que tienes que trabajar con los datos que te han dado —admitió Roy—. Pero creo que sería una buena idea que yo siguiese mi corazonada. Veré si nos hemos perdido algo de los últimos acontecimientos políticos.

Al mismo tiempo que le animaba en silencio, me percaté del cuadro que había sobre su cabeza en la pared contra la que se apoyaba. Era como si la pintura se hubiera puesto a gritar.

Naturalmente. Me había olvidado de que dos años antes había colgado allí aquel Patterson. Mostraba los perfiles de dos caras de las que sólo se veían la frente, los ojos, la nariz, los labios y la barbilla de cada una. Lo había comprado en las galerías Lewis. Dos caras enfrentadas la una a la otra, típicamente pattersonianas. Una de ellas mostraba avaricia; la otra, una lascivia escéptica. Me parece que la pintora lo había titulado *Estudio sobre el furor*.

Era un detalle tan familiar de mi despacho que quitarlo ahora de allí sería

fatal. Pero al mirarlo y apartar después la vista comencé a entender de verdad el peligro en que me encontraba. Tendría que dejarlo allí colgado a pesar de que en cualquier momento alguien podría establecer la conexión. Y no tenía que haber ninguna, ninguna en absoluto, por ligera que fuese.

—Sí —le dije a Roy automáticamente, notando los efectos del *shock* en las mínimas gotas de sudor que me recorrían todo el cuerpo—. ¿Por qué no hacer eso? Puede que hayamos dejado de lado algún detalle significativo en los últimos cambios financieros o políticos.

—Pienso que eso podría simplificar las cosas —dijo, y se apartó de la pared donde colgaba el cuadro—. Acuérdate de que Janoth estuvo en Washington este fin de semana. Yo personalmente creo que hay alguna conexión entre eso y este encargo tan precipitado que nos han hecho.

Roy se alejó de la pared pensativo, cruzó el despacho caminando sobre la gruesa alfombra y desapareció por la puerta que conducía al suyo.

Cuando se hubo marchado, seguí sentado un buen rato mirando aquella cosa de la pared. Hasta entonces siempre me había gustado.

Pero no. Tenía que seguir allí.

EDWARD ORLIN

Gil's Tavern era una taberna que por fuera parecía un antro y por dentro también. Lástima que no me asignaran a mí cubrir el Van Barth. Pero, bueno, ya no tenía remedio.

Estaba en la guía de teléfonos, y no estaba lejos, o sea que esa parte del asunto estaba bien. Llegué andando en veinte minutos.

Me llevé un ejemplar de *Guerra y paz* que estaba releyendo, y por el camino vi que había salido un número nuevo de *The Creative Quarterly* y lo compré.

Cuando llegué era poco más de la una, hora de almorzar, así que almorcé. La comida era espantosa. Pero podía apuntarla en la nota de gastos, y después de comer saqué la agenda y lo apunté. Almuerzo, 1,50 $. Taxi, 1,00 $. Me quedé un minuto pensativo, calculando qué hubiera hecho Stroud si alguna vez cayese por un antro como éste, y entonces añadí: 4 copas, 2,00 $.

Después de terminarme el café y un trozo de tarta que tenía por lo menos tres días, eché un vistazo alrededor. Era un sitio que parecía excavado por una expedición arqueológica, tal cual. Había serrín en los rincones, y en la pared de detrás de mí una gran corona de laurel que, supuse, habría adornado un banquete reciente: «enhorabuena A NUESTRO CAMARADA».

Vi entonces que había una barra al final de aquel largo salón. Era increíble. Parecía que hubieran vaciado allí un basurero completo. Había ruedas, espadas, palas, latas de estaño, trozos de papel, banderas, cuadros, cientos y cientos de objetos, simplemente objetos.

Después de pagar 85 centavos por el almuerzo, un timo, y ya con la

indigestión encima, cogí mi Tolstoi y mi *Creative Quarterly* y me fui a la barra.

Cuanto más cerca estaba de ella, más cosas veía, millares de cosas sencillamente. Me senté y me percaté de que había un tipo grandote, de unos cincuenta años, con ojos saltones y preocupados detrás del mostrador. Se acercó a donde yo estaba y vi que sus ojos me miraban pero casi sin enfocar. Eran como unas bombillitas de baja potencia en una habitación vacía. Su voz era un gruñido sin palabras.

—Una cerveza —dije. Me percaté de que se le derramaba cierta cantidad al depositar el vaso delante de mí. La verdad es que su cara parecía casi feroz. Era algo muy extraño, pero no era asunto mío. Yo tenía que hacer mi trabajo —. Dígame, ¿qué es lo que tiene usted ahí detrás de la barra? Parece el resultado de una explosión en una tienda de baratillo.

Se quedó un par de segundos sin decir nada, simplemente mirándome de arriba abajo, y a continuación dio la impresión de sentirse realmente ofendido por algo.

—Mi museo particular —dijo cortante.

Así que a esto se refería la nota de la oficina. Había dado con el sitio correcto, no cabía la menor duda.

—Toda una colección —dije—. Le invito a una copa.

Antes de terminar de decirlo ya había puesto una botella encima de la barra. *Whisky* escocés, y una de las mejores marcas, por cierto. Bueno, formaba parte imprescindible de aquel trabajo. A mí me daba lo mismo: todo iría a la cuenta de gastos.

Se le cayó el primer vaso que tuvo en la mano y lo dejó en el mismo sitio en que aterrizó, y le costó trabajo arreglárselas para llenar el segundo. Pero no me pareció borracho. Sólo nervioso.

—Ha habido suerte —dijo. Levantó el vaso y el *whisky* desapareció en cinco segundos, menos de cinco segundos, casi en un suspiro. Luego volvió a dejar el vaso, cogió el billete que yo había dejado sobre la barra y chasqueó ruidosamente los labios—. El primero del día —dijo—. Siempre es el mejor. Salvo el último.

Me bebí mi cerveza y cuando puso el cambio sobre la barra (me cobraba

75 centavos por su *whisky*), le dije:

—Así que esto es su museo particular. ¿Y qué cosas tiene?

Se giró y echó una mirada al museo, y cuando habló, su voz sonó mucho mejor.

—De todo. Diga lo que quiera, que yo lo tendré. Y lo que es más, todo son experiencias que he vivido yo o alguien de mi familia.

—Una especie de autobiografía petrificada, ¿es eso?

—No, tan sólo mi museo particular. He dado la vuelta al mundo seis veces, y antes que yo, mi familia anduvo por todo el mundo. Y todavía más lejos. Dígame una cosa que yo no tenga en mi museo y la bebida corre de mi cuenta.

Fantástico. No lograba ver cómo iba a sacarle alguna información interesante a aquel personaje. Era un imbécil.

—Muy bien —le dije, poniéndolo de buen humor—. Enséñeme una locomotora.

Murmuró alguna palabra que sonó como «¿locomotora? A ver, dónde se ha metido esa locomotora». Luego rebuscó por detrás de un casco de fútbol americano, un pájaro disecado, un gran cuenco repleto hasta el borde de monedas extranjeras y un montón de chismes y cachivaches que ni siquiera podía ver, y cuando se volvió dejó sobre la barra una máquina de tren de juguete.

—Esta locomotora —me confió, dándole unos golpecitos afectuosos y acercándose mucho a mí— es el único de mis juguetes que se salvó del famoso incendio que hubo junto a las cocheras de la Tercera Avenida hace cincuenta años. La salvé yo mismo, que entonces tenía seis años. Hubo nueve mendas achicharrados.

Me terminé la cerveza y me quedé mirándolo sin estar muy seguro de si trataba de tomarme el pelo o si estaba no sólo medio borracho sino además completamente mal de la cabeza. Si se suponía que aquello era sentido del humor, era ciertamente lamentable, ese humor infantil increíble de cachiporra que me dejaba frío. ¿Por qué no me habría tocado a mí el Van Barth, dónde por lo menos podría leer cómodamente en paz sin tener que entrevistar a un esquizofrénico con probables tendencias homicidas?

—Es estupenda —dije.

—Y además todavía funciona —me aseguró, y le dio una vuelta a la cuerda, puso el juguetito sobre la barra y lo dejó correr unos cuantos palmos. Se paró al chocar contra *The Creative*, la revista—. ¿Lo ve? Todavía funciona. —Y ahora sonaba realmente orgulloso.

Dios, aquello era sencillamente increíble. Y yo ya podría estar de vuelta en la oficina.

Aquel lunático, muy serio, volvió a poner su juguete detrás de la barra, mientras yo seguía oyendo desenrollarse el muelle del motorcito, y cuando se dio la vuelta volvió a llenar los vasos de los dos sin decir palabra, el mío de cerveza y el suyo de *whisky*. Me quedé aún más sorprendido cuando se tragó su copa de un golpe y luego volvió y se quedó parado delante de mí como ausente, como si estuviese esperando. Por Dios santo, ¿es que aquel individuo esperaba que le pagase una copa a cada jugada? No es que fuese importante, supuse que tendría que mostrarme de buen humor. Así que cuando le pagué ya parecía realmente amistoso, y me preguntó:

—Sí señor. Éste es uno de los mejores museos particulares de Nueva York. ¿Quiere usted ver alguna otra cosa?

—¿No tendrá una bola de cristal por casualidad?

—Bueno, pues sí, resulta que sí que la tengo. —Extrajo una gran bola de cristal de una pila de basura coronada por un crucifijo y una cabeza reducida —. Es gracioso. Todo el mundo quiere ver siempre la locomotora, o algunas veces el aeroplano o la apisonadora, y por lo general también piden ver la bola de cristal. Pues este globito que tiene aquí lo encontré en Calcuta. Fui a ver a un gitano hindú que decía la buenaventura y entonces vio en el cristal que yo corría peligro de ahogarme. Así que me largué del barco donde estaba y me fui por un tiempo a la playa, y no habían pasado ni dos días cuando el barco naufragó con toda la tripulación. Así que voy y me digo, santo cielo, ¿cuánto tiempo va a durar esto? Yo nunca había dado mucho crédito en estas cosas antes, ¿sabe? Así que volví a ver a aquel tipo y le digo que me gustaría quedarme el trastito ese. Y él me dice, en su idioma, claro, que la bola llevaba en su familia generaciones y generaciones y que no se podía separar de ella.

Aquellas tonterías infantiles siguieron y siguieron. Dios mío, creí que

nunca se acabarían. Y yo tenía que aparentar que me interesaban. Al final, el tipo se puso tan pesado que no pude seguir soportándolo. Y dije:

—Bueno, pues entonces lo que quiero es que mire usted en su bola de cristal y me diga si puede encontrar a un amigo que estoy buscando.

—Eso es lo más gracioso. Cuando por fin le pagué las dos mil rupias que me pidió y me llevé el globo al hotel, ya no pude conseguir que el maldito chisme funcionase. Y desde entonces, nunca más.

—No se preocupe —dije—. Tómese otra copa.

Apartó la bola de cristal, me puso otra cerveza y se sirvió otro *whisky* para él. No lograba entender cómo era posible que un tipo así mantuviera el negocio en marcha más de una semana. Antes de que consiguiese acabarse la bebida, continué:

—Un amigo mío al que hace años que no veo viene aquí de vez en cuando, y me pregunto si lo conocerá usted. Me gustaría volver a verlo. Tal vez sepa usted cuándo sería un buen momento para encontrarlo por aquí.

Los ojos del barman se quedaron totalmente sin expresión.

—¿Cómo se llama?

—George Chester.

—George Chester. —Se quedó mirando hacia el fondo de la estancia. Al parecer pensaba, y se le descompuso un poco la máscara—. Ese nombre no me suena. De todas maneras, casi nunca sé cómo se llaman. ¿Qué aspecto tiene?

—Oh, de estatura y complexión medianas —dije—. Un conocido común me dijo que lo había visto por aquí a última hora de la tarde del sábado pasado. Con una rubia de buen ver.

Se metió un lingotazo de *whisky* en la boca y juraría que el cristal ni siquiera tocó los labios. ¿Es que aquel tipo nunca cambiaba de bebida y se daba un respiro? Frunció el ceño e hizo una pausa.

—Me parece que ya sé a quién se refiere. Un tipo de pelo castaño, bien arreglado.

—Supongo que se le podría describir así.

—Me acuerdo de la rubia. Era como de revista. Quiso que le enseñase el cuervo sobre el que escribió aquel tipo, no sé, *nevermore*, decía ella, así que la dejé echarle un vistazo. Sí, estuvieron por aquí hace un par de noches, pero

él no viene demasiado a menudo. Hace cuatro o cinco años sí que venía mucho, casi cada noche. Un tipo listo, también. Muchas veces le enseñaba mi museo, hasta que yo mismo y algún parroquiano teníamos que levantarlo y llevarlo afuera. Una noche no se quería ir a casa de ninguna manera, quería dormir justo aquí dentro del museo. «Resérvame la suite real de tu paquebote, Gil», no paraba de decir. Al final pudimos llevarlo a su casa. Pero eso fue hace varios años. —Me miró con agudo interés—. ¿Amigo suyo?

Asentí con la cabeza.

—Estuvimos trabajando en la misma agencia de publicidad.

Se quedó otra vez desconcertado.

—Creo que entonces no hacía eso —decidió—. Trabajaba en algún periódico, y antes de eso, su mujer y él llevaban un local en el norte del estado, igual que el mío. Sin museo, por supuesto. Sí que me parece que podría llamarse George Chester, ya que estamos. Tuve que meter su coche en el garaje una o dos veces que había bebido más de la cuenta. Pero poco a poco fue dejando de venir. No creo que haya estado por aquí más de dos veces en los últimos tres o cuatro meses. Pero puede aparecer en cualquier momento, eso nunca se puede decir. Un tipo muy inteligente. De esos que llaman excéntricos.

—Tal vez pueda llegar hasta él a través de la rubia.

—Tal vez.

—¿Quién es, la conoce?

Esta vez toda su cara se quedó sin expresión.

—Ni idea, caballero.

Se fue al principio de la barra para servir a unos clientes que acababan de entrar y yo abrí mi *The Creative Review*. Había una reevaluación de Henry James muy prometedora que tendría que leer, aunque conocía las carencias inevitables de quien lo había escrito. También tenía muy buena pinta un largo artículo sobre danzas rituales tibetanas.

Me acabé la cerveza y fui a la cabina de teléfono. Llamé al despacho y pregunté por Stroud, pero en lugar de eso se puso Cordette.

—¿Dónde está Stroud? —pregunté.

—Ha salido. ¿Quién llama?

—Ed Orlin. Estoy en el Gil's Tavern.

—Encontraste el sitio, ¿no es eso? ¿Es el bueno?

—Es el bueno, sin la menor duda. Y menudo antro.

—¿Has sacado algo?

—Nuestro hombre estuvo aquí el sábado pasado, eso es seguro, y con la rubia.

—Estupendo. A ver, ¿qué tienes?

—No hay mucho. El barman no está seguro de cómo se llama, porque el tipo ya no viene mucho por aquí. —Dejé que la noticia se asentase durante un momento, con la esperanza indudable de que me sacasen de aquel espanto de local y me librasen del pelmazo imbécil de detrás de la barra—. Pero cree que su nombre podría ser George Chester. El camarero, que no sé si es un imbécil o directamente un lunático, me lo ha descrito como alguien muy inteligente y excéntrico. Puedes creerme que probablemente Chester sea justo lo contrario.

—¿Por qué?

—Es que menudo sitio, éste. Excéntrico, sí, pero sólo un tarado se metería en un cuchitril como éste y se pasaría las horas hablando con el tipo que lleva este zoo.

—Continúa.

—La descripción física que tenemos no parece estar demasiado mal, pero no tengo nada nuevo que añadirle, excepto que tiene el pelo castaño y aspecto pulcro.

—De acuerdo. ¿Qué más? ¿Alguna cosa sobre la rubia?

—Nada.

—La verdad es que no es gran cosa, ¿cierto?

—Bueno, espera. Nuestro hombre es sin duda alguna un dipsómano. Hace cuatro o cinco años venía por aquí todas las noches y a veces había que mandarlo a casa en un taxi. Por aquella época era periodista, según cree el barman, y nunca oyó nada de que trabajase en publicidad. Y antes de ser periodista tenía una taberna en algún sitio por el norte del estado, con su mujer.

—Un borracho. Anteriormente, con su esposa, propietario de una taberna. Probablemente periodista, excéntrico, pulcro. No es gran cosa, pero ya es

algo. ¿Es todo?

—Es todo. Y nuestro chico no ha venido por aquí más de dos veces en los últimos ocho o diez meses. De manera que, ¿qué tengo que hacer? ¿Me vuelvo a la oficina?

Se produjo una pausa y por un momento tuve esperanzas.

—Creo que no, Ed. Puesto que ha estado ahí hace dos días, muy bien podría no esperar tanto a volver. Y puedes trabajarte un poco más al camarero. Psicoanalízalo para sacarle más detalles. Tómate unas copitas con él.

¡Santo cielo!

—Escúchame, este individuo es una esponja humana.

—Pues muy bien, emborráchate con él si tienes que emborracharte. Pero no demasiado. Prueba con los otros clientes. En cualquier caso, sigue por ahí hasta que te llame para que regreses o te mande un relevo. ¿Me das la dirección y el número de teléfono?

Se los di.

—Muy bien, Ed. Y si consigues sacar algo más, llámanos enseguida. Recuerda que es una faena que se tiene que hacer rápido.

Eso esperaba. Volví a la barra, ya un poco tambaleante por las cervezas. Iba a resultar imposible concentrarme en la revista, que exigía tener la cabeza muy clara. Uno de los clientes bramaba al camarero:

—Está bien, admita que no lo tiene. Lo que le pido a usted es que me enseñe un *mot de passe* que tenga en el famoso museo, por llamarlo de alguna manera.

—Aquí no se permite hablar con segundas. Si quiere usted ver alguna cosa, tiene que pedirla con palabras sencillas y llanas.

—Esto son palabras de lo más corrientes. Francés común y corriente. Admítalo y pónganos una cerveza. Simplemente no tiene un *mot de passe*.

—Está bien, está bien. Le pondré una cerveza. Pero ¿qué coño es esa cosa que dice? ¿Cómo se escribe? Y no pida nada en francés nunca más. Aquí no, ¿de acuerdo?

Bueno, gracias a Dios había un periódico al final de la barra. Era el de la mañana, pero me serviría para poder matar un par de horas.

GEORGE STROUD, VIII

Una vez salieron todos de mi despacho camino de sus respectivos encargos, hice entrar a Emory Mafferson. Su cara gordezuela ostentaba un luto perpetuo, su cerebro hervía en el caos y sus ojos castaños parecían siempre querer escaparse de detrás de aquellas gruesas gafas, aunque no creo que pudiera ver nada a más de tres metros. Pero a pesar de todo había algo en Emory que me hacía considerarlo un periodista con sustancia y un investigador con imaginación.

—¿Cómo te van las cosas con Individuos Financiados? —le pregunté.

—Perfectamente. Se lo expliqué todo a Bert y estamos terminando el artículo juntos.

—¿Estás seguro de que Bert lo entiende?

La expresión de Emory empeoró aún más.

—Por lo menos tanto como yo —dijo finalmente—. Tal vez mejor. ¿Sabes? No puedo evitar tener la sensación de que hay algo sólido detrás de esa idea. Es una visión completamente nueva, revolucionaria, en el campo de la previsión social.

—Bueno, ¿y qué te preocupa?

—¿Cómo puede hacerse una revolución sin una revolución?

—Eso déjaselo a Bert Finch, sin más. Ya tiene todas tus notas de *Futureways* y sabrá interpretar los datos, por lo menos hasta donde tú hayas llegado. ¿Piensas que puedes dejar que Bert siga solo a partir de ahora?

Emory suspiró.

Si le comprendía bien, más de una tarde supuestamente dedicada a sesudas

investigaciones en la biblioteca o a entrevistarse con algún experto en seguros las habría pasado en Belmont, en el estadio de los Yankees o incluso en casa, en la cama.

—Todas las cosas buenas tienen que terminarse alguna vez, Emory.

—Supongo que sí.

Fui directamente al grano:

—En estos momentos tengo que trabajar en un encargo de fuera que es muy especial. Y a la vez, se ha cometido uno de los asesinatos más sensacionales del año y, sin duda, adquirirá proporciones cada vez mayores. De modo que, en algún momento, *Crimeways* querrá sacar un gran artículo sobre él.

—¿La Délos?

Asentí con la cabeza.

—Y no quisiera que *Crimeways* tenga que jugar con malas cartas. Tú querías entrar en nuestra plantilla fija. Esto puede servirte para empezar. Suponte que te acercas al departamento de Homicidios de la calle Center y pillas todo lo que puedas, cómo y cuándo sucedió. Y en cuanto te enteres de algo, me llamas inmediatamente por teléfono. Estaré ocupado con este otro encargo, pero quiero estar al corriente del asunto Délos, de cada una de sus fases.

Emory me pareció más pasmado y demacrado que nunca. Aquellos ojos castaños de pez dieron tres vueltas nadando por el cuenco de sus lentes.

—Por Dios, no esperarás que yo destape yo solo este asunto, ¿verdad?

—Desde luego que no. Si quisiéramos destaparlo, le dedicaríamos un gran despliegue, treinta o cuarenta reporteros. Sólo quiero tener a punto todos los datos cuando los polis hagan público el caso. Tú lo único que tienes que hacer es mantenerte al corriente de los acontecimientos. E informarme sistemáticamente a mí, y sólo a mí. ¿Lo has pillado?

Emory pareció aliviado y dijo que lo había entendido. Se levantó para marcharse. Mi contingente de detectives privados no era mucho más alto cuando estaba de pie, e incluso impresionaba todavía menos que sentado.

—¿Tienes algo por dónde empezar? —preguntó.

—Nada. Lo mismo que tú, nada más.

—¿Y a Bert no le importará?

Le dije que eso ya lo arreglaría yo y le mandé ponerse en marcha. Una vez que se hubo marchado, me quedé sentado mirando aquel *Estudio sobre el furor* de Patterson que tenía delante, en la pared de enfrente. Y lo único que hice fue ponerme a pensar.

La firma se veía claramente, y aunque moviese el lienzo hacia abajo metiéndolo más en la parte baja del marco, no podría ocultarla. No creía que eso fuera posible, pero igual sí, tal vez hubiera personas de la organización Janoth capaces de reconocer un Patterson sólo por su estilo.

No podía quitar de allí aquel cuadro. Aunque lo cambiase por otro, alguien se daría cuenta del cambio. Puede que Roy no, ni los redactores o los reporteros, pero sí alguna otra persona. Lucille o cualquiera de las otras chicas, la secretaria de alguien, algún ayudante de investigación.

¡Ojalá el cuadro no estuviese allí! Y sobre todo, ojalá nunca hubiera llevado a casa *La tentación de Judas*.

Porque Georgette había visto el cuadro nuevo.

Hagen estaba convencido de que a través del cuadro podríamos encontrar a quien lo había comprado. Si lo consideraba necesario, insistiría en que hiciésemos una investigación mucho más intensa de ese dato, búsqueda que yo, para mi salvaguarda, había asignado a Don Klausmeyer. Sabía que Don nunca conseguiría una pista clara que llevase del artista al vendedor, y no digamos hasta mí. Pero Hagen podía dar pasos por su cuenta en cualquier momento; y a mí se me ocurrían unos cuantos que podían resultar peligrosos.

Sería mejor que destruyese *La tentación*.

Si alguien hacía su tarea demasiado bien, si Hagen se ponía a trabajar por su cuenta, si le llegaba alguna información veraz antes de que yo pudiera cortocircuitarla, aquel cuadro me crucificaría sin remisión. Tenía que librarme de él.

Me puse el sombrero y entré en el despacho de Roy con dos ideas a medio formar: destruir ese cuadro enseguida y encontrar un medio de identificar a Earl Janoth en la calle 58 Este a través de otros testigos. Y no podía confiar en nadie más que en mí mismo para hacer ambas cosas.

—Voy a salir a comprobar una pista, Roy —le dije—. Toma el mando durante un rato. Y por cierto, he asignado a alguien para seguir el asesinato de

Pauline Délos. Seguramente tendremos que ocuparnos de eso en algún número próximo, ¿no crees? —Asintió en silencio, pensativo—. Se lo he asignado a Mafferson.

Volvió a asentir con la cabeza, con expresión seca y remota.

—Supongo que Janoth querrá que por lo menos sigamos el caso —me dijo —. Y por cierto, he ordenado que me preparen la lista de personas desaparecidas de costumbre.

Se trataba de un sistema de cruce de los datos que entraban, y tan rápidamente como entraban, simplificarlos para facilitar las referencias. Yo mismo había ayudado a hacerlo en un momento u otro.

Mientras salía volví la cabeza y le comenté, muy dinámico:

—Así me gusta.

Fui hasta los ascensores, bajé y atravesé la calle hasta el garaje. Había decidido coger el coche, ir hasta Marble Road y quemar el lienzo de inmediato.

En el garaje me encontré con Billy, el chófer de Earl Janoth, que salía. Acababa de dejar el coche de Janoth dentro. Como yo habría ido tal vez una docena de veces en él, me saludó con la cabeza, amable pero impasible.

—Buenos días, señor Stroud.

—Buenos días, Billy.

Nos cruzamos y de pronto me sentí frío y alerta. Había dos personas en las que Janoth confiaba sin límite, Steve Hagen y Billy, su sombra física. Cuando localizaran al desconocido misterioso, si lo localizaban, Billy sería el encargado de ejecutar la decisión final. Él sería el hombre. Puede que él no lo supiera, pero yo sí.

En el interior del garaje, un operario sacaba brillo al Cadillac ya reluciente de Janoth. Me dirigí hacia él, grabando en mi memoria la matrícula del coche. Alguien más, en alguna parte, lo habría visto aquella noche, y también a Earl, esperaba yo, y los habría visto donde se suponía que no estaban.

—¿Quiere su coche, señor Stroud?

Lo saludé y le dije que sí. A menudo me había detenido un par de minutos a charlar de béisbol, caballos, *whisky* o mujeres con ese empleado.

—Esta tarde tengo que hacer un recadito —le dije, y le dirigí una parca sonrisa—. Apuesto a que este autobús le da un montón de complicaciones.

En respuesta obtuve una sonrisa de complicidad.

—Complicaciones no exactamente —me confesó—. Pero han venido los polis y le han dado un buen repaso por arriba y por abajo. Y a nosotros también. Si se había limpiado desde el sábado por la noche, cuánto tiempo había estado fuera el sábado por la noche, si me había fijado en la gasolina, en el cuentakilómetros o en algo especial. Diantre, si nosotros nunca nos fijamos en esas cosas. Sólo sabíamos, naturalmente, que no lo habíamos lavado y que ni siquiera le habíamos puesto gasolina.

Llamó a otro de los operarios para que trajera mi coche y, mientras esperaba, le pregunté:

—Me imagino que los polis le aplicaron el tercer grado al chófer.

—Desde luego. Un par de ellos estuvieron aquí y lo interrogaron otra vez hace unos minutos. Pero el chófer no tiene por qué preocuparse. El señor Janoth tampoco. Habían ido a una cena en algún sitio y luego fueron directamente en el coche a otro. A casa de su amigo, el señor Hagen. Para nosotros todo cuadra. Nunca guardan el coche en este garaje por las noches ni los fines de semana, así que ¿qué vamos a saber nosotros? Pero lo de los polis no me importa. Lo único es que ese chófer no me gusta. No es por nada en concreto, sólo que…, bueno.

Me miró y yo le hice un signo invisible para responderle, y entonces me trajeron el coche.

Entré y arranqué en dirección a Marble Road. Pero no había recorrido más de tres manzanas cuando empecé a pensármelo de nuevo, y esta vez con un ánimo diferente.

¿Por qué tenía que destruir ese cuadro? Me gustaba. Era mío.

¿Quién era un hombre mejor, Janoth o yo? Voté por mí. ¿Por qué tenía que sacrificar una cosa de mi propiedad por su causa? ¿Quién era? Sólo era otro engranaje mediano del gran reloj.

Al gran reloj no le gustaban mucho los cuadros. A mí sí. A este cuadro en particular la gran maquinaria lo había arrojado al cubo de la basura. Y yo lo había salvado del olvido, yo en persona. ¿Por qué iba a tirarlo otra vez?

Había grandes cantidades de posibles cuadros buenos que no llegaban a ser pintados. Y si nadie los abortaba o los dejaba perderse, entonces aparecía alguien para destruirlos.

Tal y como enviarían a Billy para destruirme a mí. ¿Y por qué iba a aceptar yo jugar en el equipo de un sistema tan mortífero como ése?

¿Qué podría llevarme a conformarme con eso?

Newsways, Commerce, Crimeways, Personalities, The Sexes, Fashions, Futureways, la organización entera estaba repleta y rebosante de frustrados diversos: exartistas, científicos, campesinos, escritores, exploradores, poetas, abogados, médicos, músicos; todos ellos se pasaban sus vidas conformándose, por cierto. ¿Y conformándose con qué? Con formar parte de una especie de máquina gigantesca, sin objeto y diseñada al azar, que los hacía ir siempre corriendo en busca de psicoanalistas, que los enviaba a sanatorios mentales, les producía hipertensión y úlceras de estómago, los mataba a base de hemorragias cerebrales, ataques cardíacos y, a veces, suicidios. ¿Por qué debía pagar yo un tributo aún mayor a esa maquinaria fatal? Sería más fácil y más sencillo ser aplastado tratando de desmontar sus engranajes que ser machacado por ayudarla a funcionar.

Al infierno con el gran artilugio. Yo era un diletante profesional. Y siempre había creído que muy bueno. Decidí seguir con esa profesión.

Giré por una calle lateral y conduje hacia la 58 Este. Podía llegar a un compromiso. De momento podía apartar el cuadro de la circulación. Pero destruirlo sería una pérdida de tiempo, sin duda. Como mucho significaría un breve respiro. Su destrucción no compensaba el esfuerzo, sencillamente.

Yo podría vencer a la máquina. El superreloj seguiría funcionando siempre, era demasiado gigantesco para detenerlo. Pero no tenía cerebro, y yo sí. Podría escaparme de él. Que Janoth, Hagen y Billy perecieran entre sus engranajes. Les encantaba. Les gustaba sufrir. A mí no.

Pasé de largo por la calle 58 Este y empecé a seguir el rumbo que debía haber tomado el otro coche cuando se marchó de allí. O bien Janoth había despedido a Billy cuando llegaron y había vuelto en taxi, o bien le había dicho que volviese más tarde. En cualquier caso, Janoth había cenado en casa de los Wayne, según todas las versiones, y luego, como yo sabía, había ido a la 58

Este, y después, por supuesto, tenía que haber ido directamente a casa de Hagen.

Seguí el recorrido más lógico hasta casa de Hagen. Vi que había dos paradas de taxi cerca. Janoth podía haber ido a una de ellas en caso de volver en taxi, a no ser que mientras estaba entre las dos paradas hubiera encontrado uno en marcha. Seguro que no fue tan tonto como para coger uno junto a la calle 58.

La parada que estaba más lejos era la opción más probable. Podía empezar por allí, enseñando una foto de Janoth, luego probar la siguiente y, si fuera necesario, podía incluso preguntar en las compañías de taxis por los que hubieran hecho servicios aquella noche por las cercanías. Pero ésa ya era una misión demasiado grande para un hombre solo.

Cronometrando el recorrido, fui desde la casa de Hagen a la de los Wayne, y una vez allí di la vuelta y me dirigí lentamente de regreso a la calle 58 Este. La ruta que Earl debía de haber seguido me llevó unos treinta minutos. Si la pelea hubiera durado otros treinta minutos, eso significaba que Earl había empleado más o menos una hora. Eso coincidía con los datos que yo conocía.

Quizá hubiese parado en algún sitio durante el camino, pero no se me ocurrió ningún local probable.

Eso me dejaba sólo dos pistas posibles, un taxi en el que Earl pudiera haber huido, o la posibilidad de que algún empleado del edificio de Pauline o de Hagen lo hubiera visto.

Era todo muy endeble. Pero era algo.

Volví a la oficina, metí el coche de nuevo en el garaje y subí al 2619. Allí no había nadie, ni tampoco ninguna nota. Me fui directo al 2618. Roy, León Temple y Janet Clark estaban allí.

—¿Ha habido suerte? —me preguntó Roy.

—No lo sé —dije.

—Bueno, empiezan a llegar algunos informes. —Roy hizo un gesto señalando con interés el panel de referencias cruzadas que habían desplegado en una gran pizarra que cubría la mitad de una pared—. Ed Orlin telefoneó hace un rato. Localizó el Gil's sin problemas y ha situado allí al hombre y la mujer sin la menor duda. Material interesante. Creo que ya estamos yendo

hacia algún sitio.

—Magnífico —dije.

Me acerqué a la pizarra que estaba encabezada con un titular: X.

En la columna denominada «Nombres, alias», leí: *¿George Chester?*

Bajo «Descripción» decía:

Pelo castaño, corto, altura mediana, peso mediano.

Pensé: Gracias, Ed.

«Frecuenta»: *Tiendas de antigüedades, Van Barth, Gil's. En cierta época frecuentaba el Gil's casi cada noche*.

Todo eso era cierto.

«Historial»: *¿Publicidad? ¿Periodismo? Anteriormente regentó una taberna en el norte del estado.*

Muy caliente.

«Costumbres»: *Colecciona pintura*.

«Carácter»: *Excéntrico, poco práctico. Bebedor importante*.

El último encabezamiento era algo que había añadido Roy en los asuntos Isleman y Sandler. Se imaginaba que lo había inventado él y le daba el valor consiguiente.

Plantado junto al retrato en palabras de mí mismo, dije:

—Parece que estamos yendo hacia algún sitio.

—Eso no es todo —me dijo Roy—. León y Janet acaban de llegar del Van Barth y han traído más. Estábamos comentándolo antes de ponerlo en la pizarra.

Miró a León y éste soltó su información en tercera persona, con un lenguaje nítido y preciso.

—Así es —dijo—. Lo primero de todo, se ha demostrado que Chester estuvo en el salón-bar el sábado por la noche. No dejó en el guardarropa el cuadro de Judas que había comprado, pero le oyeron hablar de él con la mujer que lo acompañaba. Y la mujer era Pauline Délos.

Fingí sorpresa.

—¿Estás seguro?

—No hay ninguna duda, George. El camarero, el barman y la chica del guardarropa la reconocieron en las fotografías que han publicado los

periódicos de hoy. La Délos estuvo allí el sábado por la noche con un hombre que responde a la descripción de la pizarra, y estuvieron hablando de un cuadro que se llamaba *Judas* algo. De todo eso no caben dudas. —Se quedó mirándome un buen rato, y como yo no decía nada acabó preguntándome por fin—: Me parece que es bastante significativo, ¿no te parece? ¿No crees que esto cambia el carácter de la investigación en la que andamos? Personalmente, pienso que sí. Alguien planteó esa misma pregunta esta mañana y ahora me parece que tenía toda la razón.

—Suena lógico —dije—. ¿La policía sabe que la Délos estuvo allí el sábado por la noche?

—Desde luego. Todos los del Van Barth se lo dijeron.

—¿Sabe la policía que estamos buscando al hombre que estaba con ella?

—No. Pero ellos ya estarán buscándolo también, sin duda. Nosotros no dijimos nada, porque pensamos que era una exclusiva nuestra. Pero ¿qué hemos de hacer ahora? Andamos buscando a ese George Chester, y me parece que la conexión con la Délos es tremenda.

Asentí en silencio y descolgué el teléfono de Roy.

—Es cierto —dije luego. Cuando se puso Steve Hagen, bramé por el aparato—: ¡Steve! ¡Escucha! La mujer que estaba con nuestro hombre era Pauline Délos.

El otro lado de la línea permaneció mudo durante cinco, diez, quince, veinte segundos.

—¡Aló! ¿Steve? ¿Estás ahí? Soy George Stroud. Hemos descubierto que la mujer que estaba con la persona que buscamos era Pauline Délos. ¿Esto significa algo para ti?

Miré a Roy, Janet y León. Parecían simplemente expectantes, sin segundas intenciones evidentes en sus rostros. Al otro lado del teléfono oí lo que me pareció un leve suspiro de Steve Hagen.

—Nada en especial —dijo con cautela—. Ya sabía que se veía con ese intermediario. Quizás hubiera debido decírtelo. Pero el hecho de que estuviera con él esa noche no afecta al asunto que tenemos entre manos. Lo que queremos, y lo que necesitamos tener, es el nombre y circunstancias de ese individuo. En lo concerniente a nuestra investigación, lo de la Délos es un

callejón sin salida. El asesinato es una historia, y esto nuestro es otra distinta y sin relación. ¿Está claro?

Dije que le había entendido perfectamente y después de cortar la conexión repetí sus explicaciones casi palabra por palabra a las otras tres personas de la habitación.

Roy pareció satisfecho.

—Sí —dijo—. Pero lo que yo dije desde el principio es que este caso me parecía relacionado con alguna crisis reciente, y ahora sabemos condenadamente bien que es así.

Se levantó, fue a la pizarra y cogió una tiza. Miré cómo escribía «Personas relacionadas», y debajo: «Pauline Délos». Donde la línea se encontraba con «Tienda de antigüedades», «Gil's» y «Van Barth», repitió el nombre. Y luego añadió una nueva columna.

—Al mismo tiempo, León y Janet nos trajeron algo más tangible —continuó—. Contádselo a George.

La voz escasa y comedida de León reanudó el informe.

—Cuando se marcharon del salón de cócteles del Van Barth, nuestro personaje olvidó algo pero no volvió a por ello.

Sólo pude mover los labios:

—¿Sí? —dije.

León señaló con la cabeza la mesa de Roy y con los ojos indicó un sobre. Me dirigí hacia él como si estuviera flotando, preguntándome si todo aquello no sería una farsa extravagante que habían organizado a sangre fría con Hagen en mi honor, o si realmente había olvidado o extraviado algo que me delataba sin remedio. Pero el sobre estaba en blanco.

—Un pañuelo —oí que decía León como si estuviera muy lejos—. Es probable que podamos seguir su pista, porque evidentemente es un pañuelo caro y tiene algo que diría que es una marca de lavandería antigua.

Por supuesto. Ella me lo había pedido prestado. Lo usé cuando se le derramó el cóctel y luego se lo di a ella. Y se le había olvidado allí.

Giré el sobre y lo agité para que el pañuelo cayese por la solapa sin pegar. Sí. Incluso se podía ver, débilmente, la vieja marca.

—Mejor que no lo toques, George —dijo León—. Puede que consigamos

sacar alguna huella dactilar. Es un género muy fino y liso.

Así que tuve que hacerlo. Recogí el pañuelo y lo desdoblé. Lo dejé caer y lo extendí completamente con mucho cuidado y precaución.

—Me imagino que ya tendrá muchas —dije—. De la camarera, del cajero, tuyas, un juego más no importará mucho. —Inspeccioné el familiar cuadrado de tela con atención y seriedad. Era de un juego que había comprado hacía cosa de un año en Blanton's & Dent's. Y tenía la marca de la lavandería, muy débil y borrosa pero recuperable, de varios meses de antigüedad, en la bastilla. La debían de haber puesto la última vez que, después de pasar una semana en la ciudad, envié algunas de mis cosas a una lavandería del centro —. Sí, me imagino que esta pista se podrá seguir.

Volví a doblar el pañuelo y lo metí otra vez en el sobre. Ahora ya podía justificar la presencia de mis huellas dactilares en él, pero sabía que no me sería posible salvar al propio pañuelo del rodillo investigador.

Le tendí el sobre a León.

—¿Quieres llevar esto a Sacher & Roberts? —Era un gran laboratorio comercial que empleábamos para esos trabajos—. Según lo que encuentren, pondremos a otro equipo a trabajar en ello. Imagino que Dick y Louella os relevaron en el Van Barth's.

—Oh, desde luego. Nuestro hombre va allí una o dos veces a la semana, según nos dijeron.

—Así que tenemos a nuestro personaje cubierto en ese sitio que se llama Gil's y en el Van Barth —señaló Roy—. En cuanto vuelva por allí, lo habremos pillado.

Asentí bastante pensativo y dije:

—Es cierto. Volverá a uno de los dos sitios. Y entonces lo tendremos.

No sé cómo se disolvió la reunión. Creo que León se fue a Sacher & Roberts, y me parece que dejé a Roy apuntando algunos datos adicionales en la gráfica de nuestros avances. Le dije que comiera algo y descansase cuando hubiera terminado, que yo me marcharía sobre las siete.

Si verdaderamente podían encontrar huellas en aquel pañuelo, tendríamos que ofrecer voluntariamente las nuestras, las mías y las de los demás. De eso ya me había ocupado. Pero permanecí en mi despacho un rato largo, muy

largo, tratando de recordar si mis huellas dactilares podrían aparecer en la bolsa de fin de semana de Pauline. Esa doble aparición no podría explicarse. O difícilmente.

Me concentré en revivir el último día con Pauline. No. No había tocado aquel maletín en ningún sitio excepto en el asa, y sin duda los toques posteriores de Pauline las habrían emborronado completamente.

En algún momento de la tarde recibí una llamada de Don Klausmeyer.

—Ah, sí, Don —dije—. ¿Ha habido suerte con la Patterson?

La voz premiosa, pedante y maliciosa de Don me dijo:

—Ha sido un poco complicado, pero la encontré. He estado hablando con ella casi una hora, me ha estado enseñando catálogos antiguos de sus exposiciones, he mirado esos cuadros suyos de quinta categoría y he tenido que pelear para quitarme de encima a sus cuatro críos.

—Okay. Dispara.

—He descubierto un dato muy significativo. Louise Patterson fue la cliente que pujó sin éxito por su propio cuadro aquella noche en la tienda del anticuario. Un amigo suyo había visto el cuadro allí y se lo dijo, y Patterson tenía la esperanza de poder comprarlo para quedárselo. Dios sabe por qué.

—Entiendo. ¿Algo más?

—¿No lo entiendes? Era la propia Patterson la que estuvo en la tienda esa noche.

—Ya lo he entendido. ¿Y?

—Y me describió al hombre que compró el cuadro con gran detalle. ¿Estás preparado para apuntar?

^-Vamos a ello.

—La que habla es la Patterson. Comillas. Era un cabrón engreído y pagado de sí mismo, un sabelotodo con ínfulas igual que otros diez millones de ejecutivos de segunda hechos en serie. De pelo castaño, ojos castaños, pómulos altos, rasgos simétricos y finos. Tenía una cara que parecía que la lijase y afeitase cinco veces al día. Pesaría entre setenta y setenta y cinco kilos. Traje de *tweed* gris, sombrero azul oscuro y corbata. Dice que sabe de pintura, y desde luego que la obra de L. Patterson la conoce bien, seguro que la colecciona, pero sólo porque atrae a los esnobs. Mi opinión personal es que

esa señora se sobrevalora. Aunque admite que durante los últimos diez años la han tenido olvidada. Pero sigamos adelante. Nuestro hombre tiene mucho de exhibicionista. Se imagina que es Superman y juega a hacer ese papel. La mujer que estaba con él era guapa, si te gustan las lesbianas estilo modelos de Park Avenue. Cerrar comillas. ¿Lo has cogido?

—Sí.

—¿Sirve de algo?

—De algo sí —dije.

—Estuve fisgoneando un poco por el estudio-almacén donde vive, Dios, aquello es un paraíso para ratas y termitas. Me tuvo mirando kilómetros y kilómetros de cuadros. En plan artístico es algo imposible —¿qué podía saber Don de eso?—, pero me recordaban algo que estoy seguro que he visto en algún sitio hace muy poco. Si consiguiera acordarme de qué es, tal vez tuviera una nueva pista.

Se echó a reír y yo le imité, pero no dejaba de contemplar el *Estudio sobre el furor* que tenía en la pared de enfrente.

—Tal vez te acuerdes, pero no te preocupes mucho. Mañana te veo.

Colgó y yo seguí mirando aquella pintura, sin verla de verdad, sus buenos cinco minutos. Luego recogí las notas que había garabateado, fui al despacho vacío de Roy e introduje como debía la información de Don en nuestro gráfico. En efecto y de momento, aquello parecía ir cristalizando en una descripción muy poco agradable de mí mismo. Y después de aquello, fui a sacar tres buenas fotografías recientes de Earl Janoth de los archivos.

Roy volvió poco después de las siete. Dispusimos los turnos del día siguiente y luego me marché con la sensación de que, por el momento, ya había tenido más de lo que podía aguantar. Pero todavía me quedaba trabajo por hacer.

En la parada de taxis que había seleccionado por la tarde como la más probable, conseguí el primer tanto real. Un buen tanto. Uno de los taxistas identificó a Janoth como el pasajero al que había llevado poco después de las diez de la noche del último sábado. El taxista estaba bien seguro. Se acordaba de cuándo y dónde lo había recogido, y dónde se había bajado. A una manzana de la casa de Hagen. Comprendí que aquello podía salvarme el cuello como

un último recurso desesperado. Pero no necesariamente salvaría mi hogar.

Ya era en torno a medianoche cuando llegué a Marble Road. Georgia y Georgette estaban dormidas.

Encontré *La tentación de san Judas* donde lo había dejado, en un armario de abajo, y veinte minutos después ya lo tenía bien escondido detrás de otro lienzo.

Sería fácil descubrirlo si realmente daban conmigo alguna vez. Pero si alguien conseguía llegar tan lejos, yo estaría acabado de todos modos.

EARL JANOTH, III

Cinco días después de que Steve empezase a organizar la búsqueda ya teníamos material suficiente en torno a aquel maldito fantasma como para escribir una larga biografía. Teníamos fechas, direcciones, currículum, una descripción física completa y radiografías de hasta el último pensamiento, emoción o impulso que hubiera tenido nunca. Conocía a aquel cretino mejor que su propia madre. Si cerraba los ojos, podía verlo de pie delante de mí, con un conato de sonrisa imbécil en una cara demasiado bien hecha, y podía oír su voz, suave, estudiada y seductora, soltando todas esas fantasías y simplezas que tanto le encantaban, casi podía alargar la mano y tocar a aquel fantasma horroroso que había irrumpido en mi vida desde ninguna parte para traerme la muerte de Pauline y mi posible ruina.

Y sin embargo, todavía no teníamos al hombre en carne y hueso. No teníamos nada.

—Sinceramente, creo que me estáis ocultando algo —dijo George Stroud. Hablaba con Steve. Yo había insistido en estar presente, aunque sin participar directamente, cuando volviésemos a examinar la parálisis que parecía estar afectando a nuestros planes—. Y pienso que ese algo, sea lo que sea, es el único dato sólido que necesitamos para poner punto final a todo el asunto.

—Limítate a los hechos —dijo Steve—. Tu imaginación corre más que tú.

—No creo.

Estábamos en el despacho de Steve, él detrás de su mesa, yo a un lado y Stroud frente a Steve. La habitación estaba llena de sol, pero a mí me parecía en penumbra, como el fondo de una piscina llena de agua. Creo que no había

dormido más de dos horas por noche durante la última semana.

Aquellos malditos lobos estaban cada vez más cerca. Me habían interrogado docenas de detectives y funcionarios de la fiscalía del distrito tres, cuatro e incluso a veces cinco veces al día, todos los días. Al principio habían sido correctos. Ahora ya no se preocupaban demasiado de seguir siéndolo.

Y Wayne lo sabía. Carr lo sabía. Todos lo sabían. Sólo era un secreto para el público en general. En el distrito del sur de la ciudad y en el de la calle 42 era de conocimiento general. Nadie me había llamado o se había acercado a mí abiertamente desde hacía días. Cuanto más de cerca me apretaba la banda de los políticos, más lejos se iba mi propia gente. Cuanto más me aislaban, más fácil se ponía todo para la policía. Yo podía manejar una jauría de lobos, pero no dos.

En realidad no había verdaderas pruebas contra mí. Todavía no. Pero tampoco había perspectiva alguna de que fueran a relajar la presión para conseguirlas.

Eso podía soportarlo. Pero teníamos que encontrar a ese condenado espectro, y encontrarlo antes de que otro lo hiciera. Era la única amenaza seria a la que me enfrentaba. Si la policía daba con él primero, y podía ser así en cualquier momento y acabaría siéndolo, yo ya sabía exactamente lo que iba a decir ese tipo y lo que iba a suceder.

No tenía el menor sentido. Disponíamos de aquella montaña de datos y aun así, a efectos prácticos, estábamos exactamente donde habíamos empezado.

—Está bien, atengámonos a los hechos —dijo Stroud a Steve—. Dices que ese hombre es la figura clave de un tinglado político-industrial. Pero no hemos descubierto ni una sola conexión política ni ninguna conexión financiera dignas de mencionarse. ¿Y por qué no? Yo digo que porque no las hay.

Steve le dijo cortante:

—Las hay. Sencillamente no habéis cavado lo bastante profundo como para sacarlas. Yo no me guardo nada, excepto rumores y sospechas. Y eso no te serviría para nada bueno. De hecho, simplemente te desorientarían.

La voz de Stroud era suave y bastante agradable, pero hablaba con demasiado énfasis.

—No podrían desorientarme más de lo que estuve cuando, sabiendo como sabías que la Délos estaba en medio de toda la situación, no sé por qué te olvidaste de contármelo.

Esas disputas sin sentido no nos llevaban a ninguna parte. Tuve que intervenir.

—¿Y cuál es tu opinión, George? —le pregunté—. ¿Cómo explicas el hecho de que parezca que andamos en círculos? No es propio de ti quedarte estancado tanto tiempo en un asunto tan sencillo como éste. ¿Cuál es tu sincera teoría sobre este asunto?

Stroud se volvió y me miró con una mirada penetrante, sostenida. Era uno de esos que yo siempre había clasificado como personas ultraperspicaces, que no son buenas para la acción pero sí muy agudas para la lógica y la teoría puras. Era del estilo de los que resuelven una mano de *bridge* de un vistazo y hasta la última baza, pero que en cualquier simple trato de negocios estaría indefenso. La serenidad fría de luchador y jugador que tenía Steve a él le faltaba por completo, e incluso debía de considerarla como algo ajeno o inhumano, si es que llegaba a entenderla.

Después de cinco días con aquel trabajo, a Stroud ya se le notaba la tensión. Eso era bueno, porque así entendería que no se trataba de una mera historia rutinaria.

—Sí, tengo una teoría —me dijo—. Creo que el asesinato de Pauline Délos y el hombre al que buscamos están tan íntimamente conectados que son lo mismo. Me veo obligado a rechazar la idea de Steve de que sólo están relacionados circunstancialmente el uno con el otro.

Asentí. Era inevitable, por supuesto. No habíamos escogido a Stroud para dirigir la investigación por lo guapo que era, por su desbordada imaginación ni por su vanidad, que era colosal.

Miré a Steve, confiando en que de allí en adelante procedería con más sensatez.

—Entiendo tus razonamientos, George —dijo—. Y pienso que estás en lo cierto. Pero hay algo que has pasado por alto y que ahora tendríamos que considerar. Sabemos que Pauline estaba al tanto de esa, gran trapisonda. Entre bastidores, había ayudado a organizar la trama, fragmentariamente, claro, de

todo el caso. Naturalmente, habría seguido con ello si hubiera podido. Pues supongamos que hizo justamente eso. Supongamos que alguien la pilló haciéndolo. Y fue más rápido que ella. ¿Has pensado en esa posibilidad?

Stroud se quedó en silencio, distante y pensativo. Me temo que era un poco demasiado listo para aquel asunto.

—Si lo que anda en juego llega hasta ese punto, y si la otra parte ya ha rebasado ese límite —dijo, y se paró para hacer una pausa aún más larga—, entonces tenemos muy malas compañías. O nuestro hombre está ahora en México y sigue huyendo todavía más al sur, o ya lo habrán quitado de en medio para que nunca se vuelva a saber nada de él.

—Eso es imposible —le dijo Steve, cortante—. Verás por qué. Un hombre como ése, excéntrico, con un círculo amplio y variado de amistades, casado y con un hijo por lo menos, una posición de responsabilidad en alguna parte, dejaría un hueco bastante grande si desapareciera de repente de la circulación. Y vosotros estáis en contacto directo con la oficina de personas desaparecidas… ¿desde cuándo?

—El martes por la mañana.

—El martes. Y no se ha denunciado la desaparición de ninguna persona como nuestro hombre. Seguro que esa noticia se filtraría de algún modo por algún sitio. Si no ha desaparecido, significa que sigue circulando por ahí. —Stroud asintió, cauteloso, y Steve pasó rápidamente a otro punto—. Ahora vamos a observar un poco más de cerca algunas de las otras pistas. ¿Seguís comprobando la lista de licencias de venta de licores suspendidas o no renovadas en Consumo?

Stroud se pasó un pañuelo por la frente sudorosa.

—Sí, pero eso es como buscar una aguja en un pajar. Las hay a cientos. —Stroud se quedó un momento mirando abstraído su pañuelo, después dobló la tela con gran meticulosidad y se lo guardó con lentitud y cuidado—. Me han pasado la lista directamente a mí. Si aparece algo, os enteraréis enseguida.

Era bastante raro que dijera aquello. Pues claro que nos enteraríamos.

—¿Has visto el artículo que sacó *Newsways* sobre esa tal Patterson? —preguntó Steve, y Stroud respondió que lo había visto—. Es demasiado pronto para obtener resultados. Pero con la cobertura que le estamos dando, vamos a

poner a esa mujer de nuevo en el mapa. Seguro que habrá alguien que reconozca ese cuadro de Judas y, gracias a nuestra descripción, lo recordará. Con lo que hemos dicho de que tiene un valor «incalculable», seguro que lo localizamos. Tengo el presentimiento de que ese cuadro servirá para clavar a nuestro hombre en la pared.

Stroud sonrió ligeramente pero no dijo nada, y a continuación siguieron examinando otras líneas de investigación referentes a las nóminas de impuestos, listas de agencias de publicidad, periódicos, huellas dactilares en un pañuelo, y todas acababan en la misma niebla vaporosa. Al final, oí que Steve decía:

—Pasemos a todos esos bares, galerías de arte y etcétera.

—Todo vigilado.

—Exacto. ¿Y por qué todavía no ha aparecido por allí nuestro hombre? Para mí es algo increíble. No hay nadie que abandone de repente su rutina y sus costumbres de toda la vida. A no ser que tenga una buena razón.

—Yo ya he sugerido que habrá huido del país o lo habrán matado —dijo Stroud—. Te daré unas cuantas versiones más de esa misma teoría general: puede que sea él mismo quien mató a la Délos, y en ese caso es muy natural que no quiera estar demasiado visible. O sabe que tiene socios peligrosos, conoce el paño y se ha buscado un escondite justo allí donde esté para que no le pase a él lo mismo.

Aparté deliberadamente la vista de Steve y también de Stroud. De una manera bastante curiosa, la conclusión a la que Stroud acababa de llegar era casi perfecta. La habitación se quedó demasiado silenciosa durante un momento.

—¿Piensas que puede considerar que corre peligro? —preguntó entonces Steve.

—Sabe que hay alguien que está jugando fuerte. ¿Cómo no iba a estar preocupado?

—Y lo que hace es mantenerse muy bien escondido. —Parecía que Steve buscaba a tientas alguna idea. Miró distraídamente a Stroud—. O por lo menos, se mantiene bien lejos de todos los sitios a los que iba siempre hasta ahora. —Steve se quedó un momento callado y luego preguntó—: ¿Cuántas

personas de la organización saben algo de este trabajo especial, George?

Stroud no pareció entenderle bien.

—¿De los nuestros?

—De aquí, de Empresas Janoth. ¿Cuántos calculas?

—Bueno —respondió Stroud con una leve sonrisa—, con cincuenta y tres personas trabajando en el asunto en estos momentos yo diría que todo el mundo sabe algo del tema. Todos los dos mil.

—Sí —admitió Steve—. Supongo que sí.

—¿Por qué?

—No, por nada. Por un instante pensé que tenía algo. —Steve volvió a ser él mismo y se inclinó hacia delante, agresivo—. Muy bien, supongo que ya lo hemos repasado todo. Y sigue siendo nada.

—¿Piensas que se me ha pasado por alto algún detalle por alguna parte? —preguntó Stroud.

—Tú sigue adelante con todo, nada más.

—Seguiré. Ahora que hemos decidido que el asesinato y nuestro chico particular son mellizos, hay un montón de pistas más que podemos seguir.

—¿Qué pistas?

Stroud se levantó para irse. Se puso un cigarrillo en la boca y reflexionó antes de encenderlo.

—En primer lugar, pondré a unos cuantos hombres a investigar todas las paradas de taxi que estén cerca del apartamento de Pauline Délos. La noche que la mataron, y pocos minutos después de eso, alguien cogió un taxi para marcharse de aquel vecindario, y no pudo evitar que se fijaran bien en él. —Encendió el cigarrillo, aspiró profundamente y exhaló el humo al desgaire—. El taxista se acordará y nos contará todo lo que sepa de él.

Clavé los ojos en Steve y los dejé clavados. Comprendía, porque no miró en mi dirección ni una décima de segundo.

—Ahí no te sigo, George —dijo en un tono completamente plano.

—Pues es muy sencillo. Nuestro individuo llevó a Pauline al Gil's, a una serie de tiendas de antigüedades y al Van Barth. ¿Por qué no iba a acompañarla también a casa? Es evidente que lo hizo. Nuestro cronometraje coincide con el de la policía. La llevó a su casa y luego tuvo que marcharse.

Pasara lo que pasase en la casa, fuera quien fuese el que la matase, viera lo que viese o supiera lo que supiese, tenía que marcharse. La primera línea de investigación y la más obvia es pensar que se marchó en un taxi.

Me vi obligado a decir:

—Quizá tuviera su propio coche.

—Quizá sí.

—Y puede haberse ido caminando —dijo Steve—. O haber cogido un autobús.

—Eso es cierto. Pero no podemos permitirnos pasar por alto el hecho de que también podría no haber hecho ninguna de esas cosas. Que podría haber cogido un taxi. Así que apostaremos por esa posibilidad, y esperemos que haya suerte. —A Stroud nunca le había faltado confianza en sí mismo, y ahora parecía estar aureolado de ella. Se dirigió hacia la puerta. Una vez allí, se detuvo y, para finalizar, añadió—: Tengo la corazonada de que descubriremos que cogió un taxi, que localizaremos al taxista, averiguaremos adonde fue y podremos echar el cierre a toda nuestra investigación.

Después de que saliera se produjo un largo y absoluto silencio. Steve miraba muy concentrado la puerta que se cerró tras él. Pensé que podía leer su mente.

—Sí. Tienes razón —dije.

—¿En qué?

—Echaremos el cierre a la investigación y ya está. Vamos a anular el asunto.

—No, ni hablar. ¿Por qué íbamos a hacerlo? Estaba pensando en otra cosa. Es sobre Stroud, no me gusta ese cabrón.

—Da lo mismo. No quiero que Stroud se ponga a buscar ese taxi.

Vi que en Steve iba creciendo de modo perceptible una rabia furiosa que se alimentaba de sí misma.

—Eso da lo mismo. Nunca van a relacionarte con eso. Tenemos un buen personal, pero no tanto. Lo que me preocupa es saber qué demonios nos tiene atascados. ¿Por qué la única idea inteligente que se le ha ocurrido a Stroud es la que no nos gusta? Está claro que anda siguiendo algún atajo, pero ¿cuál?

—Apártalo de este trabajo. Inmediatamente. Antes de que mande a otro

equipo en búsqueda del taxista. No soporto la manera en que trabaja su cerebro.

Los ojos de Steve brillaban como los de un animal, y parecían igual de insensibles.

—No podemos abandonar la investigación, y no tiene sentido sustituir a Stroud. Tenemos que seguir adelante y Stroud tendrá que entregar la mercancía. Pero tendrá que hacerlo más que deprisa, eso es todo. Nosotros iniciamos la carrera por la pista de dentro pero ahora vamos perdiendo ventaja minuto a minuto.

Pensé en esos cazadores que acechaban la caza mayor, y que mientras lo hacían, sus presas acechaban a su vez a sus propias presas, y cuando el círculo terminaba por cerrarse un desastre desconocido se cernía sobre los cazadores. Era cosa del destino. Dije:

—No conoces bien toda la situación. Últimamente ha habido una serie de reuniones informales del consejo, realmente secretas, y en la cena del sábado pasado…

Steve me interrumpió sin dejar de mirarme.

—Sí. Ya me lo contaste.

—Bueno, pues si todo este asunto nuestro fuera por mal camino, o si se saliera de madre, no les haría falta nada más para pasar abiertamente a la acción. Estoy seguro de que llevan los últimos cuatro o cinco días debatiendo el tema. Y si eso pasara…, bueno, eso sería incluso peor que esto.

Fue como si Steve no me hubiera oído. Me miró fijamente, como desde las alturas de la totalidad de la vida, profundo y firme como un ídolo de bronce deshumanizado. Y entonces, sorprendentemente, preguntó:

—Me parece que no has dormido mucho últimamente, ¿verdad?

—No. Desde que pasó eso, no.

Asintió en silencio y luego, con voz persuasiva y determinación impersonal, dijo:

—Vas a irte a una clínica. Tienes una infección de garganta. Olvídate de todo. El doctor Reiner ha dicho que tienes que estar en cama un par de días. Sin recibir visitas. Excepto yo.

GEORGETTE STROUD

No vi a George cuando volvió a casa anoche. Había estado trabajando hasta tarde, a pesar de que era domingo. De todas formas, no lo había visto llegar ninguna noche en toda la semana pasada. No era raro que trabajase hasta tarde, tanto aquí como en la oficina. Había noches que ni siquiera volvía a casa.

Pero ese lunes por la mañana supe que algo era diferente. No se trataba simplemente de otro trabajo largo y duro, aunque eso fue lo que él me dijo.

Cuando bajó a desayunar, vi que no era una impresión infundada. Ahora estaba segura de que se trataba de algo completamente desacostumbrado y me propuse averiguar qué era. Le dio un beso a Georgia y otro a mí y se sentó. Siempre que empezaba a desayunar comentaba algo sobre el primer plato que viera por allí. Pero esta vez empezó a tomarse el pomelo sin decir nada.

—Cuéntame un cuento, George —le pidió Georgia en ese momento como si fuera una idea totalmente nueva que se le acabara de ocurrir.

—¿Un cuento? ¿Un cuento? Y por cierto, ¿qué es un cuento? Nunca he oído hablar de eso.

La respuesta era correcta, pero un poco mecánica.

—Sigue. George dijo que me lo contarías. Me lo prometió.

—Está bien, te contaré un cuento. Trata de una niñita que se llamaba Sofía.

—¿Cuántos años tenía?

—Seis.

Otra vez algo me sonó mal. La niña siempre tenía que ir sonsacándole antes de que le dijera la edad que quería oír.

—¿Y qué hizo la niña?

—Bueno, en realidad este cuento es sobre Sofía y su mejor amiga, otra niña pequeña.

—¿Y cómo se llamaba?

—Pues Sonia, eso es.

—¿Cuántos años tenía?

—Seis.

—¿Y qué hicieron?

Me di cuenta por primera vez de que había adelgazado mucho. Y cuando habló conmigo, era como si no estuviera allí. Normalmente se envolvía en nubes de confeti, pero cualquiera que lo conociese bien comprendía exactamente qué quería decir y por dónde se le podía encontrar.

Ahora, en cambio, era como si en realidad no estuviera. Sus fugaces evasiones ya no eran fugaces. Eran evasiones auténticas. Y las nubes de confeti, puertas de hierro.

Me vino a la cabeza que había estado igual hacía dos años, durante el lío que me enteré que había tenido con Elizabeth Stoltz. De ésa estaba bien segura. Pero antes de ésa había habido otras; entonces lo había creído y ahora lo creía más que nunca.

Me invadió una oleada de irrealidad absoluta. Y reconocí bien esa sensación, los primeros pinchazos de dolor de una enfermedad en la que vas a recaer. Era demasiado horroroso para ser verdad. Y era aquello lo que acababa por hacerlo tan horroroso.

—Bueno, pues Sofía nunca veía a su amiga Sonia excepto en algunas ocasiones. Sólo cuando Sofía se subía a una silla y se miraba en el espejo para peinarse o lavarse la cara. Siempre que hacía eso se encontraba a Sonia, nada menos, allí delante de ella.

—¿Y entonces qué hacían?

—Entonces tenían largas, largas conversaciones. «A ver, ¿qué pretendes metiéndote siempre delante de mí?», preguntaba Sofía. «Márchate de aquí, Sonia, y déjame en paz».

—¿Y qué decía Sonia?

—Bueno, eso es lo más raro de todo. Sonia nunca decía ni una palabra. Ni una palabra. Hiciera lo que hiciese Sofía delante del espejo, Sonia la copiaba.

Hasta cuando Sofía le sacaba la lengua a Sonia y la llamaba mono de imitación.

—¿Y entonces qué pasó?

—Eso siguió igual durante mucho tiempo y Sofía estaba muy enfadada, puedes creerlo. —Sí, George, Sofía estaba muy enfadada. ¿Cuántos años duró eso, George?—. Pero se lo pensó bien y un día le dijo a Sonia: «Si no dejas de entrometerte en mi camino cada vez que vengo a mirarme en el espejo, Sonia, pues, vaya, yo tampoco me quitaré nunca de tu camino».

—¿Y entonces qué?

—Eso es justo lo que hizo Sofía. Cada vez que Sonia, la niña que nunca hablaba, venía delante del espejo para peinarse, Sofía hacía lo mismo. Y todo lo que hacía Sonia, Sofía lo copiaba inmediatamente.

No. No creo. Creo que cada una hacía una cosa diferente. Sencillamente, se apartaron la una de la otra.

No puede ser. No puedo volver a pasar por ese horror.

Pero ¿qué le pasa? ¿Se ha vuelto loco? No puedo volver a caer otra vez en ese abismo terrible.

¿No cambiará nunca? ¿No madurará? Se ha portado muy bien desde lo de aquella chica, Stoltz. Creía que aquélla iba a ser la última, porque tenía que ser la última. Hay un límite que los nervios no pueden sobrepasar sin desgarros y magulladuras y continuar viviendo. Y si eso es lo que pasa, no podré aguantarlo otra vez.

¿Está completamente cuerdo? No puede estarlo si está tan ciego.

—Tengo una mejor amiga —anunció Georgia.

—Eso espero.

—Una nueva.

—¿Y qué hacéis tu mejor amiga y tú?

—Jugamos a juegos. Pero algunas veces me roba las ceras. Se llama Pauline.

—Ya. Y luego, ¿qué pasa?

Era demasiado torpe, como algo ensayado que va saliendo de una máquina, de una radio o un tocadiscos.

Sonó la bocina del autobús escolar y Georgia se levantó de un salto. Le

limpié la cara con mi servilleta, fui tras ella al vestíbulo y la vi correr en busca de su cartera del colegio, que contiene un bloc de dibujo, un libro con ilustraciones y también, la última vez que la revisé, un puñado de cuentas sueltas, unos cuantos cacahuetes olvidados y el capuchón roto de una estilográfica.

Le di un beso de despedida y me quedé un momento mirándola bajar corriendo por la acera. Quizás estuviera equivocada.

Tenía que estar equivocada. Estaría equivocada. Hasta que me viera obligada a reconocer lo contrario.

Cuando volvía hacia la sala del desayuno vi el último número de *Newsways* y me acordé de una cosa. Me lo llevé conmigo.

—George —le dije—, te olvidaste de traer el *Newsways* de casa.

Siguió con sus huevos y su café y dijo distraído:

—Se me fue de la cabeza. Traeré uno esta noche sin falta. Y *Personalities*, que acaba de salir.

—No te preocupes por el *Newsways*, compré uno ayer.

Me miró y vio la revista. Durante un instante vi algo raro que nunca había visto antes dibujarse en su cara, pero luego desapareció tan deprisa que no estaba segura de haberlo visto de verdad.

—Trae algo sobre lo que pensaba preguntarte —le dije—. ¿Has leído el artículo sobre Louise Patterson?

—Sí, lo he leído.

—Es fabuloso, ¿no? Dice justo todo lo que tú llevas años diciendo. —Le cité una frase del artículo—: «El *homunculus* crece hasta alcanzar un tamaño monstruoso, con toda la fuerza de una enorme explosión, gracias a un nuevo talento que surge de pronto como un meteorito atravesando los cielos túrgidos, por lo demás tan pretenciosos, del mundo del arte contemporáneo. Puede que Louise Patterson observe sus modelos a través de un microscopio, pero el pincel que maneja es gargantuesco».

—Sí, es fabuloso, pero no es lo que llevo años diciendo.

—De todos modos, reconocen su talento. No seas tan negativo, sólo porque emplean palabras distintas de las que empleas tú. Por lo menos admiten que es una gran pintora, ¿no es cierto?

—Eso sí.

Algo sonaba desafinado. Sus palabras pretendían sonar ligeramente escépticas, pero el tono de su voz no era demasiado neutro.

—Por todos los santos, George, no finjas que no te ha gustado. Debes de tener siete u ocho pattersons, y ahora resulta que son terriblemente valiosos.

—Incalculable. Me parece que ésa es la palabra que usan en *Newsways*. —Soltó la servilleta y se levantó—. Tendré que darme prisa. Creo que iré en coche como siempre, a no ser que lo necesites tú.

—No, por supuesto que no. Pero espera, George. Hay otra cosa más. —Busqué otro párrafo del mismo artículo y se lo leí—: «Esta semana, el máximo interés en el mundo del arte se centra en el paradero de la obra maestra perdida de Patterson, su famoso *Judas*, que se considera el lienzo más cotizado entre todas las obras de valor incalculable salidas del estudio de la artista. Representa dos manos enormes que se intercambian una moneda, y es un soberbio estudio en amarillo encendido, rojo y marrón tostado, una pintura que hace algunos años fue muy conocida y luego desapareció sin dejar rastro». Y etcétera.

Levanté los ojos de la revista.

—Bien presentado, pero no muy llamativo —dijo George—. Hacen que parezca un arco iris en mitad de la noche.

—No es eso lo que quiero decir. ¿Tú no sabes nada de ese cuadro?

—¿Por qué habría de saberlo?

—¿No he visto yo una pintura sin enmarcar que trajiste a casa hace cosa de una semana y que era algo así?

—Pues claro que sí, Georgie. Una copia.

—Ah, bien. ¿Y qué pasó con ella?

George me guiñó un ojo, pero sin calor alguno en el gesto. Sin nada. Simplemente un guiño en blanco.

—Me lo llevé al despacho, naturalmente. ¿De dónde crees que iban a sacar esos manazas una descripción tan precisa del original? —Me dio una palmada en el hombro y un beso fugaz—. Tengo que irme corriendo. Te llamaré esta tarde.

Cuando se fue y oí el coche bajar por el camino de entrada, dejé la revista

y me incorporé lentamente. Fui hasta la cocina a ver a Nellie, comprendiendo lo que es sentirse vieja, verdaderamente vieja.

EMORY MAFFERSON

No conocía demasiado bien a Stroud hasta hace poco, y en realidad tampoco lo conozco ahora. Por consiguiente, no podría aventurar cómo o de qué manera encajaba en los patrones de Janoth.

Cuando me aconsejó que no intentara dar el perfil del hombre tipo *Crimeways*, eso no me dijo nada. Era el consejo típico que daban en todas nuestras publicaciones, y, por lo que yo sabía, Stroud no era más que otra de las muchas personas entusiastas, ambiciosas y egocéntricas de la organización que pasaban de un despacho a otro, de una alianza a otra, de una moda ética o política a otra, y que no tenían otro interés verdadero en la vida que ganar cada año más dinero, y siempre más que sus colegas.

Sin embargo, tenía la impresión de que Stroud no era tan simple. Todo lo que sabía de él, de hecho, era que se consideraba muy agradable, que parecía valorar mucho su propio ingenio y que nunca compraba nada de lo que hacíamos aquí.

Ni yo tampoco. Hasta ahora.

León Temple estaba en el despacho de Stroud cuando entré a última hora de la mañana del lunes para pedirle a Stroud que autorizase una orden de pago que juraba que le hacía falta para esa nueva misión tan histérica en la que parecía que todo el mundo menos yo estaba trabajando. Por lo que pude enterarme, Temple no hacía nada más que revolotear por el salón de cócteles del Van Barth con una mariposilla linda y juguetona que atiende por Janet Clark.

Mientras me dirigía al despacho de Stroud tratando de pensar en el mejor

modo de dirigirme a él, me sentía como un extraño. Todos participaban en una fiesta larga y feliz, mientras yo me pasaba los días en el antiguo departamento de Homicidios o en las desvencijadas ruinas de la fiscalía del distrito.

Una vez que Stroud me firmó la orden para retirar el efectivo y León Temple se marchó, me di la vuelta y me retrepé en el alféizar de la ventana, detrás de la mesa de despacho. Él hizo girar la silla en redondo y bajo la luz que entraba descubrí algo que hasta entonces no había notado, que aquel hombre tenía la cara arrugada y unas facciones duras.

—¿Hay alguna novedad, Emory? —me preguntó.

—Bueno, sí. Es más que nada cosa de rutina. Pero quería comentarte otra cosa.

—Dispara.

—¿Sabes aquello tan extraño que pasó hace una semana, el sábado por la noche?

—¿La noche del asesinato?

—Sí. Pero es algo referente a Individuos Financiados. Pues esa noche me encontré con Fred Steichel, que es director editorial adjunto de Jennett-Donohue. ¿Lo conoces?

—Lo he visto alguna vez. Pero no sé a qué te refieres.

—Bueno, yo soy bastante amigo de Fred. Su mujer y la mía fueron juntas a clase, y siguen viéndose a menudo. Nos encontramos en una cena y luego hubo una buena fiesta. Fred se emborrachó y empezó a contarme todo lo de Individuos Financiados. Y la verdad es que sabía mucho del tema, tanto como yo.

Stroud no mostró una gran preocupación.

—No hay razón para que no lo supiera. No es ningún secreto. Todas las cosas de ese tipo acaban circulando.

—Claro, pero eso es en general. Y esto era distinto. Fred está muy bien cuando está sobrio, pero cuando se emborracha se pone insoportable, y esa noche procuraba con todas sus fuerzas mostrarse lo más desagradable posible. Se divertía recitando todos nuestros cálculos, citando las conclusiones a las que habíamos llegado, y hasta repitió algunos de los enfoques que intentamos durante una temporada y luego abandonamos. La cuestión es que tenía los

números exactos, conocía con toda precisión los pasos que habíamos dado y, por ejemplo, se sabía una serie de frases que yo personalmente había usado en mis informes. No una cosa más o menos correcta en general, sino absolutamente literal. En otras palabras, que ha habido una filtración en alguna parte y él ha tenido acceso a nuestras investigaciones, nuestros informes y nuestras conclusiones.

—¿Y entonces?

—Bueno, pues me quedé bastante mosqueado. Una cosa es que en Jennett-Donohue oigan rumores sobre lo que estamos haciendo, y otra muy distinta que tengan acceso a archivos que se supone que son confidenciales. Quiero decir que, ¡qué demonios! No me gustó nada la manera en que Fred hablaba de Individuos Financiados. Como si se tratase de un peso muerto. Según él, yo estaba perdiendo el tiempo. Era sólo cuestión de semanas o de días que archivasen todo aquel plan. Cuanto más lo he estado pensando, menos me gusta. No puede ser que consiguiera esos datos por casualidad, y sus fanfarronadas no se basaban sólo en haber bebido de más.

Stroud asintió.

—Entiendo —dijo—. Y pensaste que era algo de lo que teníamos que enterarnos.

—Lo pensé y lo pienso. No es que pretenda entenderlo, pero es mi criatura y he invertido un montón de trabajo en ella, y para mí es algo más que uno de esos espejismos comunes y corrientes que presentamos aquí cada día. Me fascina. Tiene algo que resulta casi real. —Ahora al menos Stroud me escuchaba con interés, ya que no con asentimiento, y reforcé mis argumentos —. No se trata simplemente de otra flecha de inspiración que alguien lanza al aire. Se trata de un negocio a lo grande. Y en el momento en que sabes que puede existir una sociedad en la que cada uno de sus individuos tiene un valor monetario real de un millón de dólares, y que va pagando dividendos sobre sí mismo, sabes también que nadie va a torpedear, asfixiar o arruinar una inversión totalmente segura.

Stroud me dirigió una sonrisa tímida y comprensiva, pero helada.

—Ya lo sé —dijo—. Está bien, hablaré con Hagen o con Earl de esta curiosa filtración de nuestro material confidencial.

—Pero ahí está la cuestión, yo ya lo he hecho. Eso es lo más raro de ese sábado por la noche. Te llamé por teléfono primero pero no te encontré, y entonces llamé a Hagen. Él sí que estaba y se mostró de acuerdo conmigo en que era algo condenadamente importante. Dijo que lo comentaría con Earl, y que quería verme a primerísima hora del lunes por la mañana. Y desde entonces no he vuelto a tener noticias de él.

Stroud se repanchingó en la silla para estudiarme, muy desconcertado.

—¿Llamaste a Hagen aquella noche?

—Tenía que informar a alguien.

—Naturalmente. ¿A qué hora le llamaste?

—Casi inmediatamente. Le dije a Steichel que iba a llamar y el cabrón se echó a reír.

—Sí, pero ¿a qué hora?

—Bueno, sobre las diez y media. ¿Por qué?

—¿Y hablaste sólo con Hagen? Con Earl no hablaste, ¿o sí?

—No hablé con él, no. Pero debía de estar allí cuando llamé. Porque aquella noche estaba allí, como sabes.

Stroud apartó la vista de mí, con el ceño fruncido.

—Sí, ya lo sé —dijo con voz muy cansada, distante—. Pero ¿recuerdas lo que dijo Hagen exactamente?

—Exactamente no. Me dijo que lo comentaría con Earl. Así que esto es una confirmación del paradero de Earl, ¿no es cierto? Y Hagen dijo que nos veríamos el lunes por la mañana. Pero el lunes por la mañana no supe nada de él ni he vuelto a tener noticias desde entonces, y empiezo a preguntarme qué está pasando. Supuse que tal vez te hubiera traspasado todo el asunto a ti.

—No, lo lamento, pero no. Pero averiguaré qué está pasando, naturalmente. Estoy completamente de acuerdo contigo en que es importante. Y con Hagen. —Volví a ver aquella sonrisa invernal, esta vez a varios grados bajo cero—. Una vida humana valorada en un millón de dólares sería toda una historia digna de publicarse, ¿no crees? No te preocupes, Emory, tu sueño infantil no se perderá.

Era uno de esos cabrones con magnetismo que siempre me han gustado y he admirado, y por supuesto, envidiado y odiado, y me encontré con que le

estaba creyendo, como un idiota. Sabía que aquello no podía ser verdad, pero me creí que Stroud estaba sinceramente interesado en proteger Individuos Financiados, y que encontraría algún modo de estudiar la cosa con detenimiento y después, al final, conseguiría inventarse una prueba de selección importante y eficaz. Sonreí mientras me sacaba del bolsillo unas cuantas notas y le dije:

—Bueno, pues eso es todo lo que tenía que decir. Y ahora, aquí están los últimos datos que tiene la poli sobre el asesinato de la Délos. Ya te dije que sabían que la chica estuvo fuera el fin de semana, desde el viernes por la noche hasta el sábado por la tarde. —Stroud hizo un medio asentimiento de cabeza y concentró su atención. Continué—: Ayer descubrieron dónde había estado. Estuvo en Albany con un hombre. Encontraron en su apartamento una carterita de cerillas de una sala de fiestas de Albany que no distribuye sus cerillas de costa a costa, sólo las dan en el propio local, y durante la consiguiente comprobación de rutina en los hoteles de Albany descubrieron que era allí donde había estado. ¿Lo tienes?

Asintió de nuevo, brevemente, y esperó con expresión dura y distante. Yo seguí:

—Por cierto, la poli lo sabe todo sobre el trabajo que estamos haciendo, y están convencidos de que el hombre que buscamos aquí y el que estuvo con la Délos en Albany el viernes y el sábado pasado son la misma persona. ¿Eso te sirve de algo o te da alguna pista?

—Sigue —me dijo.

—Eso es todo. Van a mandar allí a un hombre suyo esta tarde o mañana por la mañana con un montón de fotos para que las enseñe en la sala de fiestas, el hotel y por todas partes. Ya te dije que tienen la agenda de esa Délos. Pues, bueno, esta mañana me dejaron echarle un vistazo. Han estado reuniendo fotos de cada uno de los hombres que se mencionan en esa lista, que es bien larga, y lo más probable es que el tío que estuvo con ella en Albany sea uno de ellos. ¿Me sigues?

—Te sigo.

—Por la descripción general de ese hombre que les dio por teléfono el personal del hotel y del club de Albany, saben que es prácticamente seguro

que no se trata de Janoth. En el hotel firmaron el registro como el señor y la señora Andrew Phelps-Guyon, más falso imposible. ¿Te dice algo ese nombre?

—No.

—Por cierto, tu nombre también estaba en la agenda de esa mujer.

—Sí —dije—. Conocía a Pauline Délos.

—Bueno, pues eso es todo.

Stroud pareció ponerse a valorar la información que le había dado.

—Buen trabajo, Emory —dijo, y me ofreció una sonrisa rápida y sin calor —. Por cierto, ¿en el departamento buscan una foto mía?

—No. Ya la tienen. Una que tú diste en algún momento para hacerte un carné o el pasaporte. El tipo que han mandado al norte tiene toda una colección. Se lleva sesenta o setenta fotos.

—De acuerdo.

—Si quieres puedo ir a Albany con ese tipo —dije—. Aunque no consiga ninguna otra cosa, me imagino que por lo menos será capaz de identificar a esa persona que andas buscando.

—Estoy seguro de que sí —dijo—. Pero no te molestes. Creo que eso podemos hacerlo mejor sin salir de aquí.

GEORGE STROUD, IX

Las dos líneas de investigación, la de la organización y la oficial, avanzaban firmemente, como arrastradas por unas tenazas invisibles. Se notaba que estaban cada vez más cerca.

Me dije a mí mismo que no era más que un instrumento, una máquina enorme, y que las máquinas eran ciegas. Pero no había comprendido enteramente el alcance de su peso y su fuerza aplastante. Era demencial. No se puede desafiar a la máquina. Crea y destruye, y lo hace todo con glacial inhumanidad. Valora a las personas del mismo modo que valora el dinero, el crecimiento de los árboles, el ciclo vital de los mosquitos, la moral o el avance del tiempo. Y cuando suena la hora en el gran reloj, es que, en efecto, ha llegado la hora, el día, el momento preciso. Cuando dice que un hombre tiene razón, la tiene, y si descubre que está equivocado, está acabado, sin apelación. El gran reloj es sordo y ciego.

Claro que yo me lo había buscado.

Volví al despacho después de un almuerzo que no recordaba haber probado. Había pretendido que fuera un interludio para planear nuevas eventualidades o vías de escape.

El edificio Janoth, que ocupaba media manzana, llenaba el espacio con sus quinientos ojos ciegos cuando volví allí por mi propia y libre voluntad y me sumergí una vez más en sus intestinos de piedra. El interior de aquel dios gigante estaba impecable, como los chorros del oro, sosegadamente iluminado, habitado por el eco continuado de muchos pies. A un simple visitante le hubiera parecido agradable.

En mi mesa me esperaba la lista de las licencias de tabernas no urbanas que no se habían renovado desde hacía seis años. Sabía que en una de ellas aparecería mi nombre. De eso habría que ocuparse más tarde. Ahora lo único que podía hacer era encerrarla en el último cajón del escritorio. Fui a la oficina de Roy y le pregunté:

—¿Tienes hambre?

—Bastante.

—Pues han llegado los san bernardos. —Se levantó despacio y se bajó las mangas de la camisa—. Perdona que te haya hecho esperar. ¿Alguna novedad?

—No que yo sepa, pero Hagen quiere verte. Igual es mejor retrasar el almuerzo hasta que hayas hablado con él.

—De acuerdo. Pero no creo que te haga esperar mucho.

Fui arriba. Aquellas reuniones se habían ido haciendo más largas y más frecuentes cada día, y más tensas. No era un gran consuelo conocer tan perfectamente el abismo que Hagen y Janoth, especialmente Janoth, veían ante ellos.

Por centésima vez me pregunté por qué Earl había hecho aquello. ¿Qué podía haber sucedido aquella noche en aquel piso? ¡Dios, menudo precio pagaba! Pero, en fin, había pasado. Y tuve que reconocer que en realidad no estaba pensando en Janoth en absoluto, sino en mí.

Nada más entrar en el despacho de Hagen, me tendió una nota, un sobre y una fotografía.

—Esto acaba de llegar —dijo—. A la foto vamos a darle media página en *Newsways*, con el artículo consiguiente.

La nota y el sobre llevaban el membrete de una galería de arte de la calle cincuenta y siete. La foto era buena y clara, de diez por quince, y mostraba una pared de una exposición de Louise Patterson en la que se veían claramente cinco telas suyas. La nota era del galerista, y se limitaba a certificar que la foto había sido tomada en una exposición nueve años antes, y por lo que se sabía, era la única imagen auténtica de la pintura que *Newsways* consideraba perdida.

Era imposible no identificar las dos manos de mi *Judas*. Estaba justo en medio. El galerista indicaba con precisión, sin embargo, que el título original

y correcto era simplemente: *Estudio sobre fundamentos*.

Aunque no reconocí ninguna de las otras, la tela que estaba en el extremo de la derecha era el *Estudio sobre el furor* que colgaba en la pared de mi despacho del piso de abajo.

—Esto parece responder a la descripción —dije.

—Sin duda. Cuando publiquemos esto, citando al vendedor, estoy seguro de que descubriremos dónde está el cuadro ahora.

Tal vez. Seguía oculto detrás de otro lienzo en Marble Road. Pero sabía que si Georgette leía el artículo, y lo haría, la historia que le había contado de que había comprado una copia no se sostendría. Porque la fotografía publicada reproducía la única reproducción auténtica conocida.

—Pero confío en que Dios nos permita aclararlo todo mucho antes de eso —dijo. Lo vi mirar otra vez la fotografía y me puse tenso, porque estaba seguro de que reconocería el *Furor*. Pero no. La volvió a dejar en la mesa y me miró con una mirada que era puro ácido—. George, ¿qué demonios estamos haciendo mal? Esto lleva arrastrándose más de una semana.

—Nos llevó tres semanas encontrar a Isleman —repuse.

—Pero ahora no buscamos a un hombre que lleva varios meses desaparecido. Buscamos a alguien que se desvaneció hace una semana, y dejó un rastro de un kilómetro de ancho. Algo pasa. ¿Qué es? —Pero, sin esperar mi respuesta, descartó la pregunta y empezó a interrogarme sobre las pistas en marcha—. ¿Qué tenemos sobre esas licencias caducadas?

Le dije que todavía seguían llegando y que las iba comprobando una tras otra según las recibíamos. Luego, metódicamente, fuimos repasando todo el territorio que habíamos cubierto hasta el entonces. De momento era un puro embrollo. Me había costado un buen trabajo hacer que fuera así.

Antes de marcharme pregunté por Earl y me enteré de que había salido del hospital desde hacía dos días. Y eso fue todo lo que conseguí saber.

Volví a mi despacho aproximadamente una hora después de haber subido. Al entrar me encontré con Roy, León Temple y Phil Best. En el instante en que puse un pie dentro me resultó evidente que había habido novedades.

—Ya lo tenemos —dijo León.

Su cara, pequeña y habitualmente pálida, estaba encendida. Sentí que se

me cortaba la respiración.

—¿Y dónde está?

—Aquí mismo. Entró en este edificio hace apenas un rato.

—¿Quién es?

—Todavía no lo sabemos. Pero lo hemos pillado. —Esperé, sin dejar de mirarlo, y me explicó—: Les pasé unos billetitos al personal del Van Barth y le hice saber que podían ganarse algunos más, y todos se han pasado sus horas libres husmeando por este distrito. Uno de los porteros lo descubrió y lo siguió hasta aquí.

Asentí con la cabeza, con la sensación de que me habían dado una gran patada en la barriga.

—Buen trabajo —dije—. ¿Dónde está ahora el portero?

—Abajo. Cuando me llamó por teléfono le dije que vigilase los ascensores y siguiese a nuestro hombre si lo veía salir. Pero no ha salido. Y ahora Phil traerá al vendedor de antigüedades, y Eddy a una camarera del Gil's. Entonces tendremos ya las seis baterías de ascensores completamente cubiertas. Ya les he dicho a los guardias de seguridad lo que tienen que hacer si el sujeto trata de marcharse. Le echarán mano y lo obligarán a identificarse desde el primer cumpleaños hasta ahora mismo.

—Sí —dije—. Supongo que eso hay que hacer. —Parecía como si estuvieran acosando a un animal, y en realidad eso era lo que estaban haciendo. Y el animal era yo. Dije—: Un plan inteligente, León. Has usado bien la cabeza.

—Dick y Mike están abajo, en el piso principal, echándole una mano al tipo del Van Barth. En cosa de dos minutos tendremos cubiertas todas las puertas y salidas.

Tuve un impulso y alargué la mano hacia la chaqueta, pero no terminé el movimiento. Ahora ya no podía, era demasiado tarde. Así que lo que hice fue sacar unos cigarrillos y rodear la mesa para sentarme en mi sillón.

—¿Estáis seguros de que es el hombre que buscamos? —pregunté.

Pero por supuesto que estaba fuera de duda. Me habían visto cuando volvía de almorzar. Y me habían seguido.

—El portero está convencido.

—Muy bien —dije. Sonó el teléfono y lo descolgué mecánicamente. Era Dick, informando de que ya tenían todos los ascensores cubiertos. Además del portero, ya habían llegado uno de los bármanes de noche del Van Barth, la camarera del Gil's y el vendedor de cuadros—. Muy bien —volví a decir—. Seguid con ello. Ya sabéis lo que hay que hacer.

Phil Best se puso a explicar metódicamente, en tono malhumorado, lo que estaba claro como el agua.

—Si no sale en toda la tarde, es seguro que lo pillaremos a las cinco y media, cuando se vacíe el edificio. —Asentí en silencio, pero mis pensamientos dispersos y un tanto embotados empezaban a recuperar su claridad—. Habrá un gentío, como de costumbre, pero nosotros podemos cubrir hasta el último palmo de esa planta.

—Lo tenemos en el saco —dije—. No podemos fallar. Yo me quedaré aquí sin moverme hasta que lo tengamos. Pediré que me traigan la cena y si es preciso dormiré arriba, en la sala de descanso del piso veintisiete. Personalmente, no voy a salir de este despacho hasta que esté todo resuelto. ¿Qué me decís de vosotros?

Pero cuando me contestaron, ya no les escuchaba.

Hasta Roy tenía que saber que si un hombre entraba en un edificio y no salía, lógicamente, era porque continuaba dentro. Y a esa conclusión ineludible le seguiría, de forma inevitable, el único procedimiento lógico de actuación.

Antes o después, mi equipo tendría que ponerse a peinar el edificio, planta por planta y despacho por despacho, en busca del único hombre que no se había marchado a su casa.

Y no iban a tardar mucho en hacerlo. La única cuestión era saber quién sería el primero en hacer la sugerencia.

LOUISE PATTERSON

Esta vez, cuando abrí la puerta a la que habían estado llamando insistentemente los últimos cuatro días, me encontré con ese hurón flaco, alto y romántico, el señor Klausmeyer, el de esa revista abominable. Era la tercera vez que venía, pero no me importó. Era un gusano tan bien educado, tan digno, el más estirado que había conocido en la vida, que le daba a mi apartamento una disparatada atmósfera de respetabilidad o algo así.

—Espero no molestarla, señora Patterson —dijo, cometiendo la misma equivocación que las veces anteriores.

—SEÑORITA Patterson —le grité entre risas—. Sí que me molesta, pero pase. ¿Todavía no han cazado a su asesino?

—No estamos buscando a ningún asesino, señorita Patterson. Ya le expliqué que…

—Esas paparruchas guárdeselas para los suscriptores de sus revistas —le dije—. Tome asiento.

Rodeó con cuidado el grupo de los cuatro niños. Los dos más pequeños, el de Pete y el de Mike, estaban ayudando a los dos mayores, los de Ralph, a aserrar y romper a martillazos tablas, cajas y ruedas para construirse una vagoneta, o tal vez algún nuevo tipo de patinete. El señor Klausmeyer se estiró hacia arriba los pantalones con mucho cuidado, cómo no, antes de sentarse en la silla grande de cuero que en otro tiempo había sido una mecedora.

—Nos confunde usted con *True Facts* —me corrigió con severidad—. La que usted dice es una publicación totalmente distinta, no está en la misma línea que ninguna de las nuestras. Yo estoy en Empresas Janoth. Hasta hace muy

poco trabajaba en la redacción de *Personalities*. —Y con una maravillosa ironía añadió—: Estoy seguro de que ha oído hablar de ella. Y quizás hasta la haya leído. Pero en este momento trabajo en una misión especial para…

—Ya lo sé, señor Klausmeyer. Escribió usted ese artículo sobre mí en esa memez de *Newsways*. —Lo vi tan enfadado que, si no hubiera venido por razones de trabajo, estoy segura de que en ese momento se habría levantado y se habría largado como alma que lleva el diablo—. Olvídelo —le dije simplemente, en voz bien alta—. El artículo me gustó, señor Klausmeyer. De verdad que sí. Y además lo valoré mucho, a pesar de que lo pusiera todo al revés. Ya sé que usted en realidad no quería decir ninguna de esas cosas bonitas que intentó decir de mí. Ya sé que lo único que le interesa es dar con ese asesino. ¿Quiere un poco de moscatel? No tengo nada más.

Saqué lo que quedaba de una garrafa de moscatel y conseguí dar con uno de los pocos vasos buenos que me quedaban. Estaba casi limpio.

—No, gracias —dijo él—. Respecto a ese artículo, señorita Patterson…

—¿Ni siquiera un poquito?

—No, de verdad. Pero respecto al artículo…

—No es muy bueno —admití—. Me refiero al vino —le expliqué, y entonces me di cuenta de que estaba dando unas voces tremendas y me horroricé. El señor Klausmeyer no me había hecho nada, y tenía todo el aspecto de ser un tipo sensible que se lo toma todo de un modo personal, y lo menos que podía hacer yo era contenerme y no insultarlo. Me dije que tenía que comportarme tal como lo haría una artista. Serví un vaso de moscatel para mí y le animé, con mucha amabilidad—. Me encantaría que me acompañase.

—No, gracias, señorita Patterson. No fui yo quien escribió el artículo de *Newsways*.

—Ah, ¿no?

—No.

—Bueno, pues me pareció que era una pieza maravillosa. —Me di cuenta de que había vuelto a decir una cosa equivocada, así que dije bien fuerte—: Quiero decir, dentro de unos límites. Por favor, señor Klausmeyer, no me lo tenga en cuenta. No estoy acostumbrada a que a mis cuadros les pongan la etiqueta de «caros». ¿O era «valor incalculable»? Ese que el asesino compró

por cincuenta pavos.

El señor Klausmeyer estaba enfadado, me daba perfecta cuenta, y encima lo estaba aburriendo. Me juré que mantendría la boca cerrada y me portaría adecuadamente por lo menos durante quince minutos, dijera él lo que dijese y me sintiera yo como me sintiese. Quince minutos. No es tanto tiempo.

—Yo simplemente suministré parte de la información —me explicó pacientemente el señor Klausmeyer—. Por ejemplo, facilité al redactor de *Newsways* la descripción del cuadro de Judas exactamente como me la dio usted a mí.

Qué hijo de puta.

—¡Váyase al carajo! —aullé—. ¿De dónde sacan ese rollo de *Judas*? Ya le dije que el cuadro se titula *Estudio sobre fundamentos*. ¿Qué demonios pretenden poniéndole a mi cuadro un título tan extravagante que a mí ni siquiera se me habría ocurrido? ¿Cómo se atreve usted, gusano espantoso, cómo se atreve a lanzar su estupidez sobre mi obra?

Lo miré a través de una nube de ira. Era otro incendiario de cuadros. Lo supe sólo con mirar su cara blanca de palo. Otro de esos maníacos decentes y respetables a los que nada les gusta tanto como coger un cuchillo de carnicero y acuchillar lienzos, embadurnarlos de pintura o pegarles fuego. Por Dios, si tenía la misma pinta que Pete. No, Pete lo que hacía era utilizarlos para cubrir con ellos los cristales rotos de las ventanas, tapar corrientes de aire y arreglar las goteras del techo. Éste era más del estilo oficial. Su método debía de ser enterrarlos en cualquier almacén autorizado, destruir los archivos y dejar que se quedasen allí para siempre.

Me bebí el moscatel, me serví un poco más e intenté escuchar lo que decía.

—Le aseguro que yo utilicé el título que usted me dio, pero debe de haber habido un malentendido en algún momento entre la redacción y la corrección. Lo corregiremos en un artículo que va a salir en *Newsways*, con una foto del *Estudio sobre fundamentos*.

—Ya le conozco, maldito incendiario. —Sus grandes ojos grises se le salían, igual que los de Ralph cuando me enseñó la pila de desechos, cenizas y fragmentos achicharrados, todo lo que quedaba de cinco años de trabajo amontonado dentro de la chimenea. ¡Qué orgulloso estaba! La verdad es que

debes sentirte muy importante, supongo, si sabes cómo destrozar cosas nuevas y creativas—. ¿Y ahora qué es lo que quiere? —le pregunté—. ¿Por qué ha venido aquí?

Vi que el señor Klausmeyer estaba muy pálido. Imagino que si no hubiera sido una oruga domesticada que tenía que hacer un recado para cualquiera de sus *Algo más que noticias*, habría echado mano del hacha de explorador de Elroy y me hubiera pegado un buen viaje.

—Hemos localizado al hombre que compró su cuadro, señorita Patterson —dijo mostrando un gran control—. Creemos saber quién es y daremos con él en cualquier momento. Quisiéramos que usted viniese a nuestras oficinas para identificarlo. Por supuesto, le pagaremos el tiempo y las molestias. Si nos ayuda le daremos cien dólares. ¿Le parece bien?

—Así que han encontrado al asesino —dije.

Subrayando su cansancio, el señor Klausmeyer repitió:

—No estamos buscando a un asesino, señorita Patterson. Le aseguro que si queremos a ese hombre es por una cuestión completamente distinta.

—Chorradas —dije.

—¿Perdone?

—Bobadas. Han venido por aquí unos detectives que me hicieron las mismas preguntas que usted. Ustedes y ellos buscan a la misma persona, al que compró mi cuadro y asesinó a la Délos. ¿Quién se cree que soy? Al parecer se piensa que soy una completa mema.

—No —me dijo el señor Klausmeyer con firmeza—. Cualquier cosa menos eso. ¿Querrá usted venir a la oficina conmigo?

Cien dólares eran cien dólares.

—No sé por qué tendría yo que ayudarle a pillar a un hombre lo bastante listo como para que le guste mi *Estudio sobre fundamentos*. No tengo tantos admiradores como para poder permitir que a uno de ellos lo lleven a la silla eléctrica.

La cara del señor Klausmeyer mostró lo totalmente de acuerdo que estaba, y se notaba que le dolía no poder decirlo.

—Pero quizá podamos ayudarle a que recupere usted su cuadro. Quería usted comprarlo también, ¿no es así?

—No. No quería comprarlo, sólo quería que no se pudriera en aquel miserable cuchitril.

Y ahora sabía que nadie volvería a ver jamás ese cuadro. Ya estaría en el fondo del East River. El asesino tendría que haberse deshecho de él para salvar el pellejo. Se habría librado de cualquier cosa que lo relacionase con la mujer muerta.

Otro noble angelito de destrucción que añadir.

Me di cuenta de que aquello me ponía furiosa y al mismo tiempo, en cierta manera, tranquila. No servía de nada decirme que no me importaba. Aquella tela no era una de mis mejores obras. Y aun así, me importaba. Ya era bastante difícil pintar aquellas cosas para después tener que defenderlas de censores autoproclamados, amantes celosos y dioses microscópicos. Como el señor Klausmeyer.

—Está bien —dije—. Iré. Pero sólo por los cien dólares.

El señor Klausmeyer se levantó como un muñeco que saliese de una caja de sorpresas. Por Dios, qué elegante iba. Cuando se muriese no tendrían que embalsamarlo. El fluido ya corría por sus venas.

—Ciertamente —dijo animado.

Busqué mi mejor sombrero y lo encontré en el estante de arriba de la librería. Edith, que tenía cuatro años —era de Mike—, me riñó por quitarle su nido de pájaros. Le expliqué que el nido volvería a estar en su sitio antes de la noche. Al marcharme, dejé a Ralph júnior a cargo del negocio hasta nueva orden. Me miró y me parece que ni siquiera me oyó. Pero en todo caso lo entendió.

De camino a su oficina, en el taxi, el señor Klausmeyer intentó ser cordial.

—Unos niños espléndidos —me dijo—. Muy listos y sanos. Me parece que no me contó usted mucho de su marido.

—No me he casado nunca —le dije partiéndome de risa contra mi voluntad. Dios, tendré que aprender a comportarme refinadamente, aunque sea la última cosa que haga. Empezaré mañana—. Son todos hijos del amor, señor Klausmeyer.

Iba sentado tan serio, tan estirado y con una pinta tan sofisticada que tuve que aplazar mi graduación en el parvulario un minuto más por lo menos. Y

entonces me entró aquella horrible sensación de hundirme al comprender que me había comportado como una perfecta idiota. Eso es lo que era, desde luego. Nadie lo sabía mejor que yo. Pero el señor Klausmeyer era tan perfecto que me pregunté si él podría saberlo también. Probablemente no. Las personas perfectas nunca comprenden nada.

—Disculpe, señor Klausmeyer, si le confieso una cosa. Nunca lo había hecho antes. Pero hay algo en ustedes, los de *Factways o Newsways*, o como sea, que parece invitar a hacerles toda clase de confidencias.

Supongo que aquella mentira resultó demasiado evidente, porque no dijo nada de nada y al cabo de un momento ya salíamos del coche. Al señor Klausmeyer se le veía de lo más complacido y preocupado por las palabras, ya que muy pronto se libraría de mí. Al carajo. Si hubiera estado bien vestida cuando llegó, si hubiera querido causarle impresión de verdad, lo hubiera tenido a mi merced en cinco segundos. ¿Pero quién quiere tener a su merced a una lombriz de tierra?

Me sentí borracha y en calma durante los tres minutos completos que nos llevó entrar en el edificio y subir en el ascensor. La dignidad era un juego al que podían jugar dos. Pero yo ya había gastado la mía, así que cuando salimos del ascensor le pregunté:

—¿Qué se supone que tengo que hacer, señor Klausmeyer? Aparte de cobrar cien dólares.

Naturalmente, sin querer, se me había escapado otra carcajada escandalosa.

—No se preocupe por sus cien dólares —dijo cortante—. El hombre que compró su cuadro está en este edificio. En alguna parte. Localizarlo sólo es cuestión de tiempo. Usted lo único que tiene que hacer es identificarlo cuando lo localicemos.

De repente me sentí terriblemente harta del señor Klausmeyer, de los detectives que habían ido a interrogarme y de todo aquel asunto de locos. ¿Qué tenía que ver yo con todo aquello? Yo sólo tenía un objetivo en mi vida, pintar cuadros. Si otra gente encontraba placer en destruirlos, allá ellos; quizás aquel fuera el modo que tenían de expresar sus instintos creativos. Probablemente se referirían a los mejores que hubieran suprimido o destrozado como sus obras

maestras más destacadas.

Aquél era un pensamiento muy negro, y comprendí que no tenía la perspectiva correcta. Mientras el señor Klausmeyer posaba su mano sobre el pomo de una puerta de despacho y la empujaba para abrirla, le dije:

—Debe de ser usted una persona tremendamente cínica y sofisticada, señor Klausmeyer. ¿Nunca ha deseado respirar una buena bocanada de aire fresco, limpio, puro y natural?

Me dirigió una mirada cortés pero emocionada.

—Siempre he tratado de evitar ser cínico —me respondió—. Hasta ahora.

Entramos en un despacho que estaba lleno de otro buen puñado de lombrices.

—¿Cuántos hijos tiene usted, señor Klausmeyer? —le pregunté, pretendiendo hablar en voz baja pero evidentemente más alta de la cuenta, porque un montón de gente se volvió a mirarnos.

—Dos —me susurró, pero sonó igual que si fuera un juramento. Luego enarboló una sonrisa y me condujo hacia delante.

Pero mientras cruzaba la habitación y la iba mirando, mi atención se fijó de pronto en un cuadro de la pared. Era un cuadro mío. *Estudio sobre el furor*. Asombroso. Casi no podía creerlo.

—George —estaba diciendo el señor Klausmeyer—, ésta es la señorita Patterson, la pintora. —Y además tenía un magnífico marco—. Señorita Patterson, le presento a George Stroud, que está a cargo de nuestra investigación. La señorita Patterson ha aceptado quedarse aquí hasta que encontremos al hombre que buscamos. Creo que podrá sernos de alguna ayuda.

Uno de los gusanos, uno que estaba de buen ver, se levantó y se acercó para estrecharme la mano.

—Señorita Patterson —dijo—. Es un placer inesperado.

Lo miré y cuando ya iba a soltar un bramido me quedé sin respiración. Aquello era algo completamente absurdo. Era el asesino, el mismo hombre que había comprado el cuadro en la almoneda de la Tercera Avenida en persona.

Nos miramos el uno al otro durante una fracción de segundo perfectamente conscientes. Yo sabía quién era él y él sabía que yo lo sabía. Pero yo no

lograba entenderlo y vacilé.

¿Aquella persona vulgar y corriente, anodina, tirando a elegante y frívola, había matado a aquella mujer, a Pauline Délos? No me parecía posible. ¿De dónde iba a sacar el valor? ¿Qué podía saber él de los momentos terribles e intensos de la vida? Tenía que estar equivocada. Debía de haber entendido mal toda aquella situación. Pero era el mismo hombre. De eso no había duda.

Sus ojos eran como cráteres, con unas cuencas duras, demacradas y frías como el hielo a pesar de la sonrisa agradable que exhibía. Comprendí eso, y al mismo tiempo supe que no había nadie más en la habitación con capacidad para saberlo, porque todos eran igual que el pobre señor Klausmeyer: perfectos.

—Es muy amable por su parte venir a ayudarnos —dijo—. Me imagino que Don le habrá explicado lo que estamos haciendo.

—Sí. —Ahora de repente las rodillas me temblaban. No entendía ni papa de todo aquello, nada de nada—. Lo sé todo, señor Stroud. Lo sé de verdad.

—No lo dudo —dijo él—. Estoy seguro de que es así.

¿Por qué nadie hacía algo para acabar con esa tarde de pesadilla? Porque era una pesadilla, desde luego. ¿Por qué nadie admitía que todo aquello era una broma estúpida? ¿Qué clase de mentira fantástica trataría de inventarse ese hombre, ese tal Stroud, si yo decidía identificarlo aquí y ahora?

Solté una carcajada automática y ronca, liberé mi mano de la suya y dije:

—En cualquier caso, me alegro de que mi *Estudio sobre el furor* le guste a alguien.

—Sí, me gusta muchísimo —dijo el asesino.

Pegué un chillido:

—¿Es suyo?

—Naturalmente. Me gusta toda su obra.

En el despacho había unas cinco personas, aunque parecían más de cincuenta, y en ese momento todos se giraron para mirar el *Furor*. El señor Klausmeyer dijo:

—Que me aspen. Si es realmente un cuadro de la señorita Patterson. ¿Por qué no nos lo dijiste, George?

Se encogió de hombros.

—¿Deciros qué? ¿Qué hay que decir? Me gustó, lo compré y ahí está. Lleva ahí un par de años.

El señor Klausmeyer contempló a aquella persona, a Stroud, con interés renovado, mientras todos los demás me miraban con la boca abierta, como si se dieran cuenta por primera vez de que era una artista.

—¿Le apetece una copa, señorita Patterson? —me invitó el asesino. Lo dijo sonriendo, tal cual. Pero vi que no era una verdadera sonrisa, sólo una imitación desesperada.

Tragué saliva una vez más, con la boca áspera y seca, y luego no pude impedir una carcajada contenida, a medias, que me salió de dentro. Y mientras me reía, comprendí que no me estaba riendo. Que era pura histeria.

—¿Dónde puñetas está mi *Estudio sobre fundamentos*? —le pregunté—. Ese cuadro que su piojosa revista llama *Judas*.

Stroud estaba quieto y muy pálido. Los otros solamente inexpresivos. El señor Klausmeyer le dijo a Stroud:

—Le dije que intentaríamos conseguir el cuadro para devolvérselo. —Y a mí me explicó con paciencia—: No le dije que lo tuviéramos, señorita Patterson. Me refería a que en cuanto encontrásemos el hombre que buscamos, automáticamente encontraríamos la pintura.

—¿De veras? —dije mirando con intensidad a Stroud—. Me parece más probable que ya lo hayan destruido.

Algo se movió en aquella cara rígida, fijada en aquella sonrisa despreocupada y fingida.

—No —dijo finalmente—. Yo no lo creo, señorita Patterson. Tengo razones para creer que su cuadro está totalmente a salvo. —Se volvió hacia su mesa y cogió el teléfono. Con él en la mano me lanzó una mirada dura, intransigente, que me resultó imposible interpretar—. Lo recuperaremos —me dijo—. Siempre y cuando todo lo demás salga como debe salir. ¿Lo entiende usted bien?

—Sí —le respondí. Al diablo con él. Estaba chantajeándome. Y tendría que ser yo la que le chantajeara a él. Así que, de hecho, me puse a ello:

—Más vale que esté totalmente a salvo. Tengo entendido que vale miles y miles de dólares.

Asintió con la cabeza.

—Eso creemos. Bueno, ¿qué quiere usted tomar?

—Le gusta el moscatel —dijo el señor Klausmeyer.

—¡*Whisky*! —grité yo—. ¡De centeno!

¿A mí qué me importaba que la hubiera matado? Si el *Furor* estaba a salvo, probablemente los *Fundamentos* estuvieran a salvo también, y en ese momento realmente valían un montón de dinero. Y si no estaba a salvo, siempre podríamos discutirlo después. Además, era verdad que coleccionaba cuadros míos.

—Pero no uno solo —le aclaré—. Pida unos cuantos. Una docena.

Haría falta bastante material para permanecer en el mismo cuarto que un asesino. Y al mismo tiempo recordar que la dignidad paga, por lo menos en público.

GEORGE STROUD, X

Me desperté muy temprano en el sofá que había hecho traer a mi despacho, me puse los zapatos y la corbata, la única vestimenta que me había quitado, y me fui a mi mesa envuelto en una nube mental.

Mi reloj decía que pasaban unos pocos minutos de las ocho. Hoy era el día. Todavía no sabía cómo me iba a enfrentar a él. Pero sabía que era el día. La policía terminaría sus comprobaciones en Albany. A alguien se le ocurriría lo de peinar el edificio.

El día tendría que haber sido ayer, y realmente nunca llegaré a saber por qué no lo fue. Cuando aquella mujer, la Patterson, entró aquí todo tendría que haber terminado. Sabía por qué no me había identificado, simplemente porque yo no había destruido su cuadro, y por mi amenaza de que todavía podía hacerlo si abría la boca. Los artistas son muy curiosos. Me entran temblores cuando pienso en lo cerca que estuve realmente de deshacerme de aquel lienzo. Louise Patterson todavía podría causar problemas en cuanto le apeteciera, y es muy probable que lo haga. Es lo bastante disparatada. Sobre las ocho de la tarde se largó de allí. Pero podría volver. En cualquier momento, por cualquier razón, podría cambiar de opinión.

Apreté el botón para llamar al recadero pero no respondió nadie y acabé llamando por teléfono al drugstore de abajo. Y por fin conseguí mi emparedado y mi cafetera de café solo. En el despacho de Roy, Harry Slater y Alvin Dealey proseguían el velatorio.

Poco antes de las nueve empezó a llegar el resto del personal.

Primero apareció León Temple, y luego Roy y Englund; Don y Eddy

llegaron al despacho casi a la vez.

—¿Por qué no te vas a casa? —me dijo Roy—. Aquí no puedes hacer nada más, ¿no crees?

Negué con la cabeza.

—Me quedo.

—¿Quieres estar en la línea de meta?

—Exacto.

—¿Cómo va todo por abajo?

—Más tenso que el parche de un tambor —dijo León Temple—. Phil Best acaba de relevar a Mike. Tenemos a todo el turno de noche del Van Barth allí abajo y algunos guardias de seguridad más. No consigo entenderlo.

Ya estaba. Sentí que se acercaba el momento. Pregunté:

—¿Qué es lo que no entiendes?

—Cómo es que no ha salido ese individuo. Qué demonios, está aquí, pero ¿dónde?

—Puede ser que se marchase justo antes de que estableciésemos el dispositivo —dije.

—Totalmente imposible.

—Puede haber entrado por una puerta y salido por la otra, sencillamente —le argumenté—. Quizá supiera que le seguían.

—No —dijo León—. El portero le siguió hasta el ascensor. Y cogió uno de los directos. Así que puede estar en cualquier sitio por encima de la planta dieciocho. Por lo que sabemos tiene que estar aquí arriba, en nuestras propias empresas.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Englund.

—Aparecerá —dije.

—Creía que el tiempo era esencial, George —me recordó Roy.

—Y lo es.

—Se me ocurre —dijo León— que si no aparece… —Así que iba a ser León Temple. Lo miré y esperé—. Podemos coger a todos esos testigos, a los guardias de seguridad y alguna gente de la nuestra, y revisar el edificio entero de arriba abajo. Hemos de registrar hasta el último despacho. Y eso resolvería el asunto. Nos llevará un par de horas, pero estaremos seguros.

Tenía que fingir que valoraba la idea. Ya resultaba bastante raro que no la hubiera sugerido yo mismo. Moví la cabeza asintiendo, y dije:

—Creo que tienes razón.

—Bueno, ¿nos ponemos a ello?

Si yo supiera dónde estaban los testigos oculares, si pudiera estar informado de su avance planta por planta y oficina por oficina, todavía podría haber escapatoria. Los partidos no se terminan hasta que suena el pitido final.

—Empezad —dije—. Lleva tú esto, León. Y quiero que me informes de todos los movimientos. Hazme saber por qué piso empezáis y en qué dirección vais avanzando, y adonde iréis a continuación.

—Okay —dijo—. Para empezar, llevaremos a todos los testigos y los polis a cada una de las plantas por encima de la dieciocho. Registrarán las escaleras, los ascensores, y procuraré que vigilen con atención a quienes vayan de un despacho a otro, los armarios, los retretes, los conductos del correo…, todo. —Asentí sin decir nada—. Creo que así estará bien, ¿te parece?

Dios, menudo precio. Aquí traían la factura y había que pagarla. Desde luego, sentí crecer el dolor dentro de mí, pero no sabía de ningún hombre sobre la tierra que pudiese ver cómo se rompía en pedazos su vida entera, arrastrando las de sus seres queridos hacia las mismas cenizas, sin protestar en silencio. Un hombre que acepte de verdad su destino y se incline de verdad, sin un estremecimiento, ante el gran juego al que ha jugado y perdido, es una mentira, un mito. Un hombre así no existe, no ha existido nunca y nunca existirá.

—Muy bien —dije—. Mantenme informado.

—Me gustaría llevarme a Dick, a Eddy y a Don. Y a alguien más, en cuanto vayan llegando.

—Llévatelos.

—Y considero que habría que dar algo para animar a los testigos.

—Págales: Te daré un vale. —Puse mi firma en un formulario para el cajero dejando la cantidad en blanco y se lo lancé a León—. Buena caza —le dije, y creo que conseguí esbozar una mínima sonrisa.

La oficina quedó vacía enseguida y poco después León me llamó para

decir que habían empezado ya por el piso dieciocho cerrando todas las salidas y deteniendo todos los ascensores que bajaban para inspeccionarlos. Ya sólo se podía ir en una dirección: hacia arriba.

Tenía una idea medio formada de que tal vez podría encontrar refugio seguro en pleno corazón del territorio enemigo, en los despachos de Steve o de Earl, en el piso treinta y dos, e intentaba encontrar el modo de llevarla a cabo cuando sonó el teléfono y resultó ser el propio Steve. Tenía la voz turbia y crispada, y parecía algo desconcertado; me pidió que subiera inmediatamente.

En el despacho de Hagen me encontré, además de Steve, con Earl Janoth y nuestro abogado jefe, Ralph Beeman, acompañados de John Wayne, el mayor accionista de la organización, y otros cuatro directores editoriales más. Y luego vi a Fred Steichel, director editorial adjunto de Jennett-Donohue. Todos ellos tenían aspecto de sentirse atónitos y ligeramente incómodos. Excepto Steichel, que parecía querer disculparse, y Earl, que irradiaba una seguridad aún mayor de la acostumbrada. Se adelantó y me estrechó la mano con fuerza, y me di cuenta de que aquella confianza en sí mismo era, en realidad, una tensión nerviosa que estaba ya cerca de la histeria.

—George —dijo—. Me alegro mucho. —Sin embargo, no creo que me hubiera visto de verdad, y en realidad tampoco creo que viera a ninguna de las demás personas que había en la habitación; pero se volvió y continuó—: No veo ninguna razón para seguir esperando. Lo que voy a decir ahora se puede poner por escrito para comunicárselo luego a todo el personal, y expresarles mi pesar por no haber podido tener el placer de explicárselo personalmente a todos y cada uno de ellos.

Me senté y contemplé las caras fascinadas que me rodeaban. Todos eran conscientes, igual que yo, de cuál era la única revelación posible e inminente.

—Tal como seguramente sabéis —continuó Earl—, en nuestro consejo de administración se han producido ciertas diferencias respecto a la política editorial de Empresas Janoth. Yo siempre he trabajado y luchado sin descanso por un periodismo libre, flexible y creativo, no sólo tal y como yo lo veía, sino porque así lo veía hasta el último miembro de las redacciones. Y ahora quiero decir que creo que esa política era la correcta, y que estoy orgulloso de

nuestro recorrido, orgulloso de haber enrolado tantos talentos a su servicio. —Hizo una pausa para mirar a Hagen, que no miraba a nadie sino que, impasible, estaba concentrado en trazar un revoltijo de círculos y rayas en el bloc que tenía delante—. Pero el consejo de administración no está de acuerdo en que mi política haya sido la mejor para los intereses de la organización. Y la reciente tragedia, de la que todos estáis al corriente, ha incrementado la desconfianza de la oposición a mi liderazgo. Teniendo en cuenta las circunstancias, no puedo reprochárselo. Y antes de poner en peligro el futuro de todas estas empresas, he aceptado hacerme a un lado y permitir que se haga una fusión con la firma Jennett-Donohue. Confío en que todos vosotros mantendréis vivo el espíritu de nuestra vieja organización en la nueva que se creará. Y confío en que mostraréis hacia el señor Steichel, vuestro nuevo director general, la misma lealtad que habéis mostrado hacia mí.

En ese momento el señor Beeman, el abogado, tomó el relevo y continuó desarrollando el mismo tema, y después de él Wayne explicó que el paso que acababa de dar Earl sería sólo temporal y que todos confiaban en un pronto regreso. Mientras hablaba, se abrió la puerta y entró en la sala León Temple. Me acerqué a él.

—La verdad es que de momento no hemos llegado a ninguna parte —me dijo—. Pero para estar bien seguros, creo que tendríamos que revisar también los despachos de Janoth y de Hagen.

En el mismo segundo de abrirse y cerrarse la puerta, vi que en el pasillo había un grupito de personas, con un portero de Gil's y un camarero del Van Barth entre ellos.

—Olvídalo —dije—. La misión está cancelada.

La mirada de León recorrió lentamente toda la sala absorbiendo una escena que podría muy bien estar compuesta para mostrarse algún museo de historia. Volvió los ojos de nuevo hacia mí y le dije que así era con la cabeza.

—¿Quieres decir que los despache a todos?

—Despáchalos a todos. Se va a producir un gran cambio. Esto es igual que Pompeya.

De nuevo en la sala, oí que Wayne le decía a Hagen:

—… puede ser, la oficina de París o la de Viena. Me imagino que puede

usted tener cualquiera de ellas si lo desea.

—Me lo pensaré —le dijo Hagen.

—La organización sigue siendo lo primero de todo. —Earl reiteraba aquello con un exceso de jovialidad y confianza. Era algo espantoso y, sin embargo, heroico—. Pase lo que pase, hay que seguir adelante. Es mucho más importante que yo, más importante que cualquiera de nosotros. Y no quisiera que nada pudiera perjudicarla o ponerla en peligro.

Steichel, nuestro nuevo director general, era la única persona que parecía estar un poco al margen. Me acerqué a él.

—¿Y bien? —le dije.

—Ya sé que quieres más dinero —me dijo él—. Pero ¿qué más quieres?

Me di cuenta de que este hombre no iba a suponer la más mínima mejora.

—A Emory Mafferson —dije.

Pensé que aquello le pillaría desprevenido, y así fue.

—¿Qué? ¿De verdad que quieres a Mafferson?

—Queremos publicar lo de Individuos Financiados. En forma de cómic. Lo explicaremos con dibujos. —En los ojos de Steichel seguían dibujadas la duda y la sospecha, pero empezaban a traslucir el interés—. Ahora ya nadie lee —continué—. Presentar las cosas en imágenes es el verdadero futuro. Deja que Emory siga adelante con sus Individuos Financiados en una revista nueva, en cinco colores y en papel satinado.

Me dijo, bastante reticente:

—Esto voy a tener que pensármelo bien. Ya veremos.

GEORGE STROUD, XI

El resto del día fue pasando como una película que avanzara sin control, unas veces demasiado deprisa y otras demasiado despacio.

Llamé por teléfono a Georgette y quedé con ella para cenar esa noche en el Van Barth. Pareció alegrarse muchísimo y no podía imaginarme por qué. Yo era el único miembro de la familia que sabía lo que significaba llegar hasta el final de la vida y salir vivo del asunto.

Le expliqué que habíamos terminado aquel último trabajo y entonces dijo a Georgia que se pusiera al teléfono. La conversación fue como sigue:

—Hola. ¡Hola! ¿Eres tú, George? Soy George.

—Hola, George, soy George.

—Hola.

—Hola.

—¿Hola?

—¿Hola?

—Muy bien, ahora ya hemos dicho hola.

—Hola, George, tienes que contarme un cuento. ¿Cómo se llama la niña?

—Claudia. Y tiene por lo menos quince años.

—Seis.

—Dieciséis.

—Seis. ¿Hola? ¿Estás ahí?

—Hola. Sí, tiene seis. Y mira lo que hizo. Un día empezó a tirar de un hilo suelto de su pañuelo, y el pañuelo empezó a desaparecer, y muy pronto había tirado tanto del pañuelo que desapareció, y antes de darse cuenta ya estaba

tirando de una lana del jersey, y después de un hilo del vestido, y siguió tirando y tirando, y poco después enganchó un pelo de su cabeza, y como después siguió tirando y tirando, pues al cabo de un ratito la pobre Claudia no era más que un montoncito de hilos en el suelo.

—¿Y entonces qué hizo? ¿Hola?

—Pues entonces se quedó allí tirada en el suelo, y levantó la vista y vio la silla en la que estaba sentada antes, sólo que, claro, ahora estaba vacía. Entonces dijo: «¿Dónde estoy?».

Gran éxito. Recibí una granizada de risas de incredulidad.

:—¿Y entonces qué fue lo que hice? ¿Hola? ¿Hola?

—Entonces no hiciste nada —le dije—. Excepto que desde entonces siempre has tenido cuidado de no ir tirando de ningún hilo suelto. O de no tirar demasiado.

—¿Hola? ¿Eso es todo?

—Eso es todo por ahora.

—Adiós. ¿Hola?

—Ya dijimos hola. Ahora tenemos que decir adiós.

—Adiós, adiós, adiós, adiós.

Después de eso telefoneé a una agencia para reservar un par de entradas de teatro para esa noche. Y luego, por un impulso, llamé al galerista de arte que nos había mandado la fotografía de la exposición de Louise Patterson. Le dije quién era y le pregunté:

—¿Qué vale un Patterson en estos momentos?

—Eso depende bastante —dijo—. ¿Quiere usted comprar o tiene uno que quiere vender?

—Las dos cosas. Quiero una valoración aproximada.

—Bien. Francamente, nadie lo sabe. Supongo que se refiere a ese artículo reciente de su *Newsways*.

—Más o menos.

—Bien. Eso era una exageración, por supuesto. Y la cotización de alguien como Patterson siempre está fluctuando. Pero yo diría que cualquier cosa suya andará por los dos mil o tres mil dólares. Por cierto, tengo unas cuantas telas suyas, obras excepcionales, podría usted comprarlas por esas cifras más o

menos.

—¿Y cuánto se pagaría por el *Judas*? Me refiero a ese de las manos. Nos mandó usted una foto.

—Bueno, eso es distinto. Le han dado un montón de publicidad, así que supongo que ése valdrá un poco más. Pero, desgraciadamente, ese cuadro no lo tengo yo. Al parecer es verdad que se ha perdido.

—No se ha perdido —dije—. Lo tengo yo. ¿Cuánto puede valer?

Hubo un compás de espera perceptible.

—¿Lo tiene usted de verdad?

—Lo tengo.

—Verá, señor…

—Stroud. George Stroud.

—Verá usted, señor Stroud. La verdad es que yo no compro cuadros. Solamente los expongo y me llevo una comisión por las ventas que se hagan a través de la galería. Pero si es verdad que tiene usted el *Judas*, creo que podría venderse por una suma de entre cinco y diez mil dólares.

Le di las gracias y colgué el teléfono.

El gran reloj avanza por todas partes, no pasa a nadie por alto, no se olvida de nadie, no omite nada, no recuerda nada, no sabe nada. No es nada, me hubiera gustado añadir, pero ahora que conozco mejor el paño sé que no es así. Está presente prácticamente en todo. En todo lo que existe.

Por la tarde, Louise Patterson entró bramando en mi despacho. Iba bastante bebida. Era algo que estaba esperando. Quería hablar conmigo, así que la llevé al Gil's. En cuanto estuvimos acomodados en la barra del Gil's, me dijo:

—¿Qué pasa con ese cuadro mío? ¿Qué ha hecho usted con él?

—Nada. Lo tengo en casa. ¿Por qué tendría que haber hecho algo con él?

—Sabe muy bien por qué —tronó—. Porque es la prueba de que usted mató a Pauline Délos.

Tres clientes se volvieron a mirarnos con cierto interés. Así que entonces tuve que explicarle que yo no la había matado, y, escogiendo bien las palabras y suprimiendo la mayor parte de los detalles, le esbocé la línea teórica de la policía sobre el caso. Cuando hube terminado, dijo decepcionada:

—¿De manera que en realidad usted no es un asesino, después de todo?

—No. Lo lamento.

Soltó una catarata de carcajadas. No podía ni respirar. Pensé que iba a caerse del taburete.

—Yo también lo siento, señor Stroud. Con lo valiente que conseguí estar ayer por la tarde en su despacho, no puede ni hacerse una idea. Dios, qué no haría yo por salvar esos cuadros míos. Cuanto más le miraba, más siniestro me parecía. Aunque ahora que lo pienso, la verdad es que es usted bastante siniestro, ¿no?

Era toda una mujer. Cada vez me gustaba más. Ayer me había parecido una estampa sacada de un álbum viejo, pero hoy era evidente que se había esmerado en arreglarse. Era alta y morena, y estaba viva.

Gil se apostó en la barra delante de nosotros.

—Buenas —nos dijo a los dos; y luego, a mí—: Oiga, un amigo suyo anduvo por aquí atravesado toda la semana pasada, y le buscaba. Quería verle de todas todas. Mal asunto. Pero ya no anda por aquí. Y vino un montón de gente preguntando por usted.

—Ya lo sé —dije—. Los he visto a todos. Ponnos un par de *whiskys* de centeno en vaso alto y juega a tu juego con la señora.

Así que Gil y la Patterson se pasaron un rato dándole al juego. La mujer empezó pidiendo un globo, cosa fácil, era el único juguete que Gil había salvado de aquel incendio de hacía años al lado de las cocheras, y terminó pidiendo un Rafael, lo cual también fue muy fácil. Bastó con una postal que Gil le había mandado a su mujer desde Italia durante un largo viaje.

Al cabo de ocho copas, Patterson se acordó de algo, tal como yo sabía que pasaría tarde o temprano.

—George, hay algo que no comprendo. ¿Por qué querían que yo te identificase? ¿Qué pretendían?

Al ver que estaba bastante borracha, le dije muy seriamente:

—Querían descubrir quién tenía ese cuadro tuyo. Se creía perdido, ¿recuerdas? Y tiene un valor incalculable. ¿Recuerdas eso también? Y naturalmente, nuestra organización quería encontrar su pista.

Se quedó mirándome un momento sin creerlo del todo y estalló en otro diluvio de carcajadas.

—Palabrerías. Quiero la verdad. ¿Dónde está mi cuadro? Quiero recuperarlo. Podría tenerlo en mi poder en cuanto te encontraran, o al menos eso me dijo el señor Klausmeyer. —El recuerdo de Don pareció desencadenar una nueva oleada de hilaridad ensordecedora—. Esa lombriz. Que se vaya al diablo. Bien, ¿dónde está?

—Louise —dije.

—Vale un montón de dinero, me pertenece y lo quiero. ¿Cuándo van a devolvérmelo?

—Louise.

—Eres un charlatán. Soy capaz de descubrir a un tío como tú a cien kilómetros de distancia. Seguro que tienes una esposa, que no tienes hijos y que vives en una casa que todavía no has pagado. Esta noche el señor visita los barrios bajos, y mañana presumirá por todo el tren de cercanías de que conoce a una artista de verdad, a la famosa Louise Patterson. —Dio un puñetazo en la barra. Gil volvió a nuestro lado y nos sirvió flemáticamente otro par de copas—. Pero ¡al carajo con todo! Quiero mi *Estudio sobre fundamentos*. Me lo prometieron y vale un montón de dinero. ¿Dónde está?

—No puedes llevártelo —le dije desafiante—. Es mío.

Se quedó mirándome y soltó un gruñido.

—Qué cabrón, y creo que lo dices en serio.

—Desde luego que lo digo en serio. Después de todo es bien mío, lo pagué, ¿no es verdad? Y significa bastante para mí. Ese cuadro es una parte de mi vida. Me gusta. Lo quiero. Lo necesito.

De golpe pareció volverse más amable.

—¿Por qué?

—Porque precisamente ese cuadro me ha servido de educación. Y continúa educándome. Puede que en algún momento llegue incluso a llevarme a la universidad. —Miré el reloj. Si conseguía llegar al Van Barth en diez minutos, llegaría más o menos a la hora—. Pero voy a hacer un trato contigo. Tengo el *Furor* en mi despacho, y otros cuatro cuadros tuyos en casa. Te los puedes quedar todos, en vez de la *Tentación de san Judas*, que no se vende a ningún precio. Ni a nadie.

—¿De verdad te gusta tanto? —me preguntó melancólica.

No tenía tiempo de darle explicaciones, así que sólo dije:

—Sí.

Aquello le cerró la boca y pude conseguir sacarla del local. La metí en un coche delante del Gil's, le di su dirección al taxista y le pagué el viaje. Yo cogí el siguiente taxi que pasó. Sabía que llegaría al Van Barth con unos minutos de retraso. Pero no me pareció que fuera tan importante.

El gran reloj, silencioso, invisible, seguía avanzando como de costumbre. Pero se había olvidado completamente de mí. Esta noche buscaba a otra persona. Sus agujas, sus palancas y muelles de acero equilibrados se balanceaban en busca de otra persona, de la misma manera ciega e impersonal que la noche anterior trataron de alcanzarme a mí. De alguna manera, no lo habían conseguido. Por esta vez. Pero no me cabía la menor duda de que volverían otra vez a por mí. Inevitablemente. Pronto.

Me cercioré de que tenía la agenda bien guardada en un bolsillo interior. Allí tenía la dirección de Louise y su número de teléfono. No la llamaría nunca, desde luego. Me bastaba con haber estado a punto de salir chamuscado de un desastre muy serio. De todas formas, era un número bonito e interesante de tener.

El taxi redujo la marcha y se detuvo ante un semáforo en rojo. Miré por la ventanilla y vi el titular de un periódico en el kiosco de la esquina:

EL EDITOR EARL JANOTH, DESTITUIDO DE SU EMPRESA,
MUERE TRAS ARROJARSE POR UNA VENTANA.

— FIN —

KENNETH FEARING (Oak Park, Illinois, U.S.A., 28 de julio de 1902 - Manhattan, New York, 26 de junio de 1961), escritor, poeta y editor americano, Kenneth Fearing fue un colaborador habitual del New Yorker y participó en la fundación de The Partisan Review.

Como poeta destacó en su visión de la Gran Depresión americana, aunque su faceta quizás más conocida fue la de autor pulp, con varias novelas criminales de gran éxito en su haber.

No fue un escritor especializado en la novela negra. De hecho, se le recuerda sobre todo por ser posiblemente el mejor poeta de su país durante la época de la Gran Depresión y el autor de *El gran reloj* (1946). Trabajó como editor y redactor de artículos sobre literatura. También fue miembro fundador de la publicación *The Partisan Review*. Además de su producción narrativa «oficial», que se limita a ocho novelas, redactó muchos discursos y escribió relatos eróticos bajo seudónimo.